

# La Secta de las Catacumbas



NOVELA

*Nicola Fantini*

NADA ESCAPA A LOS OJOS  
DE LA CONFRATERNIDAD SUBTERRÁNEA

Lectulandia

En 1772, Heinrich Füssli, un joven artista suizo deseoso de visitar los misteriosos subterráneos de Roma, se adentra en ellos acompañado por un guía que dice conocer los oscuros laberintos. Se cuenta que en estas catacumbas viven mendigos, delincuentes y gitanos, que salen del subsuelo para realizar sus crímenes y luego desaparecer de nuevo en busca de refugio. Esta fabulosa corte ha constituido una auténtica secta que obedece las órdenes de una misteriosa mujer sin piedad. ¿Sobrevivirá Füssli a la peor de las pesadillas posibles?

Lectulandia

Nicola Fantini

# La secta de las catacumbas

ePUB v1.1

NitoStrad 24.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *La setta delle catacombe*

Autor: Nicola Fantini

Primera edición: marzo 2010

Traducción: María Prior Venegas

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

## PRIMERA PARTE

*Dadle algo al pobre Tom. El Maligno le ha llevado por fuego y por llama, por vado y remolino, por ciénaga y pantano. Le ha puesto cuchillos debajo de la almohada, sogas en la galería y veneno al lado de la sopa. Le ha vuelto soberbio de hacerle trotar en caballo bayo sobre puentes de cuatro pulgadas persiguiendo a su sombra cual si fuera una traidora...*

W. SHAKESPEARE, *El Rey Lear*

# I. HABÍA SOÑADO CON UN SINIESTRO TOCADOR

*Roma, enero de 1772*



QUELLA NOCHE HABÍA SOÑADO CON UN SINIESTRO tocador de señoras, de puertas chirriantes y carcomidas. Una pesadilla verdaderamente extraña. Desde que había llegado a Italia, el joven Heinrich Füssli no conseguía acostumbrarse a la falta de edredones de plumas, y solía dormir muy mal; y por si eso fuera poco, esa misma semana un fuerte viento de tramontana había provocado un frío inusual en Roma.

Una voz de advertencia de Antonino lo apartó de sus pensamientos: el guía se ponía en camino y torcía a la izquierda por un terreno embarrado y resbaladizo, resultado aún de la nevada de la semana anterior. Sobre la vía Nomentana se concentraban densos nubarrones, y en algunas casas se distinguían ya las velas encendidas, a pesar de que todavía era de día.

—Seguro que vuelve a llover —dijo Antonino, girándose por un instante hacia su cliente. El joven Heinrich lo miró sorprendido, no tanto por lo que decía, sino porque durante casi una hora de camino por los callejones desiertos extramuros de la ciudad no había intercambiado ni una sola palabra con él.

—Menos mal que os habéis puesto las botas, señor —precisó Antonino—, porque aquí, en cuanto llueve, muchas galerías se llenan de agua.

Y casi como una confirmación de sus palabras, comenzaron a caer enormes goterones. Heinrich se ciñó la capa, calándose el tricornio en la cabeza. Hubiera querido preguntarle a Antonino si faltaba mucho todavía, pero en el rostro del guía vislumbró esa pétrea expresión que tan bien conocía.

«Traed unas botas cómodas, un rollo de cuerda y unas velas.» Era la única frase que la noche anterior había conseguido arrancar de sus labios. Nada más.

Le había costado mucho esfuerzo ganarse la confianza de aquel romano. Antonino era casi un adolescente, pero por lo poco que Heinrich había conseguido saber, también todo un experto en descensos por los subterráneos de Roma, y probablemente el mejor guía que hubiera podido encontrar. Le había dado su nombre el dueño de la hostería de la Foglietta, en el Trastévere. Heinrich se encontraba ansioso y, al mismo tiempo, encandilado con aquella excursión por el universo pintoresco y vacío de unas galerías —llamadas inadecuadamente *catacumbas*— excavadas a lo largo de los siglos con objeto de extraer piedra caliza y otros materiales de construcción para los edificios de la ciudad. Había proyectado aquella excursión porque le parecía que el tiempo en Roma transcurría con excesiva lentitud y, tras el atracón de museos de los primeros días, se había cansado de antigüedades y de los típicos encuentros con los visitantes extranjeros. Deseaba una verdadera

aventura romana y confiaba en disfrutar de algo fuera de lo común. Por eso había hecho circular el rumor de que era un apasionado de las ruinas, de que buscaba algo verdaderamente curioso para pintar y de que estaba dispuesto a pagar por la molestia, como se solía decir en Roma. Había sido precisamente entonces cuando alguien le habló de la *terra ignota* que se extendía por los subterráneos de la ciudad, el *non plus ultra* de las exploraciones, algo que para la sensibilidad artística del joven Heinrich podía esconder más de una sorpresa. Así pues, no había desaprovechado la oportunidad cuando Antonino se presentó ante él la noche anterior.

Empezaron a descender con ayuda de una cuerda y un torno por un agujero estrecho y casi invisible, cercano a una casetilla desierta con las paredes cubiertas de hiedra y situada a las puertas de la ciudad.

—Desde aquí se puede acceder siempre —le explicó Antonino mientras le abría camino—. También hay otras zonas de la ciudad desde las que se puede bajar, pero a menudo los guardias descubren las entradas y obstruyen el paso con barricadas o incluso con muros que construyen en unas horas. Pensad, señor, que en la Gran Confraternidad hay personas que se dedican sólo a esto: a abrir las galerías cerradas por la Guardia Pontificia.

¿La Gran Confraternidad? Aquella sorprendente denominación impresionó a Heinrich, al que le habría gustado formular varias preguntas al respecto, pero se encontraba muy ocupado en caminar agachado, pendiente de no hacerse daño en la cabeza, porque la galería era muy baja. Y así, durante unas treinta brazas: las paredes de piedra caliza respiraban agua y las botas se adentraban en el fango, tal y como Antonino había predicho. Sin embargo poco a poco el techo era cada vez más alto, hasta que los dos se encontraron en una encrucijada, una especie de vestíbulo del que partían diferentes galerías secundarias y una escalera que bajaba a niveles inferiores.

—Debe resultar fácil desorientarse aquí dentro —dijo Heinrich, pero no obtuvo respuesta de su guía, concentrado en los preparativos. De hecho, Antonino encendió una vela y se metió otras dos en el bolsillo.

—Las catacumbas no son para todos —le explicó al final, mirando a su cliente con severidad. A Heinrich le pareció que quería invitarle a recapacitar sobre sus propios miedos y la posibilidad de dar marcha atrás. En aquel preciso instante, de la oscuridad de un nicho salió un tipo escuálido con expresión famélica y una daga colgándole de la cintura. Saludó con un gesto a Antonino y se ocultó de nuevo en la sombra—. Es un hombre de la Gran Confraternidad —susurró el guía, y sin más explicaciones se dirigió en dirección opuesta.

El principio del recorrido por las galerías parecía concebido precisamente para desanimar a los dubitativos: el agua en algunas zonas llegaba hasta las rodillas, el techo no subía más de una braza sobre sus cabezas, y las encrucijadas se repetían casi sin solución de continuidad. Se adentraron por caminos oscuros, rozando a veces

numerosas cisternas de agua tan profunda que en ella flotaban y se mecían barcas de verdad, como las que se veían en el Tíber. Con las velas iluminaban los nichos en los que se encontraban restos de huesos amarillentos. Cruzaron un amplio grupo de cuevas con el suelo cubierto de basura acumulada en grandes montones y un grotesco desorden: fragmentos de estatuas antiguas, sillas desvencijadas, sombreros, orinales, libros, cuadros, ollas, vajillas...

Durante todo el trayecto, más allá de los montones de basura, Heinrich tuvo la impresión de atisbar siluetas humanas que se movían con cautela, como si alguien siguiera con interés su recorrido por el subsuelo romano. Pero quizás era su excitada fantasía la que creaba miles de imágenes inquietantes por aquellos pasillos sin fin. Probablemente se debía a aquel extraño silencio, roto únicamente por el murmullo del agua y algunos susurros furtivos. El joven Heinrich no alcanzaba a distinguir si se trataba de ratas o de sigilosos seres humanos.

Tampoco hubiese podido calcular cuánto tiempo había pasado cuando por fin llegaron a un amplio recinto, cuyo techo se elevaba a una altura de cuatro hombres, calculándolo así a simple vista. A Heinrich aquel lugar le recordaba uno de los grandes mausoleos circulares que había visitado en la vía Apia Antigua, porque en las paredes de piedra caliza se abrían nichos con estatuas y capiteles corintios. ¿Se encontraba quizás dentro de una antigua tumba subterránea? De todos modos, sospechaba en algún sitio debían existir aberturas al exterior, a juzgar por los débiles rayos de luz que atravesaban la penumbra. Sin embargo, los ojos de Heinrich todavía no estaban preparados para discernir el poblado que allí se levantaba: chozas de madera y escombros habitados por una tribu de sombras que vestían como espantapájaros, y cuyas cabezas, pegadas las unas a las otras en un denso susurro, seguían atentamente los movimientos de los recién llegados.

Antonino se detuvo delante de una siniestra chabola, construida a partir de los restos del armazón de un antiguo guardarropa o tocador de señoras con las puertas enmarcadas entre columnas, que los franceses llaman *boudoir*. Heinrich se sobresaltó y recordó la extraña pesadilla que no le había dejado dormir la noche anterior: «¿Qué demonios me está pasando?». Una parte del gran tocador la habían destinado a sala de estar y allí, junto a un brasero encendido, estaba sentado un viejo vestido con una librea celeste, que en sus mejores tiempos debió ser suntuosa, pero que ahora aparecía hecha jirones y se abombaba evidenciando la abultada barriga de su propietario. Observándolo a cierta distancia y en la penumbra de la caverna, a Heinrich le pareció que el viejo tenía la vista nublada y la mandíbula flácida. El joven extranjero echó una ojeada hacia la otra puerta, que también permanecía abierta, y en cuyo interior habían colocado un jergón de harapos y paja.

Mientras tanto Antonino se había acercado al viejo y hablaba con él en voz baja. Fue entonces cuando Heinrich advirtió, en un lateral del tocador, una gran hacha

apoyada en la pared y un par de ratones decapitados. Inmediatamente notó que el miedo le recorría el espinazo, intuyendo el peligro y lamentando al mismo tiempo que su curiosidad lo hubiera conducido hasta aquel sitio. Experimentó un cierto malestar que le hizo volverse hacia donde se abría la boca del túnel por el que habían llegado. Sintió ganas de huir, pero no tenía ni idea de cómo rehacer el camino, y sin Antonino estaba seguro de que no lo conseguiría.

El guía se giró hacia Heinrich:

—El viejo Tomaso quiere conoceros —y lo empujó hasta la puertecita abierta del *boudoir*.

—Adelante, señor, acercaos —en ese momento el viejo tosió, apoyando sus huesudas manos sobre las rodillas—. Os sentiréis muy cansado de tanto caminar, porque los señores como vos están acostumbrados a moverse en carroza... —y mientras hablaba hizo el gesto de desempolvar un taburete cojo que se hallaba a su derecha. El extranjero no deseaba sentarse por nada del mundo en aquel chisme, pero de todos modos tomó asiento por el miedo incomprensible de parecer maleducado. Sólo entonces advirtió que el viejo tenía las cuencas de los ojos vacías: estaba ciego.

—Así que sois alemán... —dijo el viejo sin dejar de toser.

—Suizo, de Zúrich. Para serviros.

—¡Ah! Mejor, mucho mejor suizo que alemán. ¿Y sois católico?

—No, señor. Seguidor de Zuinglio.

—Pues todavía me gustáis más. Buena gente, los protestantes, mejores que estos sinvergüenzas católicos romanos: noblecillos que están tumbados a la bartola todo el santo día o frailezuelos que solo piensan en las cosas del espíritu. Porque Roma es maestra en novenas, procesiones, canonizaciones, autos de fe, pero únicamente en esto... —si no fuera ciego, Heinrich habría dicho que aquel hombre lo estaba escrutando—. Sin embargo —añadió el viejo—, los extranjeros favoritos de quienes vivimos aquí abajo son los ricos poco entrometidos.

—No soy ningún entrometido —intentó tranquilizarle Heinrich—, aunque tengo unos deseos locos de aprender. En cuanto a lo de rico, por desgracia soy sólo un artista, joven y aún sin fama. Me llamo Heinrich Füssli y precisamente he venido a Italia para profundizar en mis conocimientos artísticos.

—Que no servís para nada, vamos —se quejó el viejo, acercando sus largas manos hacia el brasero.

—El cielo sabe que me gustaría que no fuera así. Uno no siempre puede ser lo que quiere —suspiró el joven suizo, intentando amansarlo.

Alrededor del *boudoir*, donde tanto el viejo como él se hallaban sentados, se había formado una pequeña multitud. Heinrich no se atrevía a volverse para observarlos, aunque percibió a sus espaldas un murmullo lleno de curiosidad. Y entre tanto consideraba que se había metido en un problema, sobre todo porque Antonino

parecía haberse volatilizado.

—Mi gentil caballero suizo, estoy seguro de que sois un tipo conciliador, de los que no les gusta ofender a nadie. Y raramente me equivoco juzgando. Por lo tanto, y llegados a este punto, es mi deber instruiros sobre la antigua costumbre que rige en el mundo subterráneo de nuestra honorable Gran Confraternidad: quien baja hasta aquí por primera vez invita a los presentes a un pequeño banquete con un poco de vino y algo de comer, como forma de ratificar nuestra mutua amistad. Porque aquí, entre nosotros, no se da nada por nada, de manera que un *regalo* acaba por convertirse en un firme compromiso. ¿Me entendéis, señorito?

¿Qué podía hacer? Heinrich sintió que le habían echado el lazo, y comprendió perfectamente que si no entregaba la bolsa de buen grado, se la arrebatarían a la fuerza. En sus propias manos estaba elegir el procedimiento... Así que sacó la bolsita en la que guardaba el dinero y se la acercó al ciego.

El viejo pareció sopesarla con una patente expresión de avidez en el rostro. Luego se la arrojó a alguien que se hallaba detrás de Heinrich y que la agarró con rapidez. El joven suizo se volvió justo a tiempo para ver a un grupo de cuatro o cinco mendigos —por su estatura le parecieron niños— que, pasándose unos a otros la bolsita como en un juego, se marcharon a la carrera y desaparecieron por una de las galerías que se abrían al fondo de la caverna.

Mientras tanto, tras otra señal del ciego, algunas viejas se acercaron llevando una mesa que debió pertenecer en otros tiempos a alguna mansión linajuda, porque a pesar de su decadencia conservaba incrustaciones de piedra con forma de festones de flores. En un santiamén se dispuso un pequeño comedor, con su mantel, aunque de encajes hechos jirones, con algunas sillas de diferentes formas y tamaños, y una lámpara de aceite envuelta en un trapo de seda roja. Fue como una señal, porque de todas las galerías laterales salieron decenas de mendigos andrajosos y lisiados. Al suizo le pareció una escena espectral, y la débil luz rojiza de la lámpara de aceite apoyada sobre la mesa acentuaba el aire siniestro de las figuras que se estaban acercando. Era tan grande el jaleo que el ciego tuvo que pedir silencio golpeando la mesa con su puño.

Poco después, unos gritos de júbilo avisaron de que los jovencitos desaparecidos con la bolsita estaban de vuelta, con una cesta con queso y longaniza, cuatro piezas de pan y un pequeño odre de vino. Solo cuando apoyaron todo en la mesa, Heinrich se dio cuenta de que no eran niños sino enanos, algunos incluso de cierta edad, porque tras unas ridículas pelucas de color topo asomaban mechones de pelo canoso.

Al que parecía el más anciano de todos y llamaban con el nombre de Jacobus, el viejo le encargó que realizara las particiones: algo que el enano, blandiendo un pequeño cuchillo que le colgaba de la cintura, ejecutó con un silencio de santurrón como si ejerciera de maestro de ceremonias.

Se estrechó el círculo alrededor de Heinrich. El joven extranjero intentó encogerse todo lo que pudo, pero no consiguió evitar los empujones de la pequeña multitud que le rodeaba. Y sobre todo le molestaba el olor nauseabundo de los cuerpos sucios y sudados, apiñados en tan poco espacio.

—Calma, hermanos —soltó el viejo gritando—, que nadie se atreva a acercarse la mano antes de que le desee larga vida a nuestro invitado forastero. Dadme un cuenco limpio para que le sirva a él el primero, y luego beberemos todos a su salud.

Dicho y hecho, a Heinrich le acercaron una taza con restos de haber sido utilizada como candelero: el vino aparecía turbio y en él flotaban trozos de brea a buen seguro procedentes del barril del que había salido. En cualquier caso, el desdichado se lo bebió de un trago, mientras a su alrededor se oían los vítores. A continuación los mendigos se abalanzaron sobre el pequeño festín, ya sin hacerle caso, y Heinrich disfrutó de unos instantes de tregua para analizar el lío en el que se había metido. Desgraciadamente no veía ninguna forma de escapar, y le convenía poner al mal tiempo buena cara.

—Jacobus me comenta que tenéis una expresión contrariada, señorito suizo —la voz del viejo hizo que se sobresaltara—. No os aflijáis por que hayamos forzado vuestra liberalidad: sabed que ante todo habéis conquistado a unos amigos, y que ninguno de los miembros de nuestra honrada hermandad ha sido nunca desagradecido; y de paso le enviáis a vuestros enemigos el mensaje de que, una vez privado de la bolsa, ya no pueden despojaros de nada más... A no ser que quieran que acabéis como San Bartolomé —y se rio, estridente, como si acabara de hacer la broma más graciosa del mundo. Luego se inclinó hacia el joven extranjero—. A ver, decíais que habéis venido a Roma para aprender arte, ¿no?

—Me gustaría dibujar la vida. Las estatuas de los museos me aburren.

Heinrich se sobresaltó al ver asomarse una enorme rata por una grieta del tocador. Quizás se había acercado atraída por los restos del frugal banquete. En ese instante el viejo la atravesó con un pincho, de manera que el joven se preguntó si aquel que parecía llamarse Tomaso era en verdad ciego. De nuevo sintió en la boca del estómago un nudo de miedo.

—Habéis venido al lugar apropiado, mi querido pintor, donde podemos daros una completa instrucción. Pero antes debo saber si podéis pagarla, porque nunca damos nada a cambio de nada —añadió bruscamente el viejo, que empezó de repente a tutearlo—. Si no es así, lo mejor será que levantes el culo del taburete y te vayas por donde has venido.

¿Volver por donde había venido? Ninguna otra cosa deseaba tanto Heinrich. Pero ¿cómo salir de allí si su guía había desaparecido? Le inquietaba la avidez con que aquella gente lo miraba. Con un hilo de voz intentó explicarle que no llevaba encima nada de valor, aparte del dinero que ya le había entregado. Entonces, el enano, a

quien llamaban Jacobus, alargó las manos hacia el reloj de bolsillo que sobresalía por la ranura de la chaqueta de Heinrich. Muy a su pesar, el joven extranjero no tuvo más remedio que desprenderlo de la chaqueta y dejarlo caer sobre la palma abierta del enano, que lo exhibió ante los presentes, entre aplausos y expresiones de admiración, y se lo entregó al ciego.

El viejo se frotó las manos.

—Me agrada que seas tan generoso. Además, no podías hallarte en un lugar mejor. Si tu deseo es de verdad pintar la vida, aquí abajo, entre nosotros, tienes todo lo que necesitas: carne y recuerdos, fuego e inmundicias, escalofríos y carcajadas... ¿Te das cuenta, joven, de que este es el mundo verdadero, donde se deciden todos los destinos? Y si necesitas historias y emociones, aquí también hallarás todas las que quieras —añadió bajando la voz e inclinándose hacia Heinrich.

—No pido más... —contestó el joven, sudando y comportándose de la forma más humilde que podía. Estaba temblando.

—La verdadera vida está aquí abajo, te lo digo yo —continuó el ciego—, porque la vida apesta. Créeme: todo lo que parece bueno y bonito no es nada más que una ilusión. Solo hay que esperar, y siempre termina apestando...

—Bueno, precisamente eso no es lo que nos enseñan en las clases. Por ejemplo, una vez leí en un libro del famoso maestro Winckelmann que...

El grito del viejo interrumpió a Heinrich con la frase en los labios. El joven nunca había escuchado aquel nombre pronunciado de forma tan horripilante, tan sepulcral.

—¿Winckelmann? ¡Johann Joachim Winckelmann!

Heinrich no sabría explicar qué le parecía más diabólico en aquel momento, si la voz maliciosa y cruel del viejo o la terrible oquedad de su boca con los dientes ennegrecidos. Algo en el tono empleado por el ciego lo puso alerta. Estaba en peligro, y Heinrich lo percibía en cada uno de los poros de su piel: uno de esos instantes de gran nerviosismo en que la mente trabaja más rápido de lo normal y entiende hasta lo más oscuro. Y había tanto odio en las palabras del ciego...

—¿El caballero Winckelmann? —repitió el viejo Tomaso, casi atragantándose—. ¿Qué es lo que sabes de él? —y la entonación se volvió inquisitiva.

—Sé que murió en Trieste, no hace mucho tiempo —respondió Heinrich, cauteloso—. Una vez me dieron para traducir al inglés algunos textos suyos. Y gané unas monedas, las justas para realizar este viaje a Italia..., —el miedo del joven extranjero adoptó los colores tenebrosos de aquel gran tocador desconchado y roído por las ratas, del humo del viejo brasero, de los montones de basura que advertía a su alrededor con el rabillo del ojo.

De una esquina oscura salió un pequeño negro cubierto de la cabeza a los pies por un traje de seda extraordinariamente blanco: en la penumbra de la gruta contrastaban su traje y sus ojos, y más bien parecía un duende sin manos ni pies, una mirada sin

rostro. El suizo se estremeció al verlo acercarse al viejo ciego y hablarle al oído. Percibió entre susurros, alguna que otra frase.

—Investigar los motivos que le han traído hasta aquí... Mejor llamar a la Comendadora...

Un jorobado, que Heinrich había oído que se llamaba Sebastian, se dirigió al joven suizo y le sonrió con tanta ambigüedad que le hizo sentirse incómodo.

—Dime, suizo, ¿de verdad te interesa conocer el final de Winckelmann? Te aseguro que es una historia instructiva...

Heinrich notó en la nariz un extraño y nauseabundo olor que le mareaba. Vagamente oía la voz del jorobado insinuarse en sus oídos como el zumbido de una abeja. Le pareció que las piernas y los brazos le pesaban cada vez más, y ni siquiera pudo forcejear cuando alguien lo agarró por detrás y le anudó con fuerza una venda en los ojos. Era como si comenzara un terrible sueño.

## II. EL RECUERDO DE LA FÁBULA DE TITANIA

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**E**L RECUERDO DE LA FÁBULA DE TITANIA SE ASOMÓ de improviso a la mente de Johann Joachim, causándole una cierta incomodidad. «Hoy precisamente no es el día, me siento el estómago revuelto, tenía que haber comido...». Mientras tanto, y una vez pasada una turbera, el camino había comenzado a ascender y el paisaje adquiría un aspecto casi hosco, quizás a causa del denso bosque de abetos que atravesaban o porque había comenzado a nevar inopinadamente, a pesar de que en el cielo aún se abrían algunos claros. Johann Joachim se restregó los ojos de sorpresa. Ciertamente en Alemania no era algo fuera de lo normal que se produjera una perturbación como aquella, a pesar de que el mes de abril estaba ya avanzado, pero los casi quince años transcurridos en Italia lo habían desacostumbrado al clima de su país natal. Se cerró bien la chaqueta de terciopelo celeste, sacó de un bolsillo un enorme pañuelo de encaje y se sonó ruidosamente la nariz. Lo único que le faltaba era pillar un resfriado: el doctor Albrecht, que iba sentado a su lado, le había enumerado aquel mismo día sus latentes peligros mientras almorzaban en una posada, aconsejándole que reemplazara el elegante tricornio, adecuado quizás a la sociedad romana, pero poco apropiado para el clima alemán, por un gorro de piel más sencillo y confortable.

La diligencia dio tumbos al tomar velozmente una curva. «¡Vaya con el cochero!» Johann Joachim lo maldijo en silencio. ¿Qué era lo que a una edad como la suya le había llevado a aventurarse en un viaje tan pesado? «Espera, Joachim, ¿qué quiere decir *a una edad como la tuya?*» En realidad tenía solo cincuenta y un años y gozaba de una salud excelente. Se preguntó si acaso no era el miedo a envejecer lo que le ponía tan nervioso. Pero, venga, qué tonterías: un hombre con sus años se hallaba en la auténtica madurez. En cuanto al viaje, había subido a aquella diligencia por una sacrosanta razón: en Berlín le esperaba el prestigioso cargo de Anticuario Real y un magnífico sueldo. Un excelente logro para alguien que treinta años antes había empezado de la nada, como un humilde preceptor familiar. Ahora que decididamente su vida estaba tomando otra dirección, Johann Joachim experimentaba la satisfacción de los objetivos alcanzados. Un perfecto círculo de prosperidad se cerraba a su alrededor, hasta el punto de que si en ese instante se le hubiera aparecido un hechicera, varita mágica en mano, con intención de concederle un deseo, se habría sentido algo violento, puesto que no se le venía a la cabeza ninguna meta que no hubiera alcanzado ya. ¿Una hechicera? Qué idea tan extravagante... Se demoró repasando los detalles de sus más recientes éxitos, porque incomprensiblemente

seguía sintiéndose incómodo, mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Se esforzaba por encontrar alguna evidencia que justificara ese extraño presentimiento de un desastre inminente que le obsesionaba, desde que se pusieran en marcha tras una parada para almorzar. Intentó echar la culpa a una caja poco confortable, de cojines duros e incómodos, además con ese maldito chirrido de las ruedas. Cambió incluso de posición, enderezándose sobre su asiento.

Miró a Camillo Valle, sentado frente a él. Su joven secretario no se sentía precisamente feliz por dejar la tranquilidad romana, pero Johann Joachim le agradecía que no se lo echase en cara. Un joven extraño: le había seguido siempre de buena gana, hasta donde hiciera falta. Es verdad que ya no sentía por él el estimulante interés de los primeros tiempos, pero su compañía seguía siendo agradable: nunca una mala cara, una mala palabra, un reproche por haberlo dejado a un lado. «Seguro que todavía me quiere mucho», pensó, y esta convicción le subió por un momento la moral.

Mientras tanto la nieve no dejaba de caer. El abad Malpiero, acomodado junto a Camillo, bajó una cortinilla para resguardarse: el interior del coche se llenó de una penumbra pálida y verdosa. En la semioscuridad, también los otros compañeros de viaje, el médico y el impresor de libros, parecían cansados y deseosos de llegar lo antes posible a la siguiente posta. Menos mal que el camino volvía a allanarse. Sacó del bolsillo el reloj, un antiguo recuerdo de familia, tan grande como un nabo. Lo consultó y frunció el entrecejo. Solo eran las cuatro de la tarde.

Johann Joachim se quedó dormido milagrosamente durante unos diez minutos. Cuando se despertó, no abrió de repente los ojos, sino que permaneció un rato con los párpados semicerrados, disfrutando de la conversación de los demás bajo la apariencia del sueño: hablaban de libros, y el abad Malpiero, como siempre, en pleno discurso, de vez en cuando cogía la mano de Camillo y la sujetaba entre las suyas. Durante el viaje había notado ya en más de una ocasión cómo aquel hombre intentaba siempre sentarse cerca de Camillo, de forma que los frecuentes saltos del vehículo hicieran que sus rodillas rozaran las del joven. «Ah, sí, Camillo, con su corona de rizos negros y su atractiva sonrisa, aún sabía cómo despertar el deseo en alguien», suspiró Johann Joachim sintiéndose agitado; o quizás lo que le molestaba era la insolencia del pequeño abad, tan diminuto y delgado, casi con los hombros encorvados, pero con una voz que sabía enardecer. Envidió a ambos la auténtica pasión latina con la que porfiaban en la conversación. Él, en cambio, no sabía ir más allá de una simple amabilidad fría y formal con los conocidos, tanto que una vez había escuchado a Camillo describirlo con estas palabras: «El caballero Winckelmann, cuando sonrío, lo hace sólo con las comisuras de los labios.» Qué extraño: Johann Joachim era famoso, estimado, las cortes de Europa se lo disputaban y, sin embargo, a veces sentía una extraña forma de soledad. Ni la pasión por el arte,

ni los placeres de la vida mundana, ni los desenfrenos de sus jóvenes amantes, habían dulcificado esa sensación. Pasó revista a la gente que conocía: centenares de hombres y mujeres, sombras que durante unas pocas horas o temporadas enteras se habían deslizado por el curso de su vida, pero poquísimas personas a quienes poder hablar o escribir sinceramente con el corazón en la mano: el cantante Domenico Annibali, el pintor Raphael Mengs, la bella Margherita, que era su mujer... Pensó con un escalofrío en la tremenda sensación de vacío que, de vez en cuando, notaba abrirse en el fondo de su alma, en el límite entre el día y la noche, pero inmediatamente sacudió los hombros. Era un pensamiento ridículo, casi estúpido, una debilidad ante la que no podía ceder: es más, tenía que aferrarse a los éxitos cosechados.

Los otros viajeros se habían entusiasmado tanto con la discusión que nadie se había dado cuenta de que Johann Joachim se había despertado. Hablaban de una representación del *Sueño de una noche de verano*, que Moira, el impresor que se había subido a la carroza en Verona, no dejaba de elogiar.

—Y no hay que olvidarse de la enseñanza tan profunda que encierra el tema de la ceguera de Titania...

Johann Joachim se acordó de la voz de su amigo Domenico Annibali, un virtuoso que había conocido treinta años antes en la corte de Dresde, y que luego, al encontrárselo de nuevo en Roma, lo había iniciado en las perversas delicias de los cantantes castrados del teatro Alibert. Había sido él quien le había confesado, como si se tratara de un vergonzante pecado, que había cantado en el Convent Garden de Londres precisamente una obra de Henry Purcell, *The Fairy Queen*, inspirada en la comedia de Shakespeare: una historia de hadas y elfos que de ninguna manera podría tener éxito en otra corte europea: tanto era así que en Roma nadie se atrevió a representarla en público. No obstante tenía que admitir que la interpretación de su amigo en aquella ópera *maldita* —mientras cantaba el papel de Phoebus para un seleccionado grupo de aficionados, en el salón privado de la princesa Borghese— le había causado un oscuro escalofrío de placer.

—Bueno, yo tengo algunas dudas de las enseñanzas provenientes del teatro moderno —tosió el abad—. Tened en cuenta que no discuto el profundo valor catártico de la tragedia, como ya el gran Aristóteles nos enseñó, con la representación de esas pasiones tan humanas de los antiguos. Pero iría con cautela respecto al entusiasmarse con una comedia de hadas descarriadas y comicastros zarrapastrosos. Demasiados misterios... ¿Qué verdad se podría obtener de su puesta en escena?

«Buena pregunta, esta.»

En este preciso momento Johann Joachim ya no pudo seguir fingiendo que dormía. Se aclaró la garganta, se inclinó hacia adelante y dirigiéndose a Moira preguntó:

—¿Puedo permitirme igualmente discrepar?

El viejo impresor, si se había sorprendido por su repentino despertar, no lo hizo patente.

—¿Queréis explicaros mejor, caballero Winckelmann? —preguntó, inclinando sus gafas para analizarlo en detalle, con una extraña intensidad de expresión. El cabello canoso le creaba una singular aureola alrededor del rostro.

—En relación con el juicio expresado por vos hace poco, sobre esa terrible obra shakesperiana... Me pregunto y digo, ¿cómo se pueden admirar, en una época de Luces como la nuestra, esas fealdades llenas de almas retorcidas, de fatalismos y reverencias a las fuerzas misteriosas de lo oculto? El mundo está cansado de fantasmas que aparecen de repente aspirando a una expiación, de locos vagabundos que predicen el futuro, de brujas y de maldiciones que aplastan a quienes las sufren. Las oscuridades de las mitologías nórdicas ya tuvieron su momento.

El abad Malpiero intervino maliciosamente con una pequeña sonrisa.

—Menos mal que el caballero Winckelmann juega a mezclar las sombras del norte con las luces solares de los antiguos griegos...

—Vos habláis con prejuicios, consecuencia de vuestros intereses —se quejó el impresor, dirigiéndose al estudioso alemán—. ¡No vale! —pero lo dijo en broma, como si no quisiera sacar a relucir la contrariedad que le había causado la intervención de Winckelmann.

—¿Y qué es lo que vale entonces? —inquirió Johann Joachim, acaso resentido. Había dedicado toda su vida a sacar a la luz los tesoros escondidos de Paestum y de Pompeya, mimando y estudiando colecciones antiguas. Juntó sus manos, y sintió de forma más ostensible, casi con una ligera sensación de vértigo, el cansancio de un viaje tan fatigoso.

Volvió a su mente la lejana velada en el salón de la princesa Borghese, con Domenico que cantaba una selección de arias de *The Fairy Queen*: la oleada impetuosa de la melodía que le acariciaba la frente cansada, haciendo desaparecer con suavidad cualquier dolor, cualquier inquietud... La fábula de Titania, abrazada apasionadamente por su amante asno, le hizo recordar una cabeza de Medusa que pudo observar con detalle en una galería de Florencia: horrible y fascinante al mismo tiempo, una belleza creada con el veneno de las profundidades infernales... Con todas sus fuerzas intentó borrar de su memoria la sugestión por aquella imagen. «¿Por qué no quieres pensar en la tremenda oscuridad que experimentaste cuando la tuviste entre tus manos?» Sintió una extraña sensación de angustia, como si buscara una palabra olvidada. Y en el vacío mental que le invadió, sin querer, fue asaltado por el desagradable recuerdo de una horrible imagen de fealdad que unas horas antes le había impresionado, cuando una insólita banda de mendigos con pelambreras sucias y enredadas le había rodeado con gritos de animales en la posada, donde se habían detenido para almorzar. Es verdad que los quince años pasados en Roma lo habían

acostumbrado al espectáculo de la exhibición de tullidos y andrajosos delante de las iglesias, y por boca del hermano de Camillo, que era jefe de la guardia en el enorme presidio del Ponte Sisto, a menudo había escuchado los relatos más feroces sobre la mendicidad... Pero los pordioseros de unas horas antes tenían algo especialmente inquietante, sobre todo por la extraña presencia entre ellos de un enano subido a los hombros de un tipo con el rostro desfigurado que parecía un verdadero *homo selvaticus*: un enano pálido y sin edad, vestido de luto, que le había lanzado una sonrisa ambigua y repugnante, con un sarcástico:

—Beso sus manos, que vuestra señoría pueda volver sobre sus pasos para recoger la flor del arrepentimiento antes de que sea demasiado tarde. Las mayúsculas de los libros hablan demasiado...

«Seguro que se trata de un loco. La locura y la repugnancia personificadas, la feroz mirada típica de los alcohólicos...» Pero lo que más le estremeció fue que de repente los pordioseros se habían puesto a cantar a coro el aria principal del *Miserere* de Allegri. Si pensaba de nuevo en ello, volvía a sentirse turbado.

### III. EL MUNDO HABÍA QUEDADO REDUCIDO A VOCES

*Roma, enero de 1772*

#### *EL MUNDO HABÍA QUEDADO REDUCIDO A VOCES.*

**C**uánto falta, Jacobus, para la hora de la cena? —le preguntó Heinrich, moviendo la mano para buscar el reloj en el bolsillo, aunque hacía tiempo que los mendigos se lo habían quitado y, además, tampoco hubiera podido verlo por culpa de la estrecha venda que le tapaba los ojos.

—No lo sé, señorito. La piedra caliza está cambiando de color, pero parece claro que todavía no ha llegado el atardecer —respondió tosiendo el enano.

Heinrich percibió que paseaba a su alrededor en silencio, batiendo los pies a causa de la humedad de aquellas galerías subterráneas que se metía en los huesos.

—Es inútil que intentes hacer hablar a Jacobus —rio Tomaso, el ciego—. Es de los que hablan poco, incluso menos que yo. Pero yo al menos tengo buenos motivos para mi silencio, porque hace muchísimos años que dejé de ver lo que tengo a mi alrededor; a veces incluso olvido los términos para designar las cosas más sencillas. He ido olvidando buena parte de las palabras que antes conocía, quizás casi la mitad. Por eso me agota hablar y mis discursos cada vez se vuelven más breves. A veces, alguien con quien estoy conversando me trae a la mente una vieja palabra, pero me cuesta imaginar lo que hay detrás. No soy un carcamal, ¿sabes?, pero tantos años de ceguera han vuelto mi memoria cada vez más incierta y vaga. ¿La piedra caliza está cambiando de color? Ya, pero eso ¿qué es lo que quiere decir? ¿Un atardecer? ¿Y quién recuerda cómo eran? Ciertas palabras que los demás usan normalmente, para mí no tienen sentido: las escucho y me encojo de hombros. Poco a poco, llegaré un momento en el que me olvide de todas las palabras. Entonces, no existirá ya nada, ni dentro ni fuera de mí, y no me quedará otra cosa que morir... Pero este pensamiento no me preocupa más de lo normal: el recuerdo de mi venganza me sacia, llenando toda la oscuridad en la que me veo obligado a permanecer.

A lo lejos, en uno de los túneles, alguien tocaba tenuamente un violín. A Heinrich se le escapó de los labios una especie de sollozo al pensar que a esa hora podría estar deleitándose en la ribera del río, entre vino y atracones de cordero, disfrutando de las luces de las tabernas, y de los arabescos de oro de los palcos del teatro Alibert, por cuyas techumbres revoloteaban las musas... ¿Era posible que allá arriba, en la ciudad, la vida continuara sin que nadie hubiese advertido su desaparición? El joven

suizo empezaba a entender lo que le quería decir el viejo ciego sobre su capacidad de pensar. «Es difícil aceptar la oscuridad de esta venda, sobre todo, para alguien como yo que, al ser pintor, siempre consideró que los ojos eran la fuente de todo su saber. Por ejemplo, ¿cómo estoy? Sólo puedo palparme, pero en esta oscuridad me resulta difícil entender si las sensaciones que siento son reales o no...

*Así, al pie de lo cierto brota adrede  
nuestra duda; y condúcenos natura,  
de loma en loma, a la suprema sede...*

Se puso a recitar el ciego.

—¿Qué significa? —le preguntó Jacobus bostezando.

—Es una canción —contestó el viejo Tomaso—: canto una canción del padre Dante. Cuando estoy cansado, me complace canturrear sus versos. Es una costumbre que adquirí cuando estaba en la cárcel. Para pasar el tiempo... Porque las horas, para nosotros los ciegos, son el doble de largas.

Heinrich oyó risas de mujeres, ruido de vajilla y sillas que se movían. Quizás le traían la pasta que le habían prometido, tenía tanta hambre... ¿Desde cuándo no comía? «*Pasta*: desde la oscuridad de mi venda, bendigo esa palabra; la tengo, por decirlo de alguna manera —desde hace unas horas para mí todos los juicios son aproximativos—, cerca de la nariz y la boca. Pero la mimo, la saboreo, lentamente, se me hace la boca agua...» Se daba cuenta de que en cualquier caso se tenía que esforzar por mantenerse tranquilo y relajarse, intentando no pensar en el miedo que le oprimía por dentro.

—Oye, Jacobus —dijo para pasar el rato—, llevamos mucho tiempo esperando a la... Comendadora. Quizás no le interese ver a alguien como yo.

—¿Y por qué no debería interesarle, señorito? Le ha dicho a Sebastian que vendrá a hablar contigo, y la palabra dada es ley entre nosotros: nadie falta a ella en la Gran Confraternidad, ni siquiera Milady. De manera que si ha dicho eso, lo hará. Las palabras se las lleva el viento en el mundo de arriba, pero aquí nunca se deja de cumplir una promesa. Debéis pedirle a Tomaso que os cuente todo lo que hizo nuestra Comendadora para traer hasta Italia a aquel caballero alemán que habéis nombrado antes. ¿Verdad, Tomaso?

—Sí, la Comendadora movió mares y montañas por mí, Milady es una gran persona —dijo el viejo, con un atisbo de satisfacción en la voz—. La diligencia en que viajaba ese bastardo de Winckelmann ya había conseguido cruzar la frontera de Italia, pero Ella consiguió alcanzarla de todos modos: sus hombres la obligaron a detenerse y convencieron a ese tipo para que diera la vuelta.

—No me digáis... —Heinrich intentó mostrarse interesado para que continuara la conversación, porque la oscuridad y la espera le resultaban insoportables. Y además, aquella historia lo llenaba de curiosidad: ¿quién era aquella misteriosa mujer, la

Comendadora, a la que todos llamaban Milady? ¿Y qué tenía que ver aquel grupo de pordioseros con el caballero Winckelmann? El joven suizo había oído contar muchas historias sobre la inesperada decisión de Winckelmann de regresar a Italia mientras se dirigía a Alemania para un cometido importante, pero también sobre el triste final que le había sorprendido en Trieste. De todos modos, no acababan de cuadrarle las alusiones del ciego y sus compañeros—. Debió ser un asunto bastante complicado —soltó Heinrich, para ver si caían.

—Puedes estar seguro de eso, señorito. Pero ten en cuenta que en ese paso de los Alpes sólo hay dos caminos practicables para una diligencia postal. Y nuestros hermanos conocen todas las posadas donde se detienen las diligencias. No podía escaparse.

—Me parece un asunto increíble.

—No pudo ser de otra forma, te lo repito —añadió el viejo—. Fuera el que fuera el camino elegido por el caballero, alguno de nosotros lo estaría vigilando. Se había preparado todo con meticulosidad: en un camino, un desprendimiento; en el otro, un árbol derribado. Créeme, los daños que se causarían a la diligencia estaban garantizados, la parada era obligada... Sin contar que por allí nevaba: incluso se puede decir que el Todopoderoso estaba de nuestra parte. Fue de esa forma como nuestro Sebastian *estableció contacto* con el caballero y le persuadió para que volviera.

Se rieron a la vez Jacobus y el ciego. Heinrich se esforzaba en comprenderlos y no lo conseguía: ¿de qué contacto hablaban los dos? ¿Y qué medidas persuasorias podían emplear aquellos pordioseros? Antes de que le pusieran la venda, había visto a ese Sebastian del que hablaba el ciego. Un repulsivo mendigo con joroba y el rostro desfigurado, como un auténtico malhechor. A Heinrich le resultaba difícil pensar que alguien como él pudiera acercarse a Winckelmann o tan solo hablarle. «Calma. Mucha calma. Tengo que seguir lúcido.»

—Claro que existía el riesgo de que él, el caballero, pudiera ignorar las palabras de Sebastian —dijo Jacobus, poniéndose serio de repente.

—Así es —refunfuñó el viejo—, era un tipo tan cobarde... Tienes que creerme, suizo: no todos los que mean en la pared son hombres. De todos modos, los poderes de persuasión de nuestra honorable Hermandad al final vencieron todas las resistencias que interpuso aquel... caballero —y salió de su boca una carcajada como un graznido.

—Ya —asintió Heinrich, tiritando. «Necesito distraerme. Me aferró con todas mis fuerzas a las imágenes del viaje de Winckelmann, y este pensamiento, la diligencia, sus compañeros de viaje, las conversaciones que seguramente se produjeron entre ellos, el accidente *provocado* por los miembros de esta misteriosa Confraternidad... y estos pensamientos de repente se convierten casi en una luz que me hace olvidar el

miedo. Pero es un apoyo que no dura mucho, tras un instante caigo de nuevo en la oscuridad de mi aquí y mi ahora»—. Me preguntaba sólo cuándo estará aquí la... Comendadora —suspiró.

—Joven, ¡aprende a tener paciencia! Los caminos del mundo son largos —la voz del ciego se había reducido a un susurro—. Cree en mí porque, aunque a todos los hombres les parece grande la tierra que Nuestro Señor nos ha dado, nosotros los ciegos sabemos con certeza que carece de medidas.

—Si sigues así, me pondrás nervioso también a mí, Tomaso —le interrumpió Jacobus—. Puesto que al señorito aquí presente le resulta tan penosa la espera, ¿por qué no le cuentas detalladamente lo que le ocurrió al caballero durante aquel famoso viaje? Tiempo tenemos, de eso no hay duda.

—¿Qué opinas, señorito? ¿Te apetece escuchar todos los detalles de la historia?

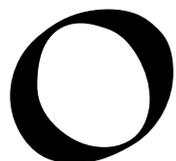
—No se me ocurre nada mejor —tartamudeó Heinrich.

—Eh, querido suizo, ¿cómo dice el refrán? El milagro hace al santo. Así que, aun confiando en las palabras de Milady, al principio no creía que los hombres de su Confraternidad conseguirían identificar a ese cobarde de Winckelmann y hacer que volviera sobre sus pasos. No sabía que la Gran Hermandad era tan poderosa y que podía extender su poder fuera de Roma...

## IV. CARTA CONFIDENCIAL

*Saint-Firmin, diciembre de 1763*

[Carta confidencial a *monsieur* De La Place]



S ESCRIBO CON EL ALMA ROTA COMO CONSECUENCIA de una profunda turbación. El abad Antoine-François Prévost, mi primo, de cuya elegante pluma salieron muchas novelas agradables que ciertamente vos habréis leído, murió en circunstancias misteriosas el pasado 25 de noviembre. Por lo que he podido reconstruir en estos últimos días, fue encontrado boca arriba sin señales de vida en el bosque de Chantilly, a los pies de un árbol bajo el que solía detenerse en sus paseos, mientras volvía de Saint-Firmin donde, como bien sabéis, vivía. Notad bien, *monsieur*, que nunca —subrayo *nunca*—, a pesar de sus sesenta y seis años, había manifestado anteriormente síntomas de ninguna enfermedad grave, aparte de ligeros ataques de gota.

El pobre Antoine-François yacía con las piernas ligeramente cruzadas y con un brazo flexionado sobre el pecho, según me han indicado. Y si me entretengo en estos detalles, que en un primer momento os parecerán ociosos, es por el hecho de que ciertos pormenores, que he ido descubriendo en estos últimos días, me parecen rodeados de un misterio tal que me siento en el deber de compartirlos con alguien.

Así que el pobrecillo fue llevado a Croix de Courteuil, ante el párroco del lugar que, juzgándolo muerto, mandó llamar al oficial de justicia de Chantilly, para que constatará la defunción y, a la espera de que llegara, depositó el cuerpo del desafortunado sobre un banco de la iglesia. Pasaron dos días en los que, según el párroco, los restos fueron velados por los mismos hombres que los encontraron, hasta que al tercer día el cadáver fue desvestido y colocado sobre la inmunda mesa donde la Ciencia realiza su cometido.

Una vez concluido el examen del cuerpo, el oficial de justicia firmó la partida de defunción por hemorragia cerebral, declaración también suscrita más tarde por el párroco. Después, el cadáver fue enterrado en la nave de la iglesia de los Benedictinos del priorato de Saint-Nicolás d'Acy, cerca de la puerta, entrando a la izquierda.

Así estaban para mí las cosas hasta hace una semana, cuando recibí una breve carta del cirujano que realizó la autopsia. Copio para vos la parte más importante:

*En primer lugar, examiné el cadáver del abad Prévost. No había*

hematomas evidentes, contusiones, ni marcas de sangre; tampoco hallé señales de congestión o indicios de estrangulamiento. Los miembros estaban fríos y cianóticos.

*Pero parece que de manera caprichosa la vida puede a veces ser más terrible que cualquier fantasía porque, cuando procedía la apertura del cuerpo, el primer corte de escalpelo me demostró, no sólo que el pretendido difunto ya no lo era, sino que cualquier intento de auxilio, que incluso hasta poco antes podría haberle prestado, resultaría inútil.*

*Nos quedamos todos helados y el oficial de justicia me hizo jurar que la noticia de tan engorroso hecho nunca saldría de las paredes de aquel edificio. Pero yo no me puedo olvidar del terrible grito del pretendido cadáver, ni del detalle de sus ojos tras la verdadera muerte: me obligaron a levantarle los párpados, y descubrí sus ojos enormemente dilatados en una expresión de monstruoso sufrimiento...*

*Ahora, monsieur, imaginad la escena: el largo escalpelo del cirujano penetra en la piel del desdichado pecho del abad Prévost y, descendiendo hacia abajo, dibuja un gran círculo desde la garganta hasta la parte baja del tórax; luego, volviendo hacia atrás, el instrumento fatal amplía la cicatriz trazada. Entonces ocurre un golpe de efecto espeluznante: el pecho se eleva de repente, el cirujano y los guardias ven el corazón latir a través de la apertura, horribles convulsiones zarandean el cuerpo que debía estar muerto. Mi pobre primo se despierta chillando, lanza una terrible mirada a sus carniceros y exhala un último respiro, gritando un nombre...*

*Como podéis suponer, la confesión del cirujano, abrumado por el remordimiento, me ha desconcertado profundamente. En la carta el hombre apunta la hipótesis de que el abad Prévost se hallara bajo los efectos de algún narcótico, como por ejemplo, el opio. Por eso mismo, he investigado con cautela en casa de madame Catherine Robín, donde mi primo vivía, pero ella misma niega que el abad Prévost se dedicara a esa clase de vicios: solo tomaba una pócima de hierbas para curar la gota que un vendedor ambulante le llevaba personalmente todas las semanas. Al principio pensé que se trataba de uno de los clásicos charlatanes que se pasean por las ferias de los pueblos vendiendo pociones, pero luego el nombre de Zagoràn —así se llamaba el vendedor ambulante, según madame Robín—, me produjo cierto desasosiego porque, además de caer en la cuenta de que ese nombre es inusual por esta zona, se corresponde exactamente con la palabra que, según el testimonio del cirujano, mi primo pronunció en su horrible y momentáneo despertar. Por desgracia, madame Robin apenas ha sabido decirme de ese hombre que era de estatura inferior a la media,*

*prácticamente un enano, y casi desdentado; al parecer una vez acompañó a mi primo en su paseo diario por el bosque de Chantilly, y aquella misma noche, a su vuelta, el abad Prévost parecía trastornado.*

*Además, el párroco de Croix de Courteuil, al que puse entre la espada y la pared, no solo ha confirmado la confesión del cirujano, sino que también me ha contado que entre los hombres que llevaron el cuerpo de mi primo a la iglesia —todos peregrinos que portaban en sus capas grises la concha de Santiago—, había un par de enanos, y uno de ellos sin dientes. No sé muy bien qué pensar, monsieur, mi mente se oscurece: ¿acaso ha sido el abad Prévost víctima de un complot? Tiemblo al plantearme esta terrible hipótesis, sobre todo cuando esta mañana me ha llegado una extraña carta con amenazas en la que se me aconseja que abandone mi pequeña investigación personal... Pero el detalle más desconcertante es que la carta ha sido escrita sobre uno de esos folios de papel violeta, que mi primo había encargado hace un par de meses en la tipografía de Aumont, en la capital. Lo sé bien porque yo mismo fui al taller con el dibujo del escudo familiar.*

*Más no sé decirlos, monsieur, y al repasar mi carta encuentro el texto más bien incoherente, por lo que tengo miedo de causaros una mala impresión. Pero me perdonaréis: no soy un escritor, simplemente narro los hechos buscando su sentido.*

*Espero con impaciencia vuestros consejos, os saluda humildemente.*

*M. el abad de Blanchelande*

*[Mensaje confidencial al abad de Blanchelande]*

*Señor, me han referido que solicitáis consejos a diestro y siniestro. Aquí tenéis uno, completamente gratuito: llorad y callad.*

*Firmado, La Comendadora de los Avispones*

## V. SE PODÍAN CONFUNDIR CON LEÑADORES

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**S**E PODÍAN CONFUNDIR CON LEÑADORES MIENTRAS SE afanaban con sus hachas alrededor de una enorme encina, pero solo a primera vista. Tras una mirada más atenta, el grupo mostraba una heterogeneidad inquietante. Había dos individuos robustos, de anchos hombros y gran corpulencia, junto a otro delgado con el rostro afilado y una notable joroba, así como un pequeñín con una mueca maliciosa de dientes picados y amarillentos, y otro todavía más bajo —obviamente un enano— de siniestra mirada.

Un campesino que pasaba con su carreta les dirigió una mirada curiosa y persistente. Se preguntó quiénes podían ser, y si eran suyos aquellos hermosos caballos rodados, atados con una cuerda en un claro cercano. Casi abrió la boca para preguntarlo, pero las palabras no le salieron de los labios cuando divisó a poca distancia una espigada figura, evidentemente el jefe del extraño grupo, que le provocó un escalofrío. El tipo iba bien vestido, advirtió inmediatamente el campesino: pantalones grises ajustados, botas altas de charol negro, chaqueta y gabán en otras tonalidades de gris, con una capa de piel negra que le caía de forma descuida sobre los hombros. Sin embargo, los detalles que más le inquietaron fueron un látigo, que el hombre agitaba en sus manos enguantadas, y un velo negro de luto, que le colgaba con coquetería del tricornio cubriéndole casi por entero el rostro. El campesino sintió un sudor frío cuando le vino a la mente, sin saber muy bien por qué, la imagen de un verdugo. Así que decidió aligerar el paso de su caballo, cuando le distrajo un veloz gesto del hombre del tricornio, que lanzó el látigo al enano, y el salto de este último, que lo agarró al vuelo. Un instante después el campesino caía boca abajo, con un tiro en la nuca disparado por el hombre del velo.

El jorobado, con increíble agilidad, se abalanzó sobre el carro tomando las riendas y refrenando al caballo asustado. El jefe de la misteriosa banda guardó en su cinturón una pequeña pistola con empuñadura de plata —esa arma de gran precisión que en Francia llaman *coup de poing*—, y los dos individuos más bajitos se aproximaron hasta el carro, que finalmente se detuvo al otro lado del sendero.

—¡Acertó de lleno! —silbó el desdentado que, encaramado en los varales del carro, se había inclinado sobre el cuerpo desplomado para levantarle los párpados—. Y, ¿ahora qué hacemos? —preguntó, rascándose la barbilla sin afeitar, mientras arrugaba la línea de su boca sin dientes en una expresión sarcástica. Se giró hacia el hombre del tricornio como si le preguntara: «¿De verdad era necesario?»

Como si hubiera intuido la duda del pequeñín, el jefe respondió con frialdad.

—La confianza en la discreción de los demás es un lujo que no podemos permitirnos. Tenemos que preservar un secreto que no nos pertenece.

Se sacudió los guantes negros ceñidos por dos botones de perlas y extrajo de una cajita de plata un cigarro que el enano se apresuró a encender. Sólo entonces, cuando la mano enguantada alzó el velo negro, pudo verse el rostro que hasta aquel momento había permanecido escondido: un bello rostro de mujer, enmarcado por rizos cortos de un color rubio cenizo.

Al jorobado le correspondió la labor de hacer desaparecer la carreta y el cadáver, y se alejó por un sendero que se adentraba en el bosque. Los falsos leñadores volvieron a emplearse tenazmente con sus hachas en aquel roble. La señora enmascarada levantó la voz bajo el velo.

—¡Con cuidado! ¡Es necesario proceder con cuidado! En ocasiones como esta no se consigue nada haciendo las cosas con prisa —hablaba sin rabia, calmadamente, y en sus palabras se percibía la entonación de quien no carece de cierta cultura. A pesar de que hablaba con una sonrisa, los dos gigantes le obedecieron rápidamente y siguieron dando golpes en la dirección que ella les había indicado con el látigo.

A continuación sacó del gabán un reloj de bolsillo, albergado en una caja de esmalte negro y con una inscripción de oro en el centro: *Confraternitas Abisporum*. Levantó la tapadera y miró la hora. Batió los pies con impaciencia.

Como si aquel gesto fuera una señal, el roble cayó con fragor dividiendo el sendero en dos. La señora contempló el resultado con aire de satisfacción. Luego se dirigió al jorobado:

—Sebastian —ordenó—, tú y el Desdentado marchaos inmediatamente a la posada del Tejón y proceded según el plan previsto. Si hace falta, nos comunicaremos como siempre. ¿Entendido?

—Sí, Milady. Se hará como ordenáis —respondieron los dos al unísono.

## VI. ¿EXISTE DE VERDAD LA BELLEZA?

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**E**XISTE DE VERDAD LA BELLEZA?» SE HIZO un extraño silencio en la carroza. Una luz opaca y tenue, filtrada a través de las gruesas cortinas, hacía más llevaderas las sacudidas de las ventanillas y portezuelas de madera en cada curva del sendero. Johann Joachim intentó reanudar la conversación interrumpida.

—¿Qué puede superar en la vida a la belleza clásica, con su capacidad de guiar la elevación espiritual del hombre y acercarlo a Dios?

Moira, el impresor, no parpadeó, pero replicó:

—Muy lejos estoy yo de poner en discusión un trabajo tan importante como el vuestro. Todos conocemos el peso de vuestra labor como prefecto de antigüedades y *scriptor linguae teutonicae* en la Biblioteca Vaticana, vuestras condecoraciones de las academias italianas y la *Society of Antiquity* de Londres... —quitó la presilla de la tabaquera que sujetaba entre las manos y con gravedad se la llevó lentamente hacia la nariz—, sin hablar de vuestros libros. En concreto, ese último ensayo *Sobre la capacidad de sentir la belleza en el arte*, que he leído con mucho interés.

Johann Joachim asintió con un gesto, sintiéndose alabado por el reconocimiento de sus propios méritos. Pero casi inmediatamente el impresor retomó la conversación.

—¿De verdad que no sois en absoluto admirador del gran Shakespeare? —en su voz vibraba más la curiosidad que el reproche.

—Vamos, señor Moira, el arte de los antiguos es decididamente superior. Basta con mirar cualquier estatua griega, su noble sencillez, su grandeza sosegada. Es la sublime representación de la superación de las pasiones, la profundidad del mar que permanece inmóvil por muy agitada que esté la superficie. Nos hace temblar sin necesidad de apelar a emociones estériles de personajes andrajosos, locos o bribones, ni a brujas o a enanitos estrafalarios en las noches de verano.

—Bien dicho —se entrometió el médico que, sentado junto a él, hasta aquel momento había permanecido más bien silencioso—. Todo eso son patrañas, supersticiones del pasado, que en nuestro Siglo de las Luces no tienen más motivos para existir. Cuando pienso en esas historias de hadas y fantasmas, en todos esos terribles monstruillos de las tinieblas, con los que de niño nos aterrorizaban nuestras nodrizas... Se mire por donde se mire, no dejan de ser argumentos pueriles. Un adulto que crea en la existencia de tramas ocultas tras la realidad sólo tiene un nombre: burro.

—Estoy de acuerdo con vos, doctor Albrecht. Ya tenemos suficientes fábulas

inverosímiles —le interrumpió Johann Joachim, riéndose.

—¿Tengo que entender por vuestra conversación que no creéis en la existencia de nada misterioso, caballero Winckelmann? —intervino el impresor con un atisbo de desconcierto.

—Bueno, poco permanece escondido para una mente humana que se dedica a la investigación científica... —Johann Joachim movió con burla la cabeza—. No, señor Moira, no sé qué pensar de una existencia subterránea que fluya paralela a la nuestra. Para mí, vida significa razón, trabajo... sobre todo, trabajo: todavía tenemos en el fuego mucho hierro por forjar...

«Y sin embargo, antes creías en lo misterioso. Y vaya si creías. Cuando eras un niño, y la tía Martina con solemne fe narraba, como si fueran los salmos del rey David, terribles historias de irritantes gnomos, de seres crueles que conspiraban en las sombras. Ante cualquier error que cometías, con un movimiento veloz, levantaba la inflexible palmeta de madera y te daba un golpe decidido en las manos, amenazándote con los futuros castigos que seres misteriosos, siempre al acecho y que tomaban nota de todo, te infligirían dolorosamente si persistías en tu error... Entonces tú, antes de irte a descansar, dejabas en la escalera del desván un pequeño barreño lleno de agua y una rebanada de pan, para granjearte a los feroces habitantes de ese otro mundo. Luego, una vez en la cama, permanecías mucho tiempo con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando con morbosa atención los ruidos de las vigas del techo, los crujidos de los suelos, el chirriar de una ventana. Y te dormías, y entonces una voz profunda se insinuaba en tus sueños, sobresaltándote el alma.»

En la frente de Johann Joachim aparecieron arrugas de perplejidad: no era nuevo para él escuchar voces extrañas que le hablaban en su mente. Siempre lo había considerado algo normal, una herencia de la infancia que quizás todos poseían, aunque con la edad adulta nadie lo mencionara, acaso por el temor a ser considerado excéntrico o pueril. Ni siquiera le atemorizaban aquellas voces, a las que más bien consideraba viejos amigos que a menudo le hacían compañía de noche en las largas horas de insomnio. Pero ahora merodeaba por su cabeza una voz desconocida y desagradable, que suscitaba en su mente extrañas imágenes de un espantoso mundo paralelo.

Cerró los ojos, como si así pudiera acallarla. Se oyó el silbido del viento. Lúgubre. Como una música diabólica. Y con esa ráfaga de aire gélido hubo un estremecimiento general de la carroza, y todos se acurrucaron en sus capas con un escalofrío: de repente las ganas de hablar habían desaparecido, mientras el viento se transformaba en una auténtica furia, y los pálidos rayos de sol, que de vez en cuando encontraban un hueco entre las nubes, solo parecían mostrar un pavoroso paisaje.

Johann Joachim quiso continuar la discusión interrumpida y se lanzó a la exaltación de las cualidades pragmáticas de los antiguos.

—Tomad en consideración a los romanos, por ejemplo, y su visión del mundo: nada que no fuera sensualidad, apetitos, gustos serenamente lujosos...

«¿Y las misteriosas ceremonias celebradas a escondidas entre ritos iniciáticos y sacrificios? ¿Y el temor que tantas veces te inspiraba la mirada vacía de las antiguas estatuas?»

De nuevo la voz, y esta vez parecía tener la misma modulación sarcástica que el enano con el que se había encontrado una hora antes en la posada. Todos los viajeros amonestaron por una curva imprevista al cochero, que arriesgaba con una velocidad peligrosa y parecía buscar todos los baches del camino. El hombre del pescante reaccionó de modo huraño.

—Como veis, caballero Winckelmann, no se pueden acallar las pasiones y mantener una calma imperturbable —comentó el abad Malpiero, intentando devolver la sonrisa a los viajeros.

«Las pasiones... ¿acaso sabes lo que son las pasiones, Johann Joachim? El miedo, por ejemplo, ¿sabes lo que es?» El parecido con el desagradable tono del enano le paralizó en esta ocasión hasta la garganta. Intentó aferrarse al recuerdo de una voz agradable. Por ejemplo, la de un jovencuelo romano que parecía un angelito, arrodillado ante un sagrario de exvotos decorado con cintas y corazones de plata, a la hora del Ave María: una voz todavía blanca, alta y pura... Pero, ¿qué le estaba pasando? No quería pensar en un canto como ese, porque inevitablemente evocaba lo que venía después: el final de la inocencia, el pecado que surge en la oscuridad de los dormitorios, entre la vigilia y el sueño, la emasculación de los jóvenes cantores para que pudieran conservar aquella voz inimitable... «Las cinco lecturas largas del Viernes Santo en la Capilla Sixtina, a los pies del impetuoso y gigantesco universo de Miguel Ángel, las cinco velas fijadas en el enorme candelabro, apagadas una a una tras la lectura de cada una de las partes, el sol del atardecer que desde las ventanas superiores calienta las coronas de los beatos, mientras en la parte baja del fresco, donde las tumbas se abren y la barca de los condenados se aleja de la orilla, descende la oscuridad sugiriendo formas sin cabeza, ojos que flotan en el viento, bocas de demonios que bufan y, precisamente en ese instante, el canto del *Miserere* se eleva con fuerza, cuando el Juicio Universal nunca ha estado tan cercano...»

Se sobresaltó sintiendo un estremecimiento, porque Camillo le estaba dirigiendo una pregunta:

—Sin embargo, maestro, también en el arte griego se representan sufrimientos atroces. Pensad en la estatua de Laocoonte.

—No he escuchado nunca hablar de un escultor con ese nombre —le interrumpió el doctor Albrecht.

«Qué bestia, este hombre.» Johann Joachim emitió un profundo suspiro.

—Pero, ¡no! —dijo Camillo entre risas—, se trata del tema de una estatua:

Laocoonte, según la mitología griega, era el hijo de Príamo y sacerdote de Apolo; mientras se oponía a la entrada en Troya del caballo de madera construido por los griegos, fue despedazado junto a sus hijos por dos monstruosas serpientes procedentes del mar y enviadas por Atenea, enemiga de los troyanos. El caballero aquí presente ha dedicado mucho tiempo a ese espectacular conjunto de mármol.

—Y valía la pena, ¿no? —dejó caer Johann Joachim.

—Claro, caballero —contestó Camillo, respetuoso—. Pero en esa obra el dolor se muestra en cada músculo y cada tendón del cuerpo. Basta sólo con mirar ese vientre convulsamente contraído, ¡y casi sentimos su dolor en nuestra propia carne!

—Pero no en el rostro, querido jovencito. Repasa mentalmente su expresión... Laocoonte no grita. El modo en el que frunce los labios no se lo permite, como mucho puede emitir un suspiro angustioso y oprimido. Está claro que Laocoonte siente el dolor, pero sufre como el Filoctetes de Sófocles, como un hombre superior y sublime. Esto es lo que nos enseña el mundo antiguo: uno se puede enfrentar al dolor y vencerlo.

—Pero hay otros dolores, caballero Winckelmann, los del alma, que son mucho peores que un dolor físico: las añoranzas, los remordimientos, las angustias... —replicó el viejo Moira, con dulzura—. Dolores para los que vuestro discurso no sirve. ¿No os ha ocurrido alguna vez, por ejemplo, estar melancólico sin motivo? ¿Desesperadamente melancólico?

«¡Basta de juegucitos!»

—Quien se siente melancólico sin motivo está mal de los nervios —se entrometió de nuevo el doctor Albrecht—, o si no, se trata de una pose, de esas que gustan a los jóvenes estudiantes de hoy en día. Ah, la gente sería y trabajadora no sabría qué hacer con esos caprichos. ¡Os imagináis a un médico, a un consejero político, a un comerciante, al que se le pasara por la mente sentirse melancólico! Resultaría algo grotesco. Cosas de poetas, quizás. Pero nosotros somos gente con los pies en la tierra. ¿Digo bien, Winckelmann?

—Por supuesto —tosió Johann Joachim. Le avergonzaba el hecho de que un ignorante como el doctor Albrecht le defendiera. De todos modos tenía que admitir que en este caso había dicho la verdad.

«¿Estás tan convencido? Pues claro que sí. Qué tipo de pensamientos se me ocurren hoy. Estamos en el Siglo de las Luces, del progreso, del refinamiento, del saber hacer. Somos los herederos del equilibrio de los antiguos, de su irónica claridad.»

Una corriente repentina movió las cortinillas con violencia, dejando ver un remolino de nieve. Mientras el abad decía:

—Qué extraño. Oíd...

A todos los pasajeros les pareció percibir un ligero tamborileo en las paredes de la

carroza: como misteriosos toques de dedos o rápidos pasos de centenares de pequeños pies, de modo que el abad, quizás de forma inconsciente, movió dos dedos de la mano izquierda imitando unos pasos que se acercaban. Johann Joachim, sintiendo un escalofrío, levantó las cortinillas.

«La tía Martina decía que en ciertos días se oía el frío de los pecados humanos caminar sobre el techo de casa, y esto es una auténtica tormenta infernal, donde todo se agita, aúlla y gime, con copos blancos como mechones de cabellos embrujados...» Vio que el camino de repente se estrechaba, es más, le pareció que las ramas de los abetos se habían acercado demasiado a la carroza, tanto que casi conseguían rozarla. La luz del atardecer se atenuó de golpe, como si hubiera sido aspirada por algo, hasta que todo quedó completamente a oscuras. Con los ojos Johann Joachim buscó desesperadamente el rostro de sus compañeros de viaje, para aferrarse a una imagen familiar, pero no encontró nada. Como si ya no estuviera sentado en esa maldita carroza, sino que se encontrara solo y perdido en un mundo desconocido, ante la entrada de una horrible catacumba de donde salía un hedor nauseabundo. Pero aquella desagradable sensación se veía superada por la angustia que ese agujero inspiraba en su espíritu. Luego, de repente, en la oscuridad de la gruta vaciló la luz de una antorcha que le permitió ver un corro de enanos monstruosos, una multitud de hombres y mujeres de apenas una cuarta de altura, que gritaban de forma amenazadora señalándole con el dedo y tenían las cuencas de los ojos ensangrentadas y vacías... Tuvo la impresión de estar perdiendo la razón.

De todos modos la alucinación tuvo que durar un instante, porque cuando volvió en sí sus compañeros de viaje seguían hablando como si nada hubiera ocurrido. Johann Joachim se restregó los ojos, las manos le temblaban. La visión había desaparecido: en los bordes de la ventanilla se habían acumulado montoncitos de nieve. Y de repente, en el horizonte, sobre la cima del desfiladero hacia donde se encaminaba la carroza, apareció una figura envuelta en una capa negra. El caballero la distinguió con dificultad por la lejanía. A medida que el vehículo se acercaba, los caballos comenzaron a arquear la espalda, a agitarse y a relinchar, hasta que el cochero ya no consiguió dominarlos.

## VII. ¿QUÉ ASPECTO TENÍA?

*Roma, enero de 1772*

Q

UÉ ASPECTO TENÍA?

—¿Te sigues refiriendo a ese caballero, señorito?

—Pues, claro —Heinrich intentó disimular que sentía los nervios a flor de piel, molesto por la estrecha venda que le oprimía los ojos—. ¿Y de quién, si no, estamos hablando?

—Ya te lo he dicho: alto, con la barriga algo flácida —contestó Sebastian el jorobado, aspirando con la nariz—. Tenía la cabeza grande, las cejas peludas, la nariz pronunciada. Pero, ¿por qué te interesa tanto?

Le contestó que era pintor, ¿acaso lo había olvidado? Claro que el rostro de la gente le interesaba: tenía relación con su trabajo. No le dijo que, en la oscuridad a la que le condenaba aquella venda, percibía como un dolor desgarrador el hecho de no ver ninguna imagen. En realidad, Heinrich ya había visto un retrato de Johann Joachim Winckelmann, un óleo de Anton Mengs, una copia que circulaba por todas las cortes europeas tras el trágico final del caballero. Pero esto tampoco se lo reveló al jorobado, porque intuía que, en la extraña situación que estaba viviendo, cuanto más se callara, mejor le irían las cosas.

—¿Y la boca? —preguntó con cierta insistencia.

—No demasiado grande, pero alrededor aparecían, bien marcadas, las arrugas de la angustia —resopló Sebastian.

—Fíate, suizo —le interrumpió Jacobus—. La memoria de Sebastian no falla nunca: basta con que vea a un tipo en una ocasión y no se olvida de su rostro durante toda la vida. Por eso es uno de los Avispones más apreciados.

Heinrich escuchó al ciego refunfuñando en un apagado reproche al enano. ¿Avispones? ¿Qué quería decir? ¿Y por qué el viejo Tomaso se había enfadado? ¿Quizás Jacobus había dicho algo que debía callar? Era preferible aparentar que no le había escuchado y desviar la atención, pensó Heinrich.

—Y el pelo, ¿qué peinado llevaba el caballero?

—Entrecano, en su mayor parte. Rizos grises peinados detrás de las orejas con cuidado. Sin peluca empolvada.

—¿Y no tuviste ningún problema para acercarte y hablar con él?

—Bueno, fue necesario algo de tiempo. Al principio apenas me dirigió dos palabras de agradecimiento, cuando toqué la vihuela en aquella posada alemana donde se detuvieron a dormir; luego me habló durante más tiempo cuando le conté la historia del fantasma...

El joven se esforzó en imaginar la escena, pero no lo consiguió. Quizás le distrajeran las pisadas que percibió a su alrededor, un murmullo de muchas personas. ¿Eran todos miembros de la misteriosa Confraternidad? Una multitud que no veía, pero en la que intuía una presencia muy variada, extraños olores, pero sobre todo una variedad de acentos: napolitanos, griegos, alemanes, gente de todo tipo de jaez, cuna o nación... Una Babel de la que Heinrich en ese momento habría preferido no formar parte. Se sentía agotado. Por eso imploró a Sebastian.

—Te lo ruego, sigue con tu historia...

«Necesito que al menos las palabras llenen esta oscuridad. Sin la posibilidad de usar los ojos me siento perdido: es como si mi conciencia y mi cuerpo se comunicaran con dificultad. ¿Me estaré volviendo loco?» Intentando sofocar el miedo que le oprimía la garganta, Heinrich continuó.

—Te lo suplico, Sebastian, siéntate junto a mí y descríbeme con calma tus impresiones del caballero.

El jorobado suspiró.

—Hecho. Cuando me habló, lo hizo con educación, aunque me pareció poco sincero. Se asombraba de que un mendigo supiera narrar una historia tan larga. Me alabó sonriendo y luego me preguntó quién me la había contado. Probablemente era lo que tenía que decir, pero había una modulación diferente en su voz...

—Te olvidas del asunto del secretario —le interrumpió el ciego—. Ese tipo con cara de tontorrón.

—Eh, oye, Tomaso, esta historia ya la he repetido por todas partes un montón de veces. Vamos, que estoy hasta las narices, así que si no te va mi modo de contar las cosas, acabemos inmediatamente —dijo Sebastian enojado.

—No te enfades —dijo el ciego, suspirando—. Has dicho que aquel tipo hablaba en un tono educado. Es aquí donde te equivocas. Me refería solo a eso.

—De todos modos, sonreía.

—Oh, recuerdo bien esa sonrisa: burlona, originada por un extraño juego de los músculos faciales. He olvidado muchas cosas en estos años de oscuridad, pero su rostro lo conservaré siempre en la memoria.

—Y entonces, ¿por qué no sigues contándolo tú? Yo estaba en la posada del Tejón. Yo, junto al Desdentado —resopló Sebastian. Por un instante, Heinrich temió que el jorobado dejara la historia a medias, pero a continuación le oyó seguir—. De todos modos, el caballero era aparentemente educado. Toqué la vihuela, como me ordenó la Comendadora, aquella música que Tomaso me había enseñado —y Sebastian se puso a canturrear con sordina el aria del *Miserere* de Allegri, con alguna que otra nota desentonada, pero claramente reconocible—. En ese momento el alemán levantó la cabeza y me miró de arriba abajo, como si me examinara: luego me ofreció una moneda. «¡Por favor, en el sombrero», le dije. Entonces el caballero dejó

la moneda en el sombrero que había a mis pies, yo le saludé y me dirigí hacia la esquina de la chimenea, al lado del tabernero que nos había permitido a mí y al Desdentado que entráramos y nos acomodáramos en el calorcito. Una moneda de plata... Piensa, señorito: eso se llama suerte.

«Más que educado, si Winckelmann te dio dinero por tu canto, que es patético, eso significa que estaba atontado», pensó Heinrich. Pero naturalmente conservó este pensamiento para sí mismo. Antes, en la época en la que Winckelmann y él se habían carteadado, porque Heinrich traducía al inglés uno de sus libros, el caballero le describió el derroche del *Miserere* del Viernes Santo: «Mi querido amigo, no hay un espectáculo que se equipare a los espléndidos palcos de la Capilla Sixtina, drapeados de terciopelo y oro, los vistosos colores de los uniformes de los guardias suizos, las capas violetas de los cardenales, las filas de sacerdotes que forman el séquito y, mientras resuenan las trompetas, las voces de los cantores castrados que parecen humanas: verdaderas voces de ángeles». «La oscuridad de esta venda está acabando conmigo. ¿Hubo luz alguna vez? Me cuesta trabajo pensar, no consigo ni siquiera percibir la consistencia de mi cuerpo, cada imagen que cruza mi mente me produce el efecto de una cascara vacía. Siento el cerebro completamente inactivo...» Iba palpando con los dedos la pared de piedra caliza sobre la que estaba apoyado: era resbaladiza y fría. La humedad le penetró hasta los huesos como una espina.

Se distrajo, y perdió alguna que otra frase de la historia que Sebastian se disponía a concluir.

—Y para conmoerlo, le solté la historia lacrimógena de que me acababa de recuperar de una gravísima enfermedad en las piernas, y por tanto estaba recogiendo limosnas para ofrecer seis libras de cera al altar de Santiago.

—Muy bien, querido Sebastian, ¿eh, suizo? —dijo riendo el ciego—. Has puesto muy bien en uso las enseñanzas de la escuela de nuestra honorable Confraternidad.

Hacía frío. Si al menos le hubieran traído el plato de pasta que le habían prometido, suspiró Heinrich. Seguía bostezando por el hambre. «"Anochece", dice Jacobus. Y a mí me vienen a la mente los cielos nocturnos de Roma, cuando las casas del Trastevere están todas iluminadas. Pero quizás es mejor no pensarlo: tanto me entristece la idea de saber que estoy aquí encerrado.»

—Di, Sebastian, ¿por qué no le cuentas a nuestro pintor el asunto del elixir?— añadió el enano, y los tres comenzaron a reír con sarcasmo.

—Tienes que saber, suizo, que en aquella misión me acompañó el Desdentado, uno de nuestros hermanos que vende pociones y ungüentos, porque sabe mucho de hierbas medicinales —comenzó Sebastian, aguantando la risa todo lo que podía—. Y él, el Desdentado, antes de cenar, consiguió acercarse al caballero y dejarle una botellita de elixir de Galicia: *portentum generandi*...

—*Erigendi. Portentum erigendi* se dice a hombres como el caballero... —le

corrigió el ciego.

—Oh, *generandi, erigendi...* qué más da. De todos modos, el caballero entendió muy bien de qué se trataba, y hasta soltó al Desdentado otro escudo de plata.

## VIII. EL GRUESO TABERNERO DE LA POSADA DEL TEJÓN

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**E**L GRUESO TABERNERO DE LA POSADA DEL TEJÓN afinaba el oído para escuchar a su mujer Katarina que, de pie ante los recién llegados, respondía a las bromas de los clientes. La voz de ella le llegaba entrecortada, mezclada con las risas de los hombres. Theodor permanecía sentado junto a la chimenea, con las manos apoyadas en las rodillas, pensando por enésima vez que a las mujeres les costaba más callar que hablar. La verdad era que uno no podía estar sin mujeres, pero había días en los que solo deseaba que su Katarina no tuviera tantas cosas que decir sobre cualquier asunto. «Ah, el tiempo y el pelo canoso pesan», pensaba. «Le entran a uno ganas de quedarse descansando en una esquina, porque sabe que la lengua sólo está bien dentro de los dientes. Incluso pensar cansa. Pero la boca de Katarina no se cansa nunca.»

—Las palabras hacen el mercado y el dinero paga —solía repetir ella siempre, y tenía que ser verdad, porque los clientes dejaban propinas considerables cuando quien les servía era Katarina.

El grueso Theodor arrimó con las pinzas un trozo de leña al pequeño fuego que ardía. En general, estaba satisfecho de cómo iban las veladas en su posada. Es más, normalmente presumía de administrar sus asuntos con más clarividencia que el rey Salomón. Sin embargo, aquella noche estaba descontento. Antes que nada, le molestaba no poder satisfacer del todo a los nuevos clientes. Claro está que no era culpa suya, ¿qué podía hacer él? Le llegaron de repente por un maldito accidente en el eje de la diligencia, a causa de un árbol que se había caído bloqueando el camino. Y encima, la posada ya acogía a una caravana de peregrinos, de los que iban con la concha haciendo el camino de Santiago. Estaba claro que había tenido que acomodar a algunos de los recién llegados en los cuartillos de la buhardilla, normalmente destinada a la servidumbre. El abad y el caballero se habían quejado. Para nada había servido al tabernero proferir mil excusas por no poder ofrecerles nada adecuado a su rango, no consiguió calmar su malhumor.

Entonces, para apaciguar al caballero Winckelmann, con la excusa de ayudarlo en la colocación del equipaje, Theodor le había enviado a Clara, una bella jovencita, con las tetas duras y altas y un trasero poderoso de al menos cinco palmos. Con frecuencia utilizaba a la joven sirvienta con los clientes más difíciles. Y el asunto le había dado siempre buenos resultados, incluso conseguía sacar cinco o seis monedas de plata de más, sobre todo, cuando Clara se lo llevaba hasta un cuartillo en la parte

trasera, donde había un espejo muy inclinado a la cabecera del jergón. Porque a muchos les gusta mirarse cuando montan a una mujer, para ver cómo se les inflama la vena del cuello o cómo se mueven las tetas de ella en la cabalgata. Esmero inútil. No había podido hacer nada: o el caballero Winckelmann era de carácter blando o pertenecía a ese tipo de hombres que prefieren a los chicos. O si no, podía ser también que fuera un gran avaro, aunque esto no parecía ser cierto, ya que Theodor había visto bien como recompensaba a aquel mendigo jorobado que le había tocado una estrofa con una vihuela medio rota.

Ah, el viejo tabernero de la posada del Tejón no se asombraba ya de nada. «Cuando se tiene este maldito oficio, se termina por conocer gente de cualquier condición», pensaba. A menudo se encontraba bajo su techo incluso a ricos con muchas ganas de una mujer que, ya fuera por avaricia o por temor a la sífilis, se abandonaban al vicio solitario.

La leña en la chimenea estaba acabándose. No había sido un buen día. Entre otras cosas, el campesino que normalmente le llevaba las provisiones desde la capital no había llegado. «Ese desgraciado, quién sabía dónde podía estar ahora...» Pero, ¿por qué aquellos charlatanes no se iban por fin a la cama? Y encima Katarina les daba cuerda, no se callaba, con esa voz tan estridente. «¡Ojalá se le secara la lengua!»

—¡No dejarás de contar patrañas! ¡Ten cuidado, que a quien tiene siempre la boca abierta, se le llena la barriga de viento! —comentó con aspereza, cuando ella se acercó para coger otra jarra de cerveza.

La mujer, poniendo los brazos en jarras y sin sombra de turbación, perdió la paciencia:

—Esta gente quiere que les cuente novedades y yo les complazco. ¿Qué tiene de malo? ¿No me repites continuamente que los clientes siempre tienen razón?

—Sí, pero tú estás exagerando más de lo que debes —se quejó Theodor—. ¡De qué pasta tan mala estás hecha!

Katarina no se hacía de rogar y, maestra en discusiones como era, contestó cortante:

—Vete a dormir, viejo, que estás cansado... —y volvió a las mesas.

«Así es como la juventud liquida a la vejez», suspiró Theodor. Y es que Katarina tenía veinticinco años menos que él.

«Cuando llega la noche, el viejo se desespera», decía un antiguo proverbio. Tristemente cierto. Pero él no se marcharía de allí, aunque fuera sólo para hacerla rabiar; se quedaría quemándose la sangre con las risotadas que Katarina arrancaba a los hombres que la rodeaban. No es que los recién llegados le parecieran gente sospechosa, capaz de tomarse libertades poco conveniente con su mujer: todos parecían personas de buenos modales, incluso ese tal Albrecht que, a diferencia del resto del grupo, no era católico. Pero ya se había percatado en otras ocasiones de esa

circunstancia sorprendente: aunque contaminados por su propia corrupción herética, los luteranos no dejaban de ser buena gente, que pagaban sin crear problemas. Es más, una vez le había dicho al párroco:

—A menudo tengo la impresión de que algunos de ellos no comenten tantos pecados como los buenos cristianos.

El propio párroco admitía que pudiera tener razón, pero lo atribuía al hecho de que el diablo no necesitaba tentar a los herejes, porque sabía que estaban irremediablemente condenados a las penas del infierno... Sin embargo, el gordo de Theodor se sentía inquieto por aquellos dibujos de mujeres y hombres desnudos que, después de cenar, el caballero Winckelmann había sacado de una carpeta. Por otro lado, que el abad Malpiero también los hubiera hojeado, sin mostrar su desacuerdo ni escandalizarse, le tranquilizaba. Echó otro trozo de leña a la chimenea y se sentó de nuevo, pensando: «¡Ahora Katarina empezará con la historia de la bruja!». Y es que la historia de la captura de la vieja Dorotea era una de sus historias favoritas. ¿Cómo podía tener aquella mujer una lengua tan larga? Por lo que se refería a su propio pasado, Theodor era incapaz de situar un hecho detrás de otro. No era una cuestión de memoria, porque el pasado se encontraba tras él como un gran bloque, estaba allí mismo, y lo conocía todo de una vez cuando pensaba en él, como cuando uno organiza una caja, sin preocuparse en contar los objetos que contiene o nombrarlos.

Mientras tanto, tal y como había supuesto, su mujer había empezado a describir a la bruja, que vivía con un grupo de enanos en el bosque de al lado. La maga, huesuda y casi calva, tenía fama de preparar medicinas con las hierbas que los enanos a su servicio recogían. Y los hombres del condado, sobre todo, le pedían los elixires de amor.

—A todo el que se presentaba ante ella con esta petición, ella le exigía que se vaciara con el arte del viejo Onán, y los enanos que estaban a su servicio recogían el zumo de los machos en una tinaja, de la que bastaba levantar la tapa para perder la cabeza por el fuerte olor... —aseguraba Katarina, pasando luego alegremente a contar que, cuando los policías del burgomaestre habían rodeado su choza para hacer prisionera a toda aquella extraña banda, la vieja se había puesto a gritar como una poseída, de un modo que incluso los guardias se habían asustado.

—Sacó del cielo a todos los santos, luego pasó a informar al mundo sobre las madres de los policías, empezando por la del capitán, y así hasta el último soldado...

—Y entonces, ¿qué ocurrió? —le preguntó el abad Malpiero que, Theodor ya se había dado cuenta desde el primer momento, era un hombre más bien malicioso.

—El jefe de los guardias titubeaba, porque tenía miedo de las maldiciones que la vieja Dorotea, encerrada en su cabaña, lanzaba contra el mundo entero. Al final consiguieron arrastrarla hasta el pueblo, pero ella, cuando llegaron ante la iglesia de San Miguel, de un salto alcanzó la entrada y se agarró a las puertas sagradas,

amenazando con excomulgar a quien le rozara un dedo, con la excusa de que se encontraba así bajo la protección de la iglesia. Entonces, ante tal resistencia, el jefe de la guardia fue a preguntar al burgomaestre cómo tenía que comportarse —y aquí Katarina hizo una pausa. Adoraba alargar las historias y hacerse de rogar.

—Y el burgomaestre ¿cómo resolvió la cuestión?

—¡Dios! Como bien podéis imaginar, montó en cólera. «¡Qué me importa a mí si esa vieja grita, dice maldiciones y se agarra a las puertas de la iglesia! ¡Capturarla aunque se refugie bajo las sotanas del ilustrísimo arzobispo y se agarre a sus cojones!» Y a los guardias les tocó obedecer.

—¿Y los enanos?

—Quién sabe. Desaparecidos, volatilizados...

## IX. NOTA INFORMATIVA

TOTALMENTE CONFIDENCIAL

*Abbeville, julio de 1766*

[Nota informativa totalmente confidencial al secretario real de Justicia.]



TENDIENDO A VUESTRA PETICIÓN, ENVÍO EL RESUMEN de la situación del asunto De la Barre.

El 9 de agosto del pasado año, por la mañana, un rumor recorrió la ciudad de Abbeville, habitualmente tranquila. Se contaba que la noche anterior, en la zona de Pont-Neuf, un crucifijo de madera había sido terriblemente mutilado. La efigie, no muy grande, pintada de blanco y colocada sobre el parapeto del puente del mismo nombre, aparecía lesionada en diversos puntos: tres golpes de espada o de cuchillo de caza en la pierna derecha, de más de un pulgar de ancho y tres o cuatro dedos de profundidad; bajo el corazón, a la izquierda, una puñalada que en el cuerpo de un hombre habría sido mortal y, por último, otras más leves en los brazos. Véanse las hojas que se adjuntan.

Muchos son los testimonios recogidos. Pierre Le Febvre declaró que el jueves 8 de agosto, a las once de la noche, había visto en el paseo del Pont-Neuf, a dos hombres de pequeña estatura con capotes blancos, no más altos de cinco pies. A la misma hora, una hilandera de lana, que salía de la casa de su señora, había divisado a tres jóvenes *bajitos*, según su pintoresca la declaración, y parecía que llevaban puestos capotes claros, aunque la mujer no supo decir si todos iban vestidos de la misma forma. Una declaración parecida realizó otra hilandera que había salido en ese momento a comprar tabaco en polvo para su hermano. Precisa que, de cuatro hombres que vio ella, tres llevaban un capote blanco decorado con encajes y, el último, un vestido de tela color blanquecino; los cuatro claramente enanos. Annette Landormy, mercera, en cambio, afirma que los enanos eran cinco, y que llevaban chaquetas blancas que a primera vista parecían decoradas con encajes, pero que en realidad se trataba de conchas de Santiago, como las que llevan los peregrinos que se dirigen a Compostela. Véase el expediente relativo.

El maestro de esgrima, Jean Houssaye, proporcionó una importante declaración, testificando haber sorprendido al caballero De La Barre, de dieciséis años, en compañía de un tipo de poca altura vestido de blanco —quizás con un capote— quien, una vez dentro de la sala de armas y observando un crucifijo colgado de la pared, había pedido al ya citado Houssaye que se lo vendiera. Y habiendo el maestro preguntado qué iba hacer con él, el más bajo le había contestado que lo rompería,

ante lo que el caballero De La Barre se habría reído. Según el testimonio, el desconocido llevaba en una mano un libro con la tapa oscura —no lo puede identificar de otra forma— y en el cinturón un arma, que no se especifica si era una espada o un cuchillo de caza. Léase la declaración en la hoja anexa. En cuanto al desconocido de escasa altura, personalmente presumo que se trata de un sospechoso canalla, identificado en diversas ocasiones en los puertos del norte de Francia —la descripción en grandes líneas se corresponde— e implicado en un tráfico clandestino de libros prohibidos.

Tras un cuidadoso análisis de la situación, con fecha del 1 de octubre de 1665, se ha procedido arresando al ya nombrado, Jean-François De La Barre, para someterlo a numerosas sesiones de tortura y convencerle de que confiese su horrible crimen. La autoridad se ha visto coaccionada por muchas presiones desde encumbradas posiciones —el joven es sobrino de un Le Febvre d'Ormesson, administrador de Cayena— con objeto de conceder al prisionero las atenuantes por minoría de edad, pero puedo aseguraros que la Justicia, habiéndose encontrado en casa del anteriormente mencionado numerosos ejemplares de libros perniciosos, como el *Dictionnaire philosophique* de Voltaire, no ha dado su brazo a torcer.

Por tanto, ha sido aplicada la pena prevista por blasfemia: los labios, superior e inferior, le han sido mutilados con tijeras al rojo vivo, así como la lengua. Por último, ayer martes, 1 de julio de 1766, el condenado fue conducido a la plaza pública donde, entre los aplausos de la población, le cortaron la cabeza. Después, el cadáver decapitado, junto con los ejemplares de los libros prohibidos, fueron colocados donde un ejecutor les prendió fuego. Las llamas han durado hasta las tres de la tarde.

En cuanto a los *bajitos* del capote, nadie ha vuelto a verlos por estos parajes. Espero, por tanto, vuestras instrucciones, tanto si se debe considerar la investigación concluida como si no.

Humildemente, siempre a vuestras órdenes.

S. Courbet, inspector real del comercio de libros.

## X. CAMILLO VALLE OBSERVABA

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**C**amillo Valle observaba la ruidosa pandilla sentada alrededor de la mesa en la posada del Tejón: todos reían, incluido el caballero, provocando a Katarina. Al cabo de un rato aquel insoportable doctor Albrecht empezó a discutir sobre las milagrosas propiedades de un extraño fruto traído de las Indias occidentales: un producto sospechoso llamado *tomate*, rojo con semillas amarillas, de misteriosas virtudes. «Tonterías, modas pasajeras. ¿Cómo se puede fiar alguien de esas mercancías extranjeras?», pensaba Camillo rascándose la barbilla. «Como mucho solo valdrá para los cerdos, y eso si los cerdos no se mueren...» Y ya la tabernera había empezado a contarle al grupo algo acerca de una curación milagrosa ocurrida en su juventud, gracias a quién sabe qué baya del bosque.

Mientras tanto el caballero se dirigió al tabernero, pidiéndole que le trajera las pastillas para el dolor de estómago que había dejado en su equipaje.

—Voy enseguida —contestó en voz baja y subió a regañadientes a la planta de arriba.

Cuando regresó le sorprendió verle hablando con el mendigo jorobado, que poco antes había estado tocando la vihuela. «Un tipo tranquilo —según el tabernero, a quien le habían pedido información por cuenta del caballero—, como el desdentado que le acompañaba. Al parecer, el tabernero aseguró que había examinado cuidadosamente la licencia de mendicidad que ambos llevaban colgada del cuello, y el sello estaba en regla. De todos modos, Camillo no tenía claro quién de ellos había invitado al vagabundo a hablar, quizás ese Moira, el impresor veronés, al que le parecía haber visto hablar con los dos mendigos antes de cenar.

La tabernera sirvió licor de enebro en pequeñas tazas y se sentó junto a su marido, cerca del fuego, mientras atendía a la historia del mendigo. Había que reconocer que aquel tipo sabía contarla muy bien, casi como si se tratara de un libro impreso. La historia que había sacado a la luz era una de esas teñidas de oscuridad: dos amigos íntimos que comerciaban con libros prohibidos, pero que habían sido descubiertos en la frontera. Uno de ellos había conseguido salvarse, y el otro en cambio había sido arrestado y torturado, y acabaron sacándole los ojos y colgándole luego en la horca.

—El que se salvó construyó con los beneficios del delito una bonita casa en el campo, y allí que se fue a vivir como un señor, con todas las comodidades. Era estimado por todos e incluso los príncipes lo invitaban a sus castillos... Y de repente ocurrió que, en una de esas veladas del mes de abril, cuando los bancos de niebla

comienzan a cubrir los campos que durante el día han estado bajo el sol, por uno de las veredas del jardín de su casa apareció un hombre misterioso. Los sirvientes salieron al encuentro del recién llegado. La neblina de la noche impedía reconocerlo con total seguridad, pero su aspecto no ofrecía muchas dudas: el hombre tenía el rostro cubierto de sangre, los ojos le colgaban de las cuencas y llevaba un trozo de sogas atado al cuello. Sin embargo, cuando trataron de acercarse a él, el hombre desapareció en el aire, cual si fuera un fantasma.

Se hizo el silencio en la sala, como si las palabras del mendigo hubieran despertado un sentimiento de inquietud en los presentes: incluso en el propio Camillo, que movió la cabeza reconociendo que era algo completamente ilógico e insensato, pero que al mismo tiempo se santiguó para alejar los peligros.

—¿Y también el señor... vamos el que, como habéis dicho vos, se había salvado... lo vio? —preguntó el caballero Winckelmann muy pálido, inclinándose hacia el mendigo.

El jorobado tosió como si estuviera pensando en otra cosa.

—No, los sirvientes no le contaron inmediatamente lo ocurrido —continuó—. Corrieron las cortinas, de forma que el señor pasara la velada tranquilo, jugando una partida de ajedrez con su secretario. Fue entonces cuando se oyeron tras las cortinas unos leves golpecitos, muy leves, contra el cristal de una de las ventanas. En aquel momento, los criados que estaban sirviendo algo de beber se detuvieron. Inmóviles. Como si estuvieran oyendo... «¿Qué es ese ruido?», preguntó distraídamente el señor, absorto en la jugada que se disponía a realizar. «Seguro que es una polilla, es la época», dijeron los sirvientes asustados, y se retiraron temblando. Pero poco después se oyeron de nuevo los golpecitos contra el cristal...

—¿Y entonces? —preguntó Winckelmann con la voz alterada. Que un caballero acostumbrado a otros ambientes más sofisticados se interesara por las historias de un mendigo, dejaba a Camillo de piedra. «Ah, y ahora esto... uno no termina nunca de aprender», pensó.

—Parecía que alguien estaba llamando al cristal. Entonces el señor se levantó y acercándose a la ventana descorrió la cortina. Cuando vio aquella misteriosa figura, emitió un ¡oh! lleno de horror y dijo un nombre... Al acercarse, el secretario advirtió que la frente de su señor se había cubierto de gotitas de sudor, y que movía los labios como intentando hablar, pero las palabras no le salían de la boca, como si se estuviera ahogando... «¡No, no! ¡Eso no! —empezó a gritar por fin—. No me iré contigo. Quítame las manos de encima... están calientes como las garras del infierno. ¡Me haces daño!», y se retorció como si quisiera soltarse...

Fue Camillo el primero en darse cuenta de que el rostro del caballero Winckelmann estaba blanco como la cera. Saltó de su taburete y lo sujetó.

## XI. UN PLATO DE PASTA

*Roma, enero de 1772*

**U**N PLATO DE PASTA... SE LO HABÍAN PROMETIDO y, suspirando, Heinrich se puso de pie y se sujetó los brazos para desentumecerse. Le hubiera gustado ajustarse la venda, pero no se atrevió. Permaneció firme con el rostro vuelto hacia el lugar donde le habían dicho que estaban preparando una mesa para que pudiera sentarse y comer.

—De todos modos —dijo el enano Jacobus, que le había cogido de la mano para llevarle—, lo que no conseguiré entender nunca es qué profesión tenía aquel caballero y las personas que estaban a su alrededor. Sebastian cuenta que hablaban con palabras entrecortadas y hojeaban un libro de dibujos de hombres desnudos.

—Estatuas... Él trabajaba con estatuas —explicó.

—¿Cómo es posible que un caballero sea un cincelador? —preguntó el enano.

—Pero, ¿qué dices? ¿Qué tienes en la cabeza? ¡Un cincelador! —a Heinrich le entraron ganas de reírse de la ignorancia de Jacobus—. Las estatuas las hicieron otros, en piedra, en bronce... Él simplemente las buscaba y las estudiaba.

El aire, algo cargado, olía ligeramente a humedad. En la oscuridad en que se hallaba sumido, a Heinrich le pareció que sus recuerdos tenían una lucidez de la que hasta entonces no se había percatado.

—No he entendido nunca para qué sirven las estatuas, excepto las de los santos que se llevan en procesión —soltó Jacobus.

Ante aquella tontería hasta el ciego soltó una carcajada.

—A ver, Jacobus, a nadie le gusta morir. Es un destino que nos aguarda a todos los hombres, querido amigo, pero los ricos no soportan ser olvidados por quienes les sobreviven, así que se hacen retratos en piedra que duren para siempre...

A Heinrich le hubiera gustado añadir algo más, pero se daba cuenta de que habría sido difícil explicar algunos elevados conceptos artísticos a las mentes sencillas de la gente de la Confraternidad, porque excluyendo a Tomaso —que parecía poseer cierta cultura—, los demás eran algo patanes. «La verdad es que siento curiosidad por este viejo ciego. ¿Cómo habrá acabado aquí? ¿Qué vida llevaba antes de perder la vista? Y, sobre todo, ¿cómo puede, después de tantos años viviendo en la oscuridad, hablar con tanta lucidez? Yo mismo me siento ya aturdido, y no llevo en esta oscuridad más que una pocas horas... Entre esta hambre tremenda y este frío, me cuesta trabajo concluir el razonamiento más sencillo. Muevo los pies para calentarme, mientras espero que Sebastian vuelva y me traiga, como ha prometido, el dichoso plato de pasta. Vaya, no consigo entrar en calor. No dejo de lamentarme y sufrir, y lo que me

gustaría es estar en una cama de plumas sin pasar frío...» Además, corría un airecillo gélido.

«Ah, por fin, un ruido de pasos. Ahí está Sebastian que vuelve.» Alguien le puso entre las manos un plato templado. Un verdadero placer... Con los dedos, comió a pequeños bocados, para que aquella delicia le durara más tiempo.

—Cuando estuve en la cárcel —refunfuñó Tomaso—, como comida nos traían solo una taza de agua sucia y pan enmohecido. Tenía que golpear un par de veces mi rebanada contra la pared para que se cayeran los gusanos que había dentro. Mi compañero de celda me tomaba el pelo, y decía que las larvas daban al pan gusto a longaniza... Me refiero a las cárceles de Minerva. Pero aquellos tiempos pasaron, y ahora aquí me cuidan. Aprende, suizo: la rueda de la fortuna está siempre en movimiento.

¿Minerva? ¿Pero esa no era la prisión de la Inquisición? ¿Qué es lo que Tomaso hacía en aquella cárcel? Heinrich oyó reír a Sebastian.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada. Sólo que se me ha pasado por la mente algo que me contó una criada de la posada del Tejón. No lo adivinarías nunca, señorito.

—Entonces cuéntamelo tú —se rindió Heinrich.

—¿Recuerdas la poción de Galicia que el Desdentado vendió al caballero? El alemán se vio obligado a probarla inmediatamente, aquella misma noche. Al parecer, el miedo que se había apoderado de él cuando le conté la historia del fantasma le llevó a meterse bajo el jovencito que hacía las veces de secretario. ¿No es gracioso? —y mientras hablaba, Sebastian dio un codazo al joven—. Pero el caballero tuvo que esperar mucho a que la medicina surtiera su efecto milagroso. Toda la taberna oyó chirriar su cama, pero esa cosita flácida que le colgaba bajo el pliegue de la panza no acababa de cumplir sus obligaciones..., Ciertamente, debió pasar una mala noche en aquella posada del Tejón...

Todos se reían a carcajadas. Heinrich sintió que de nuevo lo tomaban del brazo y lo alejaban de la mesa. Entonces preguntó otra vez por la misteriosa Comendadora, pero Sebastian lo invitó, como ya había hecho antes, a controlar la impaciencia:

—Si no ha llegado todavía, será porque Milady tiene otros asuntos urgentes que atender. Acabará viniendo, no te preocupes —le tranquilizó.

## XII. ESTABA AMANECIENDO

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**E**STABA AMANECIENDO CUANDO EL CABALLERO Winckelmann se asomó a la puerta de la posada del Tejón. No había ni un alma por ninguna parte, pero al afinar el oído le pareció oír un verso del *Miserere* de Allegri que le había cantado aquel extraño mendigo de la noche anterior. Fantasías...

Durante aquella velada, el caballero no había dejado de pensar que la angustia que le oprimía era resultado del frío que hacía en aquellos parajes. De hecho, en cuanto habían cruzado los Alpes, había comenzado el frío como si hubiera vuelto el auténtico invierno: campos todavía nevados, árboles sin hojas, lagos con el brillo de los espejos helados. Johann Joachim llevaba sin volver por su tierra natal casi quince años, y se había ilusionado tanto con el recuerdo de los campos verdes de su infancia que se sintió decepcionado, defraudado por los mismos colores que durante años había conservado en su memoria. O quizás consideraba aquel frío tan blanco como un mal augurio, como si Alemania hubiera asumido ante él una actitud de indisimulada y gélida distancia. Pensamientos irritantes que le borraban esa alegría de volver como un triunfador, que tanto había saboreado.

Además, el pequeño pueblo donde se habían visto obligados a detenerse la tarde anterior, después de que se rompiera el eje de la rueda, lo había decepcionado. En un primer momento, Johann Joachim disfrutó reconociéndolo, porque allí había parado también durante el viaje que quince años antes le había llevado a Italia. Pero, en resumidas cuentas, apenas conservaba nada del alegre y nostálgico lugar de sus lejanos recuerdos... Evidentemente, resultaba natural que un sitio cambiara con el paso de los años, pero que el pueblo hubiera perdido tanto le dejaba algo desconcertado. Las casas parecían más pequeñas, casi decadentes, con el aire malicioso de los lugares aislados, donde las supersticiones prosperan por doquier. Además, el viejo nogal bajo el que recordaba haber descansado no era más que una triste sombra del que había sido, y tampoco el lago parecía tener el mismo brillo que tiempos atrás, y observó que en cualquier caso era más bien pequeño, apenas más grande que una charca.

Parte de aquel malestar también tenía que ver con la miserable posada donde se habían visto, obligados a alojarse tras el accidente: la posada del Tejón tenía habitaciones estrechas con cristales sucios y, por si eso no fuera suficiente, ofrecía una comida pésima —sopa grasienta con patatas y tocino, acompañada de un mendrugo de pan negro rancio, como jamás había comido antes—, servida en

ordinarios cuencos de terracota blanca con el borde celeste, que no podían sino hacer que añorara todavía más la elegancia romana. Además, el tabernero, un viejo gordo con el rostro arrugado, no hacía otra cosa que aspirar tabaco y limpiarse la nariz con los dedos. Y la mujer, una campesinota grosera y vulgar. Por no hablar de la cama, incómoda y tambaleante.

¿Y qué decir de la desoladora vista que ofrecía la ventana de la buhardilla? Tanta nieve y esos bosques oscuros que se prolongaban hasta el infinito le habían entristecido. No, su vuelta a Alemania no estaba siendo precisamente como la había imaginado. Durante toda la velada le habían pasado por la cabeza molestos pensamientos de hastío, casi de arrepentimiento. Además, como era de suponer, en la cama que tuvo que compartir con Camillo faltaban las sábanas y las mantas, y en su lugar sólo había un gran edredón de plumas.

Se metió dentro muy cansado, y preocupado además por el mareo que había sentido tras la cena. Llegó a pensar que caería inmediatamente dormido, pero por desgracia la angustiada inquietud que lo había atormentado durante todo el día lo mantuvo despierto. En cambio, su joven secretario tuvo la fortuna de dormir profundamente. Johann Joachim le había acariciado el costado, descendiendo con la mano hasta la curva del vientre, en un reconocimiento antiguo y a la vez siempre nuevo, como si fuera su propio cuerpo y no el del joven dormido a su lado. La carne de Camillo le había suscitado el recuerdo de sus propios músculos flácidos. «Estás envejeciendo, Johann Joachim.»

Le abrumaban las imágenes del pequeño librito que Moira, el impresor, le había dejado caer en su bolsillo justo antes de subir por las escaleras: un breve opúsculo con un título extraño, *El engaño desenmascarado*, ilustrado con dibujos obscenos de todo tipo de emparejamientos, figuritas desnudas y caricaturizadas en las que se reconocían los rasgos de nobles y prelados que él mismo había frecuentado... «Pero, ¿qué clase de persona es ese tal Moira? ¿No sabe que estas publicaciones están prohibidas? Hace dos o tres años se montó un escándalo con aquel librito pornográfico titulado *Thérèse philosophe*, escrito por el sedicioso marqués de Argens... Y en este la palabra *escándalo* se queda corta, al tratarse de la corte pontificia, de la nobleza romana, de gente que por mucho menos ordena a un sicario que te corte la garganta o te manda ante al tribunal de Minerva... ¿Quién puede estar tan mal de la cabeza para ser su autor? Lo quemaré: será lo primero que haga después de desayunar. Ni siquiera quiero imaginar lo que podría suceder si alguien lo encontrara entre mi equipaje. Esas imágenes tan bestiales.» Y por la noche, pensando en las ilustraciones que tanto le habían espantado —«qué terrible realismo, pero qué clase de fantasía es esta»—, se le había ocurrido probar la infusión que aquel mendigo desdentado le había vendido, abordándolo cuando estaba solo en un rincón, antes de cenar. Al parecer se trataba de una pócima espectacular e infalible: cuajo de

cabrilla, crestas de gallo y cascaras de huevo.

—Para que se te levante hasta veinticinco veces por noche —le había asegurado.

¡Mentiras! Un fracaso total. Lo había intentado una y otra vez, jadeando hasta bañarse en sudor, y por fin un sórdido eructo le persuadió de que la poción había acabado, como siempre, en la vía digestiva sin llegar a la venérea.

Finalmente, tras cerrar los ojos, había caído en un profundo y extraño sueño. Se hallaba en un claro de un bosque florecido, pero la sensación no resultaba agradable en absoluto. Le inquietaba el color encendido de las flores, como la sangre, casi como un incendio, y una extraña figura negra encorvada, con las rodillas entre las manos, como si estuviera contemplando el paisaje...

Quizás por ello, en cuanto despertó, Johann Joachim se puso en pie y salió silenciosamente de la posada. Faltaban al menos tres horas para que llegara el carruaje de reemplazo, y un paseo le sentaría bien, así que tomó un sendero cuesta abajo. No es que le apeteciera dar una larga caminata, porque hacía frío, pero quería saborear la paz del bosque, como había hecho quince años antes. El viejo sendero seguía tal y como lo recordaba, y probablemente se mantenía abierto por el paso de los animales del bosque, que iban al lago a beber. Fue tan feliz en aquella época... Y se detuvo de repente en mitad del sendero. «¿Por qué has dicho *feliz*, Johann Joachim? ¿No lo eres ahora? ¿Qué te falta?»

## XIII. EXPEDIENTE XCIV

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

Expediente XCIV  
Suplemento de la investigación.  
(Enviarlo urgentemente al Jefe de la Policía  
de la ciudad de Ginebra.)

*Nota informativa recibida de nuestro confidente  
Joseph Rolland, barbero.*

**h**

ABIENDO ENTRADO EN CONTACTO CON LA BANDA de los Concheros, cuyos miembros han adquirido la costumbre de afeitarse en mi negocio de Rue Saint-Séverin, he podido en varias ocasiones sonsacarles, fingiendo conocer los secretos de su jerga, algo que por otro lado es en parte cierto. Por lo tanto, sé de buena fuente que los Concheros se han dispersado por todo el mundo, en un número superior a mil, en diferentes naciones. Lo que les une a todos es la concha de Santiago, que cuelga de sus capas o de sus chaquetas, pero en función de sus diferentes habilidades, asumen diferentes nombres según su especialidad:

*Ganchos largos*, los ladrones de bolsos.

*Vientecillos*, quienes inducen a la gente a jugar.

*Garduñas*, los que venden joyas falsas.

*Culos blancos*, que en las posadas y mesones se hacen dar una cama en la misma habitación que un mercader.

*Pipetas* o estafadores.

*Monigotes*, las enanas que hacen juegos de manos.

*Esperoendios*, jóvenes estudiantes que frecuentan malas amistades, lucen tonsura y se entregan al juego y a la lascivia.

*Cucos*, que venden reliquias a los sacerdotes.

*Búhos*, quienes asegurando conocer los secretos de la magia negra y del exorcismo extorsionan a los inocentones.

*Viscosos*, los que a las puertas de las iglesias aseguran haber sido prisioneros y como prueba enseñan las mutilaciones.

*Vendimiadores*, que se hacen pasar por peregrinos para implorar la caridad, hasta recibir tres monedas de plata como limosna.

*Larvas*, quienes tumbados en las puertas de las iglesias lamentan que se lo han

robado todo.

*Espiritus puros*, enanos que se meten en las casas a través de pequeños agujeros.

*El confidente indica también otros nombres: Moqueros, Pelosos, Rascaculos, Molinillos, Gatos negros, Numerados, Avispones, Clavos calientes, Nubecillas... pero no acierta a concretar las características de sus especialidades.*

## XIV. ¡AQUÍ ESTÁ MOIRA!

*Roma, enero de 1772*



QUÍ ESTÁ MOIRA! —GRITÓ SEBASTIAN.

Heinrich agudizó el oído. ¿Dónde había escuchado antes ese nombre? La cabeza le daba vueltas. ¿Era el cansancio o le habían echado algún somnífero en la pasta que había comido? Además, le costaba trabajo seguir un razonamiento, mientras a su alrededor se iba alzando un griterío alborotado de mucha gente. Una verdadera multitud, si el oído no le engañaba.

—Son las diferentes hermandades que se reúnen por la noche, cada una con su Comendador —le susurró al oído Jacobus.

—Pero, ¿qué hace toda esta gente durante el día? —preguntó Heinrich, aunque seguramente ya intuía la respuesta—. ¿Se ganan la vida como mendigos?

—Ah, señorito, hablas como si fuera sencillo ser mendigo, algo al alcance de cualquiera... Y no. Se trata de un todo un arte. Piensa, suizo, que entre nosotros hay gente que todas las mañanas come jabón para que le sangre la nariz, o se extiende por el cuerpo estiércol de caballo diluido en agua para aparentar un ataque de ictericia, o algunos que se ven obligados a simular convulsiones durante todo el día. No solo resulta muy cansado, señorito, sino que se precisa de talento para fingir. Y además, los hermanos no se dedican solo a la mendicidad. Nuestra gente realiza las profesiones más diversas. Cada hermandad tiene su especialidad, señorito, en el mundo de arriba. Están los Malabaristas, que saben caminar sobre una cuerda tensa o comen fuego. Los que están llegando ahora, por ejemplo, son los Cigalas: cuando hay una fiesta o una procesión, se mezclan con la gente y cortan bolsos, encajes, trozos de sotanas o pieles...

—Y eso, ¿para qué?

—Suizo, nuestro lema es que de todo se puede obtener calderilla. Algunos hacen los Cuelgacapas: se presentan en los banquetes y arramblan con las montañas de capas y abrigos que los señores se quitan antes de sentarse a la mesa.

—¿Y las mujeres, qué es lo que hacen?

—Leen la mano, fabrican ángeles, venden placeres... depende de la edad. Naturalmente hay también hermandades que trabajan sólo de noche. Los Devotos trabajan en las iglesias, con el rosario en la mano y los ojos fervorosos, pero por la noche se esconden en los confesionarios y descerrajan las cajas de las limosnas. O los Gateros, que vacían las casas dejándose caer desde los tejados con escaleras de cuerda. O también los Apóstoles...

—¿También ellos tienen algo que ver con las iglesias?

—Qué va —rio el enano—, los nombres que llevamos solo sirven para confundir a la gente común. Los Apóstoles son los especialistas en ganzúas, que son la llave universal, y como San Pedro, van siempre con ella auestas. Son unos portentos evitando hacer ruido en el momento de abrir una cerradura, incluso la más complicada, con el método de las barritas de plomo.

—Y tú, ¿qué es lo que eres?

—Por nacimiento un Monigote, como puedes ver por mi pequeña estatura, pero durante muchos años, he hecho el Avispón...

Y quién sabe cómo habría seguido la conversación con ese loco llamado Jacobus, si no le hubieran llamado de algún lado. «Una poderosa Confraternidad con ramificaciones por toda la ciudad... ¿Quién será esta misteriosa Milady sobre la que susurran con tanto temor? Milady... ¿dónde he escuchado antes este apodo? Y los Avispones, de quienes tanto habla, ¿qué especialidad tienen? Pero, sobre todo, ¿por qué me mantienen prisionero y qué quieren hacerme? Percibo el latido de mi corazón. El miedo a este mundo oscuro que me rodea me mantiene como petrificado. Siento los músculos endurecidos como la madera, las rodillas me tiemblan. ¿Cómo es posible que exista una organización como esta, sobre la que nadie sabe nada en Roma? Pensar que bajo las luces de esta ciudad hay todo un mundo de tinieblas...»

—Alégrate, señorito, adivina quién te quiere conocer —dijo Sebastian acercándose.

Heinrich silbó entre los dientes.

—Y, ¿cómo podría saberlo, con esta venda en los ojos?

—Se trata de Moira, nuestro ilustre impresor.

¿Moira? ¿Pero no es el nombre de...? No, no puede ser.

—¿El que hizo el viaje con Winckelmann hasta Alemania? —tartamudeó Heinrich sofocado por la incredulidad.

—Precisamente el mismo, para serviros.

Esto sí que era una sorpresa.

—¿Pero qué hace alguien como vos en esta Confraternidad? —preguntó el joven extranjero, mientras por su cabeza discurrían los pensamientos más absurdos.

«Tiene una voz agradable, este Moira —¿no será también este nombre un apodo que alude a algo?—, mientras me explica con voz plana que aquí bajo la tierra hay grutas preparadas con antorchas y todo tipo de útiles de imprenta, con caracteres en negrita, cursiva, mayúsculas...»

—Imprimimos de todo: desde los boletos de lotería a los manuales para ganar en los juegos de azar, desde amuletos a cábalas. Sin contar las tarjetas de visita, a la francesa. Recordad cómo dice el Caballero Giocondo de Goldoni:

»*Antes en visitas perdía todo el día.*

»*Ahora con las tarjetas arreglo cualquier empeño.*

»Ah, los franceses, ¡los franceses tienen un gran ingenio!

»Es un buen negocio, creedme. De todos modos, nosotros imprimimos también material mucho más valioso, para un público muy diferente. ¡No sé si me entendéis, señor Füssli! —tosió Moira.

Heinrich escuchó cómo se acercaban unos pasos. Había vuelto el ciego. Comprendió que le hacían sentarse cerca del impresor. «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me colocaron esta venda? Noto una ansiedad insoportable, me parece que ya no tengo ninguna certeza.» Mientras tanto Moira seguía hablando: un largo discurso en el que de modo confuso se mezclaban el tráfico de libros prohibidos, los informes de la policía científica y las astucias de los libreros ambulantes para no dejarse pillar por los guardias, porque en caso contrario terminarían marcados con las siglas GAL y enviados a remar un par de años en galeras. A Heinrich le parecía flotar en una oscuridad de significados que no podía solucionar. Hasta que una frase de Moira lo devolvió a la realidad.

—Aquella noche, en la posada del Tejón, antes de que fuéramos a dormir, entregué al caballero Winckelmann un librito especial que había preparado a posta. Formaba parte de la trampa que la Confraternidad había ideado...

Heinrich renunció a cualquier intento de concentración: simplemente se abandonó a las imágenes de la historia de Moira.

## XV. UNA EXTRAÑA SENSACION DE OSCURIDAD

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**U**NA EXTRAÑA SENSACIÓN DE OSCURIDAD LO rozó misteriosamente. La visión del cañaveral a lo largo del pequeño lago tenía algo de opresiva. Hasta entonces no se le había pasado por la cabeza, ni tampoco lo percibió cuando empezó su paseo por el sendero. Johann Joachim se esforzó por poner en orden sus pensamientos, preguntándose qué era lo que exactamente se había imaginado. Aquella sensación de oscuridad era una impresión sin ningún sentido, ya que el cielo de la mañana había amanecido claro, sin una sola nube, y cuando inició su paseo la nieve brillaba sobre las colinas de los alrededores. Pero allí, a su alrededor, el brillo del paisaje nevado parecía velarse y la superficie del lago había adquirido el color de la plata oxidada. ¿Se trataba quizás de una de esas ilusiones ópticas de las que le había hablado Füssli, el jovencísimo pintor suizo con quien había estado carteándose en los últimos meses?

Un malestar sin nombre le hizo darse la vuelta y dirigirse con paso presuroso hacia uno de los senderos que subían hasta el pueblo. Atribuyó parte de su agitación al hecho de que en el bosque no se escucharan ni gorjeos primaverales de pájaros ni el aleteo de sus vuelos. Un silencio casi absoluto, insólito, tenebroso... esa era la palabra apropiada. Todo permanecía tranquilo, demasiado tranquilo, como si el lugar permaneciera a la espera de algo olvidado desde hacía tiempo.

Comenzó a caminar lo más rápido que pudo por un sendero que se estrechaba poco a poco, sin molestarse siquiera en sortear las ramas de avellanos que le golpeaban el rostro y las zarzas que le arañaban las manos. Sobre su cabeza, las copas de los árboles entretejían una techumbre verdosa que la luz era casi incapaz de atravesar. Y mientras su rápido caminar se transformaba en una carrera cada vez más trabajosa, le atravesó la mente, como el lejano resplandor de un rayo, el destello de un recuerdo de los discursos de la noche anterior: el secreto camino del bosque, la vieja bruja que vivía en una aislada cabaña, la banda de los enanos...

Luego vio el esqueleto ennegrecido de una chimenea de piedra. Ciertamente habían incendiado casa de la bruja, pero ¿dónde estarían ahora los malvados enanos? Una repentina sensación de frío le provocó un estremecimiento. ¡Dios! Aquel bosque permanecía tan silencioso como una tumba que huele a muerte. ¿Qué absurda idea se le había metido en la cabeza para llegar hasta allí? Buscó nerviosamente con los ojos las ruinas calcinadas sin renunciar a la convicción de que allí cerca, entre las sombras, se escondía una presencia invisible, malvada y remota. Al abrigo de los restos de la casa se abría un pozo de ladrillos. Un vistazo a la boca del pozo cubierta

de musgo y hierbajos, oteando la oscuridad del fondo, le trajo a la memoria una de las entradas de las excavaciones de Herculano, practicada como un pozo entre las cenizas solidificadas, con una escalera en espiral que descendía hasta las profundidades. Las antorchas iluminaban espectralmente el mundo subterráneo de lo que muchos siglos antes había sido un gran teatro: las gradas de los espectadores, el amplio espacio de la orquesta, los vestuarios de los actores, los ojos brillantes de las ratas apenas un dedo más allá del destello de las antorchas... Tuvo la sensación de que se había salido del tiempo, como si aquellos objetos que aparecían de las profundidades de la tierra fueran a contarle interminables historias que suscitaban el eco de oscuras tragedias. Se tuvo que detener asustado, y el guía, que se percató de la emoción del caballero, se dio la vuelta diciéndole:

—Hay lugares en los que se siente que el pasado no ha muerto, que no puede morir y permanece a nuestro alrededor.

Sólo entonces advirtió el viejo nogal, que para los habitantes del valle era la sede del aquelarre en la noche de Valpurgis... Qué raro que se mantuviera todavía en pie, pero todavía era más raro el hecho de que la historia del día anterior —esa terrible noche en que los policías del burgomaestre subieron hasta la espesura del bosque para rodear la casa y prenderle fuego—, se le hubiera quedado tan grabada. «La Inquisición, el tribunal de Minerva, las hogueras...», como aquella terrible historia del jorobado.

«¡Oh, Johann Joachim, por fin estás aquí!»

Tuvo la certeza de haber escuchado la voz de un demonio. Y, sin embargo, sabía que era algo absolutamente imposible. Se asustó dándose cuenta de lo absurdo de la situación. Estaba seguro de que se trataba de una broma de su imaginación, trastornada por haber dormido tan mal y por su escaso éxito con Camillo. Se secó con la manga el sudor frío que le caía por las mejillas. ¿O eran lágrimas? «¿Qué haces, Johann Joachim?» Miró a su alrededor avergonzado, como si esperara encontrarse con alguien que lo observase, pero no había nada más que la vieja chimenea. Había sido un error encaminarse al bosque, una idea estúpida. No había nada interesante allá arriba, solo los restos de algo que habría sido mejor que desapareciera por completo. Hacía frío. Una luz terrorífica y el silencio del miedo. Le pasó por la mente el recuerdo del librito que le había dado Moira la noche anterior: todavía lo conservaba en el bolsillo, y tenía que soltarlo en alguna parte. «¡Tíralo inmediatamente, Johann Joachim! No, aquí no. Alguien lo podría encontrar. Mejor que vuelvas a la posada y lo quemes. Con el descarado de Moira haré las cuentas luego...» «Un librito utilísimo», le había dicho aquel loco metiéndoselo en el bolsillo. Sí, muy útil, para terminar en prisión. «Un librito que aporta enseñanzas inesperadas, por ejemplo, si se presta atención a las mayúsculas...» ¿Qué puñetas había querido decir?

Abrió el librito. *Nuestra estirpe vaga en la noche y vive como en el Hades.* Vaya

frase que ha puesto como epígrafe. Entonces, ¿qué es lo que le había dicho aquel diablo de Moira? Los inicios de los versos. ¿Debía contarlos? No, se refería a las mayúsculas de inicio. Comenzó a leer: *G...I... O... V... A... N... N... I...* Pasaba las páginas frenéticamente. *G... I... O...A...C...C...H...I...N... O... Giovanni Gioacchino*. Su nombre en italiano «¿Qué diablos significa todo esto?» Solo había llegado hasta la página veinte...

Notó frío y una punzada dolorosa en el pecho. Se tambaleó, buscó apoyo en el tronco del viejo nogal. Se dejó caer hasta el suelo jadeando. Quería reflexionar, pero era como si los pensamientos se le derritieran. «¿Sientes que el corazón se te cierra, Johann Joachim?»

Lentamente, hasta donde le permitía el dolor, giró la cabeza y solo entonces vio al mendigo. Lo reconoció inmediatamente: era el jorobado que la noche anterior había cantado el *Miserere* de Allegri en la posada, el mismo que había contado aquella horrible historia de los libros prohibidos y del fantasma que volvía de la muerte. Un triste y miserable timador. Pero, ¿de dónde había salido?... Estaba acurrucado entre el brezo, en la posición de la figura que había visto en sueños, y lo miraba maliciosamente, con una expresión de intensa curiosidad en los ojos. ¿Qué es lo que hacía allí aquel maldito vagabundo?

Como si hubiera escuchado la pregunta, el viejo mendigo contestó.

—Estoy aquí para ver cómo mueres —el tono de la voz era tranquilo, como si dijera algo obvio.

Johann Joachim se quedó sorprendido y asustado. No tanto por la idea de morir, que hasta aquel momento ni siquiera había considerado, sino por el hecho de que el extraño mendigo que la noche anterior había narrado aquella horrible historia se quedara ahora sentado en el brezo, a la espera de que él exhalara el último respiro. Era algo completamente espantoso.

—¡Vete! —susurró Johann Joachim, casi sin voz, mientras el viejo se le acercaba.

«¿Qué clase de brujería es esta? Imposible, yo no creo en esto.» «Y sin embargo, cuando arrestaron a Tomaso, fuiste a ver a una bruja napolitana para que preparara un talismán que te protegiera. Y firmaste el contrato con tres gotas de sangre... ¿Ya no lo recuerdas?» «Tonterías que se cometen cuando uno pierde la cabeza...» «Pero ayer por la noche temblabas escuchando la historia de aquel músico ambulante: de cómo los dos amigos fueron detenidos en la frontera, y uno de los dos fue detenido y despiadadamente castigado...» «El tráfico de libros prohibidos es un delito, y los culpables han de ser castigados.» «¿Y tú, Johann Joachim, no tienes nada que esconder a la justicia de los hombres?»

—¡Vete! —Johann Joachim movió la mano, como para apartar al mendigo que se le acercaba.

—Es necesario permanecer juntos en momentos como este —dijo solemnemente

el viejo, acercándose a cuatro patas, como si fuera un lobo—. Es necesario estar juntos para poder leer lo que la muerte escribe en un rostro. Se trata de una escritura muy pequeña la de la muerte. Pequeña y misteriosa. A veces se esconde con subterfugios, como en las mayúsculas de un libro... Hay que hallarse muy cerca para distinguir la luz gris que se posa en los ojos como la primera niebla en los pantanos. Es algo que me ha enseñado Tomaso... ¿Te acuerdas de Tomaso, caballero?

—¿Tomaso... Tomaso? —dijo Johann Joachim con un hilo de voz casi inexistente. ¿El mismo Tomaso en el que había pensado poco antes? Oh, por lo tanto, ¿de qué horrible maleficio era víctima?—. Tomaso está muerto —afirmó en cuanto recuperó un poco de seguridad en la voz.

—¿Estás tan seguro, caballero? —insistió el mendigo en un tono lleno de maldad. Acto seguido hizo una pausa levantando los hombros, como si sus pensamientos pidieran el máximo de concentración—. Quizás vivir en las tinieblas es como estar muerto —continuó—, pero no creo que Tomaso comparta este punto de vista. Verás, en cuanto el libro llegue a ciertas manos...

—¿De qué libro estás hablando, loco? ¿Y dónde estaría entonces Tomaso? —la voz se le rompió en la garganta.

—Has hecho mal en regresar a Alemania, caballero. Cuando la justicia se pone en marcha, al final es muy difícil conservar el propio honor. Es más, es una empresa desesperada cuando la culpa aparece ante los ojos de todos en letras mayúsculas... Ese libro, caballero...

Johann Joachim farfulló una oración, intentando ponerse en pie. Se aferró desesperadamente a las palabras como a un exorcismo, mientras en sus oídos aumentaba el ruido de las hojas arrugadas por los movimientos del mendigo que se acercaba cada vez más. Luego, le pareció que un remolino de polvo atrapaba al vagabundo y hasta que la tierra se lo tragaba, hacia abajo, hacia las raíces del nogal.

Sólo entonces Johann Joachim consiguió despertar de su entumecimiento y comenzó a hojear el librito frenéticamente. Juntando las letras mayúsculas, se componía la frase: *Giovanni Gioacchino Vinchelmann gran bastardo fecit...* Un sudor helado seguía cayéndole por la frente. Miró después la portada: sobre el título había una balanza en la que la aguja aparecía sustituida por una espada. Debajo, en cambio, aparecía representado un mendigo —brazos fuertes, hombros anchos, la expresión fiera de quien no teme ninguna dificultad—, que obligaba, con la amenaza de la fuerza, a un señor bien vestido y con un rosario en la mano a sacar del bolsillo una nota donde estaba escrito: *A mí ni piedad ni virtud.* «Tu rostro, Johann Joachim. El rostro de este petimetre que aprieta el rosario entre las manos es, sin lugar a dudas, tu rostro... Dios mío, ¿qué significa?»

Entonces, gritando, se lanzó a correr como un desesperado por el sendero.

## SEGUNDA PARTE

*Te vierto sobre la cabeza un jarro de  
buena cerveza*

*y con el juramento del truhan te hago  
vagabundo:*

*que mendigues por caminos principales y  
cojas cuanto consigas,*

*que robes sábanas y camisas de los setos,*

*y al juez y al condestable mandes al  
diablo.*

*John Fletcher, Beggars' Bush*

## XVI. UN DESORDENADO RUIDO DE ZUECOS

*Roma, enero de 1772*

**U**N DESORDENADO RUIDO DE ZUECOS. Y LUEGO susurros, risas...

—¿Qué ocurre? —le preguntó Heinrich en la oscuridad.

—Oh, nada. Son nuestras Palomitas listas para la prueba, junto a su maestra, Tetas de Hierro.

—Vaya nombre...

Jacobus se carcajeó.

—Desde que el comandante de la guardia pontificia ha promulgado la orden de que ninguna Palomita que ejercite la profesión pueda llevar el nombre de una santa, nos hemos tenido que adecuar...

—Ah, esa profesión... —dijo Heinrich, tragando saliva—. Pero, ¿qué tipo de prueba es?

—¿Qué pretendes? ¿Qué su hermandad las acoja sin comprobar que sirven para ello? Tienen que tener las caderas anchas y la naturaleza hábil. Es necesario verificar que estén desvirgadas y huérfanas. Tetas de Hierro les enseña a pintarse de rojo los labios y las mejillas, a blanquearse las tetas con polvos de mármol, a depilarse. Sus estudios son largos, suizo, y sobre todo su escuela es severa, porque lo más importante para una Palomita es saber obedecer y callarse —se quejó a su derecha Tomaso, en tono absolutamente serio—. Como dice Aristóteles, o quizás fuera Platón, ya no lo recuerdo, pero se trata con total seguridad de un sabiondo de aquellos tiempos: en todas las comunidades de mujeres, conventos o prostíbulos, es indispensable la disciplina. ¿Correcto, Moira?

Heinrich se perdió la respuesta del impresor, porque las risillas y los inequívocos perfumes de las que Tomaso había llamado Palomitas se habían acercado tanto que le revolvían el estómago. Sintió alientos calientes a su alrededor.

Jacobus se reía.

—Eh, señorito, si pudieras ver, aquí tendrías buena materia prima para tu pintura. Aquí tenemos a la Napolitana: muslos duros, pechos un poco caídos, pero desvergonzada como pocas; esta otra se llama Hocico de Perro, porque los rasgos de su rostro no son su fuerte, pero es bien gruesa y peluda; también está Uvapasa con la piel blanca y pecas, incluso en las partes más ocultas... y la Gran Turca, la Esclavona, la Culobajo, la Faraona, la Leonesa... Son las últimas en incorporarse a la Confraternidad y Tetas de Hierro las ha preparado a conciencia.

Sebastián, que desde hacía un rato permanecía en silencio, se inclinó hacia

delante:

—Entonces veamos si están listas.

—Lo estamos, lo estamos —se escucharon sus voces agudas y jóvenes.

Al principio a Heinrich le costó trabajo comprender los sonidos que siguieron: rumores, la paja sacudida, los taburetes desplazados; luego hubo un largo momento de silencio inmóvil, casi de piedra; y por último, poco a poco, comenzó a distinguir los jadeos, suspiros, gemidos e imprecaciones, y un aullido apagado casi de animal. «¿Dónde están? Aquí, ¿ante mí? Pero, ¿qué presencia, Heinrich, si estás cegado? Y, no obstante, incluso sin imágenes, estos sonidos indecentes me agitan, me provocan, me hieren. Me gustaría retroceder pero, me siento torpe con esta venda. ¿De verdad a mí, Heinrich Füssli, en la plenitud de la vida, prisionero en la oscuridad, en una maldita cueva bajo la ciudad *caput mundi*, me está ocurriendo todo esto? ¿Qué tendré que soportar todavía? Quién sabe si también Johann Joachim Winckelmann soportó esta pesadilla. Pobre caballero, qué muerte más desgraciada, qué mal acabó su talento. Y ahora me toca a mí decidir qué hacer, cómo comportarme en esta situación. Cómo salir vivo de aquí. Depende de mí, en cierto modo.»

Alguien le dio una palmada en el hombro.

—Bebe, suizo.

Unos minutos más tarde tuvo la impresión de estar tumbado sobre un banco tambaleante, tan atontado y rígido que no podía mover ni siquiera una mano. «Tenía un sabor extraño el vino que me han ofrecido... ¿un veneno?» Tuvo la impresión de que alguien lo tiraba al suelo y lo arrastraba más allá. La venda debió caérsele con ese movimiento, porque le pareció diferenciar un batiburrillo de piernas desnudas y el temblor de algunas velas. Manos callosas le estaban tocando, comenzaban a registrarlo. Escuchó unas risas débiles y lejanas.

—Ahí viene la esposita...

«Oh, Dios mío, qué me están haciendo.» Luego se quedó inconsciente.

Cuando despertó, no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Bastante, probablemente. El contacto rugoso e irritante de la venda no era nada en comparación con el frío que le penetraba poco a poco por los huesos. En aquella oscuridad absoluta, el mínimo ruido repentino hacía que se sobresaltara, porque sus nervios estaban muy tensos. Respiraba con dificultad. Una pesadilla. Había sufrido con toda seguridad una pesadilla. Notó bajo la espalda la dureza de un banco, sintió un mareo y entendió que debía moverse lo menos posible, sí no, corría el riesgo de perder el equilibrio y caer al suelo. Se estremeció ante la idea de que ya no existiera terreno para detener su caída. Intentó agarrarse al banco, le pareció que los dedos eran insensibles... «¿Lo he soñado o ha ocurrido realmente? Me pareció penetrar en una carne de mujer, la sensación horrible de montar un monstruo jadeante con las dimensiones de un mono. Una enana, quizás. Una inquietante sensación de placer, la

impresión de ahondar en una experiencia infernal. Ese gemir profundo y bestial, pequeñas manos que se agarraban a mi cuerpo como sanguijuelas, tirándome de los pelos, piernecillas que se sujetaban con fuerza a mi vientre mientras me vaciaban con sufrimiento.

Y luego una sonrisilla torpe, babosa, negra, que me miraba de abajo arriba, que se reía de mi horror... No, no puede ser. Todo esto ha sido una pesadilla, me repito. Mientras las palabras de quien me rodea —¿quizás es Moira el que habla?— desaparecen en el aire gélido, se transforman en moho polvoriento. Alargo el brazo, me estremezco ante el contacto de unos dedos ásperos sobre el dorso de mi mano.»

## XVII. EL TEMBLOR ENFERMO DE UNA VELA

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**E**L TEMBLOR ENFERMO DE UNA VELA, QUE SE AGITABA tras el ventanuco, fue la primera señal de vida que percibió aquella mañana. Johann Joachim se apresuró hacia la puerta de la posada, abriéndola de un fuerte empujón, y por poco no mató de un susto a la mujer del tabernero, ocupada en arrojar leña a la chimenea apagada, con su gran trasero cubierto por varias capas de faldas y saludando a la entrada. Katarina dio un gran salto, temiendo el ataque de algún bandolero, pero la visión del caballero no fue suficiente para tranquilizarla, y abrió los ojos sorprendida. Johann Joachim tenía el corazón en un puño y la respiración entrecortada cuando irrumpió en la habitación principal de la posada del Tejón. El dandi entrado en años que la noche anterior no era más que educadas palabras y cortesías afeminadas, ahora parecía que no podía permanecer en pie por todo lo que temblaba: el rostro cubierto de sudor, la ropa descompuesta, las botas sucias y el tricornio torcido sobre los cabellos despeinados le daban el sospechoso aspecto de un obseso; además, en los dorsos blancos de las manos e incluso sobre una mejilla mostraba arañazos rojizos, como los que dejan las zarzas a quien corre de forma insensata por los senderos del bosque. Pero sobre todo la mirada... ¡Parecía haber visto al diablo en persona!

—Excelencia... —consiguió decir la tabernera tartamudeando, sin esconder su asombro.

—Debo decirle algo al señor Moira, ¡inmediatamente! —gritó Johann Joachim agitando los brazos, luego salió corriendo hacía las escaleras sumidas todavía en la penumbra. Se encontraba ya a mitad de camino cuando de repente Katarina dejó caer el puñado de ramas y el atizador para seguirle, porque, caballero o no, nadie podía comportarse de aquel modo en su posada.

—¡Excelencia! —repitió con algo más de descaro—. ¡Caballero!

Johann Joachim empezó a golpear la puerta de la habitación del impresor.

—¡Moira! ¡Abrid inmediatamente! —gritó—. ¡Abrid! Como es verdad que...

Un poco más adelante otra puerta se abrió y por el resquicio apareció el rostro asustado de su joven secretario.

—¡Excelencia! —Katarina se detuvo a dos pasos, con la respiración entrecortada, colocándose bien el delantal—. El señor Moira se ha marchado ya.

Tras aquellas palabras Johann Joachim se giró de golpe para mirar fijamente los ojos de la mujer y se detuvo, como paralizado, cuando en ellos leyó la verdad.

—Señor, os lo ruego... —se entrometió tímidamente Camillo Valle, con las

mejillas ligeramente enrojecidas por la vergüenza, mientras le ofrecía un brazo para invitarle a retirarse.

—¡Tú, callado! —le reprochó Johann Joachim, sin ni siquiera dignarse a dirigirle una mirada. Y se volvió de nuevo hacia Katarina—. ¿Que se ha marchado? ¿Qué significa *se ha marchado*? ¡Habla, mujer!

La tabernera encogió los hombros como si quisiera reunir toda la paciencia de la que era capaz, luego inspiró.

—Se ha ido ya —contestó—. Se ha ido más o menos a la misma hora que los Concheros que estaban alojados en las habitaciones del fondo del pasillo. Antes ha venido alguien a buscarle, un forastero a quien no había visto antes, envuelto en una capa, con un rostro no exactamente de caballero, pero es lo mismo... Traía otro caballo para el señor Moira.

—¿Ha dicho adónde iban? —quiso saber el caballero, apenas consciente de que el estrecho pasillo comenzaba a llenarse. De hecho, medio dormido, el doctor Albrecht se acercaba con cautela, quizás para ver si alguien necesitaba de sus servicios. Al mismo tiempo se oían los pesados pasos del tabernero que subían por las escaleras.

—No, excelencia —contestó la mujer—. Ahora os caliento algo de agua, estará lista en un momento, así podréis arreglaros antes de...

No terminó la frase porque Johann Joachim blasfemó y con un gesto muy rápido, que sorprendió a todos los allí presentes, abrió la habitación de Moira, tirando de la cuerdecilla que levantaba el pestillo del interior, y una vez dentro, la bloqueó con el gancho antes de que su secretario o cualquier otro pudieran impedirselo.

## XVIII. HABLABAN DE LIBROS

*Roma, enero de 1772*

**h**

ABLABAN DE LIBROS. EN LA OSCURIDAD HEINRICH se despertó del entumecimiento e intentó afinar los oídos.

Percibió la voz del impresor, con un tono jocoso.

—Je, je, pobre caballero Winckelmann. ¡Lo que habría dado por ver su cara cuando volvió a la posada!

Al joven le entraron ganas de intervenir, pero se detuvo porque Tomaso empezó a blasfemar, golpeando la mesa con los puños.

—¡Pobrecillo! ¡Un cuerno!

De todos modos, a Heinrich le pareció que el ciego no estaba muy enfadado, porque inmediatamente después su tono se tranquilizó, volviéndose casi alegre, aunque un oído atento habría podido percibir un toque de rencor.

—Ni siquiera en ese momento Johann Joachim conoció el verdadero terror. Tuvo solo un poco de miedo, una pequeña prueba de lo que se siente en cada instante cuando uno está encerrado entre las paredes de Minerva... Una agonía que puede prolongarse durante años y años, destruyéndote el espíritu hasta el punto de invocar la muerte —Tomaso emitió un gruñido que sonaba casi como una risotada, luego añadió—. Tú, Moira, deberías saber algo, ¿no? Precisamente tú que vives siempre con la Inquisición en los talones y te ves obligado a realizar mil estratagemas para difundir tus ediciones y salir bien parado. ¿Qué es lo que se siente viviendo con la constante sensación de que la mano de Dios está a punto de caer sobre ti?

Heinrich oyó cuerpos que se desplazaban, movimientos descompuestos alrededor de la mesa. Tetas de Hierro y sus alumnas debían haberse alejado por el laberinto de túneles, dejando tras de ellas la desagradable mezcla de perfumes dulces y sudores de orgía. Pero... ¿y si había llegado la Comendadora?

—Ánimo, mi querido artista —le dijo Tomaso, que debió haber adivinado el escalofrío que acababa de recorrer al joven extranjero de la cabeza a los pies. La mano del ciego le agarró la muñeca para pasarle otro tazón—. Bebe un poco de vino, te sentará bien tras los esfuerzos de esta noche —le dijo amigablemente.

Heinrich susurró un desconsolado *gracias* y mientras se llevaba a los labios la taza, intentó no imaginar lo que podía haber dentro... pero al final, por el fuerte olor que le irritaba la nariz entendió que se trataba de vino. El sabor era áspero, de una calidad pésima. Seguramente le provocaría ardores de estómago en los días siguientes, siempre y cuando consiguiera salir de...

—Señor Moira —continuó Heinrich, girando un poco la cabeza hacia la

izquierda, porque tenía la sensación de que el impresor estaba todavía sentado en aquella parte de la mesa—. ¿También vos habéis sido... *indagado*?

Sonó una risotada cavernosa y sumisa.

—¡Santo cielo, hijo mío, eres completamente un ingenuo! —contestó Moira sin sarcasmo, con el tono de un preceptor bien armado de paciencia—. ¿Crees de verdad que estaría aquí contigo, comiendo pasta y bebiendo vino, si la Inquisición me hubiera atrapado entre sus redes una sola vez?

Heinrich permaneció en silencio durante unos instantes.

—Bueno, el señor Tomaso... —se atrevió a decir Heinrich.

—Tomaso es una excepción... y de todos modos ha pagado un precio muy alto por su libertad. ¿Digo bien, amigo mío? —el aludido resopló, y un toque de amargura atravesó el aire húmedo de las catacumbas. Moira continuó como pensativo—. Si no recuerdo mal, un cierto Pignata consiguió escapar de Minerva, pero ocurrió hace mucho tiempo... No, si las Santas Túnicas te atrapan, todo está perdido. Por eso desarrollo mi actividad en Venecia. En el norte al menos se puede actuar con un mínimo de tranquilidad, aunque, obviamente, no es más que un decir. La agitación de gente y de comercios es un escudo excelente para un pobre impresor, que no tiene otra ambición en la vida que hacer bien su propio oficio... y servir a sus compañeros.

Con un moderado entusiasmo, que sonó falso incluso a sus propios oídos, Heinrich intervino.

—Sí, sí. ¡He escuchado hablar de los impresores venecianos! Pero ¿y el caballero Winckelmann? ¿Fue entonces cuando decidió volver a Roma? ¿Después de leer aquel opúsculo sobre el que antes me habéis hablado? —se detuvo un instante porque se le ocurrió otra posibilidad—. O... O él no quería en realidad dirigirse hacia Roma, ya fuera por quién sabe qué otro asunto importante o por la propia amenaza del acróstico... ¡y solo dejó que lo pareciera, porque en realidad su meta era Venecia! ¿Digo bien, señor Moira? Y precisamente fuisteis vos el que lo encaminasteis, ¿no es así?

—La verdad es que nuestro amigo suizo es muy agudo, ¿eh, Moira? —rió Tomaso, que se había quedado inmóvil y silencioso a su lado—. Sin embargo, no creo que las cosas sucedieran de una forma tan sencilla. El mordisco gélido del miedo solo había comenzado a apretar el corazón de nuestro caballero, apenas una caricia.

Heinrich percibió un sonido, un leve movimiento de aire, acompañado de un aliento que sabía a vino. Tomaso se había acercado a Heinrich para susurrarle al oído aquellas palabras cargadas de veneno. Así que se había movido de nuevo... «Casi puedo imaginármelo, una figura sin un rostro preciso que arquea la espalda sentado en el taburete, unos ojos vacíos que miran fijamente sin ver las bóvedas de esta repugnante gruta, por eso palpa la mesa con las manos, para limpiar los restos de la comida: así es como creo que consigo explicar ese repentino sonido.»

—¡Sebastian, ven aquí, deja a las Palomitas! —ordenó Moira en broma, levantando la voz.

A lo lejos, más pisadas y bromas llenaron el vacío, y luego Sebastian se unió al grupo.

—Sebastian, Sebastian... —suspiró Tomaso—. ¡Nuestro *portentum erigendi*! Venga, venga, mójate el gaznate con un poco más de vino, que nuestro joven artista quiere escuchar el resto de la historia.

## XIX. EN CUANTO A LOS PERTIGANTES

*Oleggio, septiembre de 1672*

**E**N CUANTO A LOS PERTIGANTES O CALCANTES, son sin lugar a dudas del grupo de los mendigos sin oficio que dan vueltas vagabundeando por los territorios en los que actúan, pidiendo limosnas para no trabajar, como si vivieran en el país de Jauja. No tienen ni casa ni domicilio cierto. Algunos se encuentran de feria en feria llevando consigo un hatillo al hombro para vender cordones, semillas, botones, espejos, medallas bendecidas y anteojos. En concreto, se deben distinguir tres grupos: el primero es el de los llamados Acones o Chupones, que llevan colgada al cuello una imagen sagrada y venden historias de santos en las plazas; otro, conocido como los Avispones, trafica de forma más oscura, frecuentando a caballeros, doctores e incluso a párrocos, en apariencia vendiéndoles protectores de la salud e informaciones de diferente laya; en cambio, el tercer grupo está formado por los Muleros, que con el servicio de la bestias de carga cruzan las montañas, desde los valles de Ginebra hasta nuestras colinas, llevando enormes cargas de libros prohibidos. Una vez en Turín, la valiosa mercancía se reparte entre los diferentes Pertigantes y, siempre a través de los caminos secundarios, se esparce por las diferentes ciudades italianas.

No dejaré de decir que es sabido que existen en algunos lugares, por ejemplo en Venecia, impresores deshonestos de libros obscenos y almanaques ilustrados con vulgaridades, y que para sus operaciones confían únicamente en un grupo propio de Calcantes: dichos sujetos visitan diferentes países y frecuentan las fiestas de las poblaciones, llegando hasta el más pequeño condado y ofreciendo estas mismas mercancías. De entre los mendigos arriba descritos uno por uno, esta es en verdad la peor especie, pues utiliza todo tipo de artimañas y bajezas.

Y afirmo que lo que digo es una historia realmente verdadera, y que no cuento fábulas ni mentiras: que por estos alrededores, y siempre en sábado, el día del mercado grande, comenzaron a verse desde hace pocos años estos Pertigantes hechiceros que primero cantaban las letanías de la Virgen con música, y se dejaban querer por los ingenuos aldeanos, y luego les repartían folletos de historias llenas de fraudes y herejías. Oh, calamidad miserable, que si tuviera una lengua de hierro y hablara durante años, no llegaría a narrar con qué argucias se va propagando el nefasto daño de la lectura por nuestros pacíficos campos. Cuando supe que tres de estos menesterosos se encontraban en territorio de Verbano, recluté a la guardia, para que los siguieran con las armas y los hicieran prisioneros.

Les encontraron en los zurrones sesenta historias de abominables obscenidades,

como el *Decamerón* y el reprobable Galileo. Al día siguiente fueron conducidos a los tres a Novara para entregarlos al capitán de Justicia. Y una vez que les hicieron confesar, usando los medios adecuados, que habían conseguido los libelos en Turín, en casa de un impresor vestido de negro, murieron en la cárcel, se cuenta que estrangulándose unos a otros.

Firmado en Oleggio, el veinte del mes de septiembre de 1762.

## XX. CON SENTIDO COMÚN

### *Camino a Múnich, abril de 1768*

**C**ON SENTIDO COMÚN! CABALLERO WINCKELMANN, ¡sed razonable! —exclamó la voz del médico con el tono falsamente conciliador, a la que se añadieron las imprecaciones del tabernero, quien se había despertado de repente—. ¿Se puede saber qué es lo que está pasando? ¿Os encontráis bien? ¿Os han robado?

—¡Estoy bien, estoy bien! Volved a vuestra habitación, por favor. ¡Os lo repito, todo está bien! —mintió Johann Joachim, con los hombros apoyados en la puerta, como quien se siente a salvo. Sin embargo, no era ese su estado de ánimo, porque en aquel momento advirtió en la piel el sudor frío del miedo.

Miró a su alrededor. La habitación donde Moira había dormido resultaba desoladora: un jergón sucio, un montón de viejas mantas, un pequeño calentador, una vulgar cajonera, una mesita, un taburete, un barreño y un orinal constituían toda la decoración. El suelo de madera estaba lleno de grietas que dejaban pasar aire caliente procedente del piso inferior, mientras una tenue luz grisácea atravesaba los sucios cristales del ventanuco, como interrumpidas bocanadas de vapor, acentuando una sensación de vacío que provocaba mareos. Johann Joachim cogió una cerilla y con dificultad encendió la vela apoyada sobre la cajonera; cuando la llama difundió su claridad rojiza e incierta, giró lentamente sobre sí mismo, y luego otra vez, para estudiar la habitación, pero los pocos rastros que quedaban en aquella modesta pieza simplemente eran los de un viajero que se apresura a marcharse.

«Ya, pero ¿adónde?», se preguntó Johann Joachim metiendo nerviosamente las manos en los bolsillos de la chaqueta, y solo cuando las sacó se dio cuenta de que en la derecha seguía apretando todavía con fuerza el opúsculo de Moira. Con un movimiento rápido lo arrojó lejos, contra la pared, bajo la ventana, y se frotó la palma sobre el muslo, como si se tratara de un papel infectado, de hojas sobre las que un nigromante hubiera trazado los símbolos de un terrible maleficio.

El murmullo conspiratorio del pasillo lo distrajo un momento, antes de ponerse a registrar las mantas y darle la vuelta al colchón en busca de algún indicio que pudiera devolverle la esperanza de encontrar al impresor. El miedo le agudizaba los sentidos, la mente poco a poco recobraba su concentración... Encima de la mesita había una pluma, con su punta todavía sucia de tinta fresca. Así que Moira había escrito algo antes de irse de la posada. Una nota, una carta para él quizás, pero dónde... ¡Ah, ahí estaba! El último cajón permanecía medio cerrado, apenas dos dedos, pero lo suficiente para ver que había algo dentro... Que Moira había huido con mucha prisa

era evidente, ¿quizás para escapar de la Inquisición? No, era algo poco probable. Aquel hombre se había comportado siempre como si conociera todo lo que le rodeaba. Era astuto como el demonio. ¡Que le dieran!

—Excelencia, quizás sea mejor que os concedáis un momento de descanso, la cama es una gran medicina —sonó la voz de su secretario—. El doctor Albrecht dice que no es saludable que...

—Ahora voy, no os preocupéis. Todo va bien —respondió Johann Joachim, esforzándose en mantener un tono tranquilo. Se movió ruidosamente para demostrar que no era víctima de otro mareo. Escuchó al doctor sentenciar:

—¡Malo, el enfermo que se cree sano! —a lo que le entraron ganas de contestarle, pero se mordió la lengua. «Solo falta que me tomen por loco.» Cuando estuvo seguro de que por el momento nadie intentaría forzar la puerta, abrió con cautela el cajón. Tardó unos instantes en percatarse de que se trataba de un paquete atado con una pequeña cuerda y dos goterones de lacre rojo, cuyo sello no era otra cosa que el anverso de una moneda de plata, que cerraban el envoltorio. A un lado, deslizada bajo la cuerdecilla, una hoja doblada en dos exhibía con rápida caligrafía una frase muy corta: *AS. V. J. J. Winckelmann*. No había nada más en el cajón.

Estaba convencido de que todo lo que le pertenecía, o estaba de algún modo unido al nombre de Moira, constituía para él una amenaza. Con el paquete ya en sus manos, Johann Joachim vaciló un largo rato, pero al final lo colocó sobre la mesita y decidió abrirlo. El envoltorio contenía una docena de copias intonsas del mismo opúsculo deshonoroso, junto a una nota escrita de puño y letra por el impresor pero sin firmar, que decía que «trescientos ejemplares zarparán hacia Roma la próxima semana».

Hacia Roma. ¡Así que era verdad! Pero, ¿cómo era posible? Después de años, el pasado resucitaba implacable, bajo la forma de una secreta maquinación contra él... Querían destruirle arrastrándolo al deshonor y a la locura. En el Estado Pontificio un librito injurioso, lo sabía bien, se pagaba con la pena de muerte, la confiscación de bienes y la deshonra para siempre. Si se tenían protectores poderosos, la prisión perpetua. En Campo Vaccino le habían llevado a que viera el lugar donde Clemente XI había mandado decapitar a un abad que, con veinte años, se había atrevido a escribir a un amigo de Viena que a la carroza del papa subía habitualmente una princesa. El nuncio papal se enteró y, ¡zas!, el hermoso abad se quedó sin cabeza...

Johann Joachim se dejó caer pesadamente sobre el taburete que había junto a la mesita, escondiendo el rostro entre las manos, pero la percepción de su piel fría y sudada no hizo más que empeorar su estado de ánimo. «Tomaso —pensó—, ¿cómo puede ser posible? Tú estás muerto, Tomaso, o si no, estás enterrado entre la humedad y los escombros de Minerva... que es lo mismo. Pero, si tú estás muerto, quiere decir que alguien más lo sabe... Ay, ¿con quién hablaste, Tomaso? ¿Te lo

arrancaron en el potro? ¿Con los hierros ardientes y las tenazas? ¿Al final gritaste mi nombre porque el dolor puede romper la promesa más sólida?»

De todos modos, entre estos pensamientos había un fondo de incredulidad que hacía que se sintiera perdido, obligándole a caminar a lo largo de ese sendero demasiado estrecho que separa la realidad del sueño. No, no. Debía basarse sólo en los hechos, en lo que podía tocar y ver, aquí y ahora... trescientas copias dirigidas a Roma, las trece en su poder que validaban la amenaza de Moira... ¡Tenía que destruirlas todas, una por una, antes de que llegaran a su destino! Del impresor y de quien le había encargado el trabajo se ocuparía después, cada cosa en su momento. Mientras tanto, ese paquete...

Johann Joachim recogió el opúsculo que había tirado al suelo para colocarlo junto a los demás, pero mientras se agachaba le pareció que la luz de la habitación cambiaba de intensidad, haciéndole pensar en esas polillas que revolotean alrededor de los candiles. Cuando instintivamente levantó la vista hacia la ventana, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¡No! —gritó con voz ronca, retrocediendo desde la ventana con pasos cautelosos—. ¿Qué más quieres ahora? ¡Vete!

Sobre el rostro redondo y sucio del jorobado se dibujó una sonrisa maliciosa, enmarcada por una barba grasienta que la hacía parecer aún más inquietante. Se mordió los labios lentamente, mudo, empañando el cristal solo unos instantes.

—A Venecia, excelencia. A Venecia —el vagabundo parecía no hacer el mínimo esfuerzo para sujetarse en el alféizar... y quizás no estaba sujeto de ningún modo. ¿Permanecía subido a una escalerilla o... flotaba en el aire, como las criaturas de Satanás?

Johann Joachim corrió la mesita, se metió la nota en el bolsillo y envolvió rápidamente todas las copias, saliendo de la habitación de una forma tan precipitada que todos se quedaron sorprendidos. El doctor Albrecht parecía muy ocupado en charlar con tranquilidad científica sobre algo a propósito de las fiebres, sus devastadores efectos y los poderes curativos de las sangrías. Katarina calculaba con pasos nerviosos mientras se contoneaba por el fondo del pasillo, mientras que Camillo Valle apenas tuvo tiempo de abrir bien los ojos y levantar un brazo en el intento de retener a su señor, que ya bajaba por las escaleras.

Fue una suerte que el fuego en la chimenea de la enorme sala estuviera ya prendido sin más cuidados que los de la tabernera. Levantando una nube de chispas, el caballero Winckelmann arrojó el contenido del paquete entre las llamas, y por precaución añadió más leña, de manera que nadie pudiera salvar ni una página de aquellos malditos opúsculos. Le hubiera gustado quedarse a contemplar la pequeña hoguera hasta que no quedara más que un puñado de cenizas, pero los ruidos que sonaron a su espalda lo obligaron a volverse, para hacer frente a las habitantes de la

posada que lo estaban rodeando.

—Excelencia, ¡tened la bondad de escucharnos! —exclamó su secretario sin mucha convicción, en un tono donde se mezclaban la intolerancia y la falta de paciencia.

«¡Ah, qué muchacho tan tonto! ¡Y qué pronto se da importancia!»

—¡Tenemos que regresar! —afirmó con vehemencia Johann Joachim, mirando uno por uno a todos los allí presentes—. Hay que volver. Asuntos urgentes nos esperan en Venecia, Camillo. Es necesario preparar el equipaje.

—Excelencia, me duele llevaros la contraria —intervino el doctor Albrecht, dando un paso hacia adelante. Con aquel camisón ancho con encajes, parecía un poco ridículo, pero su severa expresión no dejaba lugar a dudas sobre la firmeza de sus intenciones—. Perdonadme, pero no os permitiré que dejéis esta posada, si antes no os he reconocido. Una sangría os repondrá, y de nuevo estaréis en plena forma, os lo aseguro. ¡Sangre rápida, enfermedad curada! —añadió.

Johann Joachim emitió un profundo suspiro y dejó caer los brazos, desconsolado, aunque el sonido del fuego y el calor que notaba a sus espaldas le resultaban en cierto modo reconfortantes.

—Quién sabe qué chaladura es esta —susurró el tabernero a su mujer. Movía la cabeza frotándose las mejillas ásperas y con disimulo dirigía miradas resignadas al caballero, como si quisiera juzgar a todos los de su ralea. «¡Ah!»

Katarina hizo un gesto, acercándose al marido.

—Me parece que marchó camino arriba, a casa de la bruja —dijo—. ¡Desde siempre sé que las personas de bien y que sienten temor de Dios no deben ir por allá arriba! ¡Esta es la moneda con la que le pagan a uno!

—¡Y que así sea! —concedió Johann Joachim y, tras vigilar el estado del fuego, cogió el brazo que el doctor Albrecht le ofrecía para acompañarlo hasta su habitación—. ¡Terminemos cuanto antes!

## XXI. EL HORMIGUEO EN LOS BRAZOS

*Roma, enero de 1772*

**E**L HORMIGUEO EN LOS BRAZOS SE LE HABÍA PASADO. Probablemente alguien hubiera desatado a Heinrich mientras estaba desmayado. Se puso en pie con dificultad, y a su alrededor apenas percibió silencio. ¿Le habían dejado solo o todo era una artimaña? El joven se dejó caer al suelo, y sintió la humedad de la roca penetrarle por los huesos. El miedo le dio fuerzas. Lentamente, con movimientos torpes, comenzó a quitarse la maldita venda que le habían puesto en la cabeza. Nadie gritó, ni nadie se le abalanzó para impedirselo. Quizás este era verdaderamente el momento adecuado. Estaba solo.

Una vez aflojadas las cuerdas, levantó la venda. Como había imaginado, no había un ser viviente a su alrededor. «Me cuesta trabajo creerlo. Tengo que aprovecharme, hacer algo, alejarme de aquí. Pero, ¿cómo saber dónde está la salida de las catacumbas?» Había una penumbra extraña en el lugar donde le habían abandonado, un débil temblor de luces que provenía de una galería secundaria.

Y por un instante le pareció percibir una sombra. Quizás estaba todavía durmiendo y lo que le rodeaba formaba parte de un sueño. «No, yo estoy despierto, todo esto es real, me hallo en peligro...»

Una vez en pie con enorme esfuerzo, Heinrich decidió adentrarse por aquel túnel y que Dios le ayudase. De todas formas, volvió a colocarse la venda, teniendo mucho cuidado en dejar unas pequeñas ranuras que le permitieran ver algo. «Si me encuentran diré que los estaba buscando. Probablemente no advertirán que me la he quitado, pues la falta de luz también les afecta a ellos. Y si no me encuentran... Quizás muera aquí, dando vueltas por estos túneles. He oído decir que tienen centenares de millas de longitud, y puedo recorrerlas hasta que caiga sin fuerzas al suelo y lleguen las ratas para montarse un banquete con mi cuerpo, que con esta humedad se pudrirá rápidamente. Mis huesos mordisqueados se unirán a los miles que yacen aquí, bajo la Ciudad Eterna...»

Había algo terriblemente cierto en aquella fantasía, el eco de tenebrosas historias que había escuchado distraídamente a su guía unos días antes, cuando habían bajado. ¿Cuánto tiempo había pasado? No tenía ni la más mínima idea. Pero, horas o días, ¿qué importaba? Afinó el oído intentando percibir algún ruido. Le pareció oír unos pasos. Ratones, quizás. Se quedó inmóvil durante un rato. Luego se dio cuenta de que se trataba del roce de sus perneras. «Calma, no te asustes como una jovenzuela.»

Avanzó unos cincuenta pasos, manteniéndose siempre cerca de la pared. Se detuvo de nuevo cuando le pareció escuchar a lo lejos unas campanas, como si

llamaran al *Angelus*. A la vuelta de la esquina, la luz pareció hacerse más intensa. Se acercó intentando hacer el menor ruido posible. El espectáculo que consiguió entrever era bastante singular. El espacio vacío se ensanchaba hasta formar un habitáculo de muchas brazas de longitud, donde se abrían varios nichos iluminados con cirios de color rojo sangre en candelabros de metal, y en cada uno de ellos había una calavera coronada con flores. Algo de una sordidez bárbara. Heinrich entrevió los restos ahumados de una pintura: un guerrero con la capa llena de estrellas, que clavaba en el cuello de un toro una espada ensangrentada; a continuación una serpiente, un escorpión, más arriba un cortejo de siete vírgenes con el rostro de víboras. Un león que vomitaba fuego. Respiró a fondo, intentando mantener la calma. Por su cabeza pasaban las leyendas de antiguos ritos subterráneos: los sacerdotes de Isis, los hierofantes de Hécate, los taurobolios de la *Magna Mater*, los iniciados en el culto de Mitra...

—¿Has venido a rezar al Santísimo Fuego? —la voz de Tomaso a su espalda hizo que se sobresaltara—. Desde siempre ha sido un instrumento para que los pobres pecadores dejemos de pecar.

Heinrich casi gritó de miedo... Pero, ¿de dónde había salido el ciego? ¿Cómo es que no había notado su presencia?

—Tenía sed, cuando me desperté. Busco agua —tartamudeó el joven. Quién sabe si se lo creería. Otro toque de campana.

—Menos mal que te he encontrado yo —dijo el viejo ciego, imperturbable—, antes de que suene la tercera campana, que marca el comienzo de las rondas. Si uno de los Bastoneros te hubiera encontrado sin el salvoconducto o sin alguien que respondiera por ti, habrías acabado muy mal, querido suizo.

—¿Bastoneros? ¿Quiénes son?

—No pensarás que la Gran Confraternidad es una aglomeración de andrajosos... Aquí dentro somos muchos, y cada uno tiene su cometido: todo está reglado según nuestras leyes. Nadie puede entrar ni salir a capricho: por eso los Bastoneros vigilan. ¡Y quien tenga oídos para entender, que entienda!

Como si no le prestara más atención, el ciego se volvió para meterse por una galería. Heinrich permaneció tras él, abatido. Escuchó el eco de unas botas a lo lejos, voces. «¡Izquierda, derecha! ¡Ahooo!» ¿La ronda?

«No sé desde hace cuánto tiempo avanzamos, no veo prácticamente nada. Sólo me dejo guiar por el sonido de sus pasos y por su voz, que ha comenzado a hablar de otra oscuridad.»

—Nada que ver con la vigilancia de la Santa Inquisición —le decía Tomaso, entre risas—. A los de Minerva no les gana nadie. Allí ni siquiera el pelo más pequeño del culo pasa desapercibido. En las celdas la mirilla se abría a cada instante para comprobar que cumpliéramos con los deberes de la Santa Providencia: flagelarnos

con fervor...

Y el jefe de los guardias nos decía: «Recordad, pecadores, que esta cárcel es un lugar delicioso si se compara con lo que os espera tras la hoguera».

El ciego se tropezó. También Heinrich que le seguía se tambaleó, chocándose con él. Continuaron.

—Un par de veces al mes hacíamos la *prueba general*.

—¿La prueba de qué?

—De la muerte. Del santo día del suplicio. Los guardias nos ponían a desfilar: éramos más de cien, cada uno vestido con un saco; la cuerda en el cuello, y en la cabeza la mitra de la vergüenza pintada de negro; el verdugo vestido para sus funciones, el escribano con su manto de color indiscernible, los abogados con sus capas de terciopelo carmesí, y en sus manos las sentencias; los policías ensayaban sus miradas más severas, portando las antorchas y moviendo los látigos. A uno lo elegían en suertes para que hiciera de condenado. Desfilábamos con solemnidad por los pasillos del sagrado colegio de Minerva, tras la cruz verde del tribunal, velada de luto, mientras los teólogos con su capa morada gritaban: «Aquí viene la Santa Justicia». Así, un par de veces al mes, ¿me entiendes, suizo?

—¿Cuánto tiempo estuviste encerrado? —le preguntó Heinrich con un hilo de voz.

—Trece años, joven.

## XXII. LA LAGUNA AGITADA

*Venecia, mayo de 1768*

**L**A LAGUNA AGITADA POR AQUEL TEMPORAL DE PRIMAVERA resultaba dramáticamente bella, pero Johann Joachim no tenía tiempo de contemplar el espectáculo de los barcos de pesca —todo un chirriar de jarcias, imprecaciones soeces y movimientos de velas— que intentaban alcanzar un recodo.

—Ilustrísimo, ¿ve que no se puede continuar? —se quejó de nuevo el barquero, maldiciendo en voz baja a aquel bávaro obstinado y sus malditos papeles. «Vaya idea más rocambolesca», pensaba. Había que arrojar al mar aquella carga extraña, además en una tarde como aquella—. El riesgo es tremendo...

Como para darle la razón, la góndola se balanceó, mucho más pesada por las grandes piedras con que el caballero Winckelmann había atado a sus bártulos. Tres, más bien voluminosos, ya habían sido arrojados al agua, y faltaban todavía dos.

—Acabad con esta charla. Daos prisa —dijo Johann Joachim perdiendo la paciencia—. Os doblaré el precio que hemos pactado, si todo se hace a mi manera...

El barquero lanzó a su cliente una mirada rabiosa, y parecía a punto de mandarle a tomar viento, pero finalmente se agachó para ayudarle a liberar el fondo de la góndola de los últimos pesos. De todos modos, la embarcación estuvo meciéndose todavía un poco más, azotada por las olas de la laguna, cuya superficie se había cubierto de espuma blanca, mientras el caballero miraba el reloj. «¿Qué hacía aquel maldito alemán? ¿Ahora se ponía a mirar la hora?», se preguntó el barquero, augurándole mentalmente todas las torturas posibles e imaginables. «Estos forasteros se creen que nos encantan, con sus chaquetas entalladas, el cuello estrecho bordado en plata y las hebillas brillantes sobre los zapatos, y son todos iguales: unos chalados.» Pero todavía tenía que estar más loco él, que se había dejado convencer para salir a alta mar con aquel tipo: «Mira qué viento, San Polo bendito...»

Mientras tanto, con la mirada pegada al reloj y esperando que hubiera transcurrido el tiempo suficiente para asegurarse de que sus paquetes habían tocado fondo, a Johann Joachim se le pasó por la mente la interminable persecución a la que Moira le había obligado por toda Venecia: arriba y abajo por puentes y callejuelas, cruzando plazuelas desiertas, metiéndose bajo soportales abarrotados de mercancías, en un vía crucis de equívocas estaciones, y obligado además a confiar en guías poco honestos, que en cada rótulo de mesón sentían una sed invencible y pretendían detenerse para beber otro vaso de vino...

Parecía que en la ciudad nadie hubiera oído hablar de aquel taller. «Mentirosos

como turcos, estos venecianos.» Por suerte, al final, en una calle del barrio de San Cancián, se topó por casualidad con el escondite de Moira. Un cartel medio roto con una flecha indicaba el fondo del patio. Encontró a tientas el camino por una escalerilla oscura que terminaba en un pasillo lleno de cajas claveteadas y amontonadas unas sobre otras. El vestíbulo se abría a una caverna oscura y húmeda, con las paredes recubiertas de moho. ¿Cómo podía trabajar alguien en una madriguera semejante? Y sin embargo allí estaban las prensas: nada de antigüedades polvorientas, sino maquinarias bien engrasadas; había además cajones llenos de caracteres de plomo y pilas de papel, pero del impresor ni siquiera el rastro. Parecía que se había volatilizado. Había encontrado un par de vejetes con caras de canallas, sentados en una esquina oscura sobre un enorme saco de paja, extendido en el suelo como si fuera una cama. Los habían recibido a Camillo y a él con presuntuosas reverencias, ni que fueran los dueños de un castillo. Johann Joachim había agachado la cabeza sin decir nada, refrenando toda la rabia que llevaba en el cuerpo, pero Camillo les había dado la mano a aquellos dos tipejos. Una situación bastante engorrosa, porque los dos viejos apenas parecían oírles: sordos como tapias, levantaban los hombros con una sonrisa forzada y repetían que Moira se hallaba lejos de allí.

—Eso ya lo he oído —les había contestado Johann Joachim desesperado, haciendo una señal a Camillo para hacerle saber que no quería perder el tiempo en charlas inútiles. Pero su joven secretario se había adelantado y, tras mucho insistir y un apropiado desembolso de dinero, había conseguido por las buenas que los dos viejos se dignaran a mostrarles dónde estaban los libros que el caballero buscaba.

—¿Están todos aquí? —les había inquirido en varias ocasiones Johann Joachim. Pero de nuevo los viejos comenzaron a hacer ver que no entendían: pronunciaban frases incomprensibles, cortándolas con acaloradas imprecaciones contra el mal tiempo que agitaba las aguas del Adriático, una verdadera calamidad para los que cuidaban sus tiendas y talleres. Y de todos modos, no hubo forma de sacarles una palabra más...

Tras una pausa que pareció interminable, por fin el caballero guardó de nuevo el reloj en el bolsillo, se dejó caer en el banquito negro de la góndola y, colocándose el tricorno en la cabeza, hizo una señal al barquero de que podían regresar, algo que el hombre no esperó a oír dos veces.

En el muelle, donde el gondolero lo desembarcó bruscamente, no halló la habitual multitud de curiosos y cargadores como consecuencia del mal tiempo. «Menos mal...» Johann Joachim se alejó rápidamente, caminando con la cabeza gacha. Sin embargo, renunció a levantarse el cuello de la capa sobre el rostro, por miedo a llamar demasiado la atención. Le atormentaba la idea de que el barquero pudiera divulgar la noticia de lo que había ocurrido. Era evidente que le había dado una

abundante propina, rogándole que no dijera una palabra a nadie, pero ahora se estaba volviendo loco. Precisamente tanta insistencia sobre el secreto que debía mantener, podía resultar al final contraproducente. «¿No has dicho tú mismo, Johann Joachim, que estos venecianos tienen una malicia astuta?» Bajo los soportales observó a los corrillos de ociosos, como si buscara entre la gente que pasaba alguna señal que revelara una mirada de curiosidad. «¿Y si el escándalo del librito ya se hubiera divulgado?», se preguntó con angustia. Cada vez que se cruzaba con alguien le daba la impresión de que le señalaba con el dedo, y le parecía escuchar que susurraba su nombre. Imposible. Moira se lo había asegurado... «Pero, ¿cómo puedo creer en la promesa de gente como él, capaz de organizar una extorsión así?»

Johann Joachim se encontraba todavía bajo la influencia de lo que acababa de realizar. «Me he arriesgado mucho. Si alguien me hubiera visto... Vaya, tengo que dejar de atormentarme, si Dios quiere, este torbellino absurdo acaba de terminar.»

## XXIII. EN MI ESTABLECIMIENTO

*Venecia, enero de 1767*

**E** *N* *MI*  
*ESTABLECIMIENTO,*  
*señores, entren;*

*se vende y se compra,  
se paga a plazos,  
y cualquier negocio  
conmigo se hace.*

*Aquí más de un noble  
rico y poderoso,  
y más de un estúpido  
que no sabe nada,  
se abastecieron de libros,  
que aquí se guardan.*

*En mi establecimiento  
de tipografía,  
haced la prueba.  
Lo que desea  
cada uno lo encuentra:  
¡Libros impresos!  
¡Vengan aquí!*

*El rico, el pobre,  
el mercader,  
el hombre de letras,  
el comediante,  
cuanto desea,  
aquí lo encuentra.*

*Y los almanaques,  
historias picantes  
de amores y envidias,  
hay muchas.*

*Es un verdadero emporio  
lo que aquí ofrezco.*

*En mi establecimiento  
de tipografía,  
señores, entren,  
¡y compren!  
Lo que les apetezca  
aquí lo encontrarán.  
¡Corran acá!*

*A sus Excelencias Ilustrísimas, los  
Inquisidores del Estado:*

*Entrego la presente nota volante  
encontrada en San Polo, a las seis de la  
tarde, en los pilares de un puente. Trátase  
de un ejemplar procedente del taller de  
impresión Malaccorti.*

*Confirmándome con verdadera estima  
vuestro siervo:*

*A.G.*

## XXIV. CON EL ESTOMAGO TODO REVUELTO

*Roma, enero de 1772*

**C**ON EL ESTÓMAGO TODO REVUELTO, HEINRICH SE sentía mal. Llamó, pero nadie respondía. ¿Dónde estaban? ¿Habían desaparecido todos de nuevo? Se dejó caer en el suelo, mortalmente cansado. Respiraba con dificultad. Casi se habría puesto a llorar. Tras unos minutos levantó de nuevo la voz.

—¿Hay alguien ahí? —porque en el imprevisto silencio la angustia de haberse quedado solo se había vuelto intolerable.

—¿Qué quieres, suizo? —respondió algo arisco Jacobus, a su derecha.

Ah, estaba allí... Heinrich le explicó que necesitaba ir al retrete, quién sabe, quizás por culpa del miedo, pero no conseguía aguantar más.

—¡Liebrecilla, acompaña al señorito en la retirada! —se rio el enano.

Heinrich sintió resoplar una voz que no conocía. Luego alguien le cogió de la mano tirando de ella. Caminaron en la oscuridad, de vez en cuando el joven se tropezaba con el suelo discontinuo de las galerías. Le pareció que giraban cuatro veces a la derecha y seis a la izquierda, o quizás se equivocaba, ¿cómo podía estar seguro con esa oscuridad? De repente, el sonido de sus pasos era diferente. Evidentemente habían salido de los túneles para entrar en una sala más amplia. Allí se percibía un hedor horrible, inmundado, que a Heinrich le provocó varias veces ganas de vomitar.

—Ya hemos llegado —dijo el que parecía llamarse Liebrecilla. Una voz algo sibilante—. La tarifa es de cinco monedas —añadió.

—¿Por qué? —preguntó Heinrich, siempre tratando de contener las arcadas de vómito que el desagradable olor le provocaba.

—¡Por usar la retirada! ¿Qué le pasa, señorito? Es el peaje establecido.

—Pero yo ya no tengo más dinero conmigo... —a Heinrich le salió la voz casi entre sollozos, y con dificultad intentó controlarse.

—Y entonces, ¿cómo lo hacemos? —le preguntó Liebrecilla. Al suizo le pareció percibir un tono de sarcasmo en su voz. Como suspirando escuchó que decía—. Por esta vez, pase... —Heinrich tuvo sólo el tiempo de emitir un suspiro de alivio cuando el otro añadió, como si hiciera una gran concesión—. Quiero decir que cogeré para mí esta tontería, a cuenta del pago. Solo porque se trata de vos —y el joven sintió que le sacaba del bolsillo de la chaqueta su bonito pañuelo con hilos de Flandes, un regalo de *madeimoselle* D'Epinay.

Liebrecilla lo empujó hacia adelante. Heinrich apoyó los pies sobre unos ejes que

le parecieron inestables.

—Ahí donde estáis, está bien. Podéis hacerlo —reía mientras tanto el otro.

«¿Qué hago? ¿Puedo fiarme? ¿Me bajo los pantalones, me estará mirando? ¿Qué es lo que he hecho para merecer esta pesadilla?»

—Esto es grande —le dijo Liebreçilla—. El agujero lo vacían todas las estaciones. No podéis ni siquiera imaginar cuántas carretas de mierda se llevan. Tratad de adivinarlo, ¡venga!

Heinrich le contestó que sinceramente no tenía ni idea, que se rendía. Le suponía ya demasiado esfuerzo mantenerse en equilibrio sobre aquellos ejes. Además la idea de que podría fallar con un pie y caerse, le hacía sudar.

—Una caravana de veinte carros tiene que hacer diez viajes. Diez. ¿Te das cuenta?

Heinrich se vistió lo mejor que pudo.

—Cuidado, no te muevas tanto, señorito. Que una vez, uno que quiso ir de listillo e intentó escapar, cayó aquí dentro, con la mierda hasta el cuello. Y después el olor le duró varias semanas —dijo carcajeándose Liebreçilla.

El joven, tambaleándose, dio unos pasos hacia él y extendió su mano, palpando el vacío. «¿Por qué no viene en mi ayuda? ¿Tanto se divierte al verme en esta situación? ¡Vaya con él y esta hermandad!»

Por suerte, en ese último instante, mientras con desesperación Heinrich se daba cuenta de que ya estaba resbalándose, alguien lo agarró. Tres, cuatro personas. «Pero, ¿cuántos estaban aquí conmigo?»

—Qué buen retortijón. ¡Mirad qué blanco está! —era la voz de Jacobus.

—Lleváoslo allá, monigotes. Dadle de beber algo fuerte —ese era Sebastian.

Le pusieron una jarra en los labios, pero el susto no se le pasó. O quizás se trataba de rabia. Heinrich sintió que las lágrimas le caían por las mejillas bajo la venda. Estaba a punto de desmayarse y se dejó caer al suelo.

Se despertó entre voces desordenadas: alguien hablaba de Winckelmann en Venecia... «Me cuesta trabajo permanecer despierto. ¿Me han drogado?»

Sintió un chillido, como de ratas, y unos saltitos rápidos. Preguntó, con los pelos de punta.

—¿Por qué me habéis atado de nuevo? —silencio—. ¿Por qué seguís teniéndome en la oscuridad? ¿Para qué sirve? Pero, ¡qué más da, si no me puedo escapar!

—¿No sabes que los faisanes se crían en la oscuridad para que su carne sea más tierna? —le contestó Jacobus, sibilinamente, con una voz vaga que parecía venir desde muy lejos.

«Es como si lo hicieran todo para exasperarme y meterme miedo, como si yo mismo no tuviera ya suficientes fantasías por mi cuenta. Por ejemplo, eso de silbar continuamente el aria del *Miserere* de Allegri... ¿Se refiere a algo? Se me pasan por

la mente las lúgubres misas de la Semana Santa que me han contado. Ese Oficio de Tinieblas del Viernes Santo, con el altar desnudo de decoraciones, la puerta del sagrario abierta de par en par, los cirios que se apagan uno tras otro, los gritos de dolor en la oscuridad...

»De repente soy completamente yo mismo —huesos, nervios, antenas, si las tuviera... —y afinó el oído. Alguien se está acercando a mí, se arrastra cerca de mí, parece que se queja. Un ataque de terror. Algo me ha caído sobre el tórax, me pesa, me aplasta, quitándome la respiración. ¿Un perro? ¿Un gato? ¿Una rata grande? No sé cómo se me ocurre la idea de un monstruoso fantasma negro sentado sobre mí, y la criatura parece que cada vez pesa más. Tengo las manos húmedas, la espalda completamente sudada.»

Heinrich se cayó hacia atrás, destrozado.

—No me rindo —empezó a gritar—. No conseguiréis asustarme con nada que yo no pueda soportar. Os equivocáis si pensáis que me tenéis en vuestro poder... —silencio—. ¿Dónde está esa maldita Comendadora de la que tanto me habéis hablado? ¿Por qué no da señales de vida, como había prometido?

«Es inútil que grite. Se han ido todos, me han dejado sólo con este peso que me aplasta... Tengo que ignorarlo, pensar en otra cosa. ¿Qué es lo que ha dicho antes Moira de Venecia? Ah sí, que "es una ciudad en la que uno se pierde fácilmente"... Venecia. Quién sabe si la volveré a ver.»

## XXV. LA TIENDA DE CAFÉ

*Venecia, mayo de 1768*

**L**

A TIENDA DE CAFÉ SE HALLABA AL FONDO DE UNA calle oscura. Uno de esos sitios que ahora estaban de moda en Venecia. Era allí donde había fijado a las seis una cita con Camillo y tenía que darse prisa.

Llegó al local con tiempo. Se accedía a él bajando tres escalones. Una habitación amplia y limpia, con las paredes blancas, sin otra decoración que unos espejos y unas estanterías, donde se observaban bien expuestas todo tipo de porcelanas y vajillas, incluso de procedencia oriental. «Un lugar refinado, para conversaciones delicadas, he hecho bien en elegirlo. Mira esos cristales minúsculos, tan ligeros y frágiles, y esas tazas elegantes...» También el ajetreo de los camareros, que iban y venían con jarras de chocolate que humeaban entre las mesas de mármol, tenía algo de danza. Y los pequeños sofás de cuero invitaban al descanso. «Es la variedad de colores lo que realza la vista, el minueto de las tacitas, la agitación lánguida y repetitiva de los abanicos de las damas... Sí, la vista es sin lugar a dudas el gusto más sutil, el más frío de los sentidos: tengo la mente en desorden pero mis ojos consiguen recrearse y calmarme, hurgando entre los objetos más bellos. Muy diferente es la nariz, aunque seguramente es más útil para hallar el alma escondida de las sustancias...» Sonrió al joven que le estaba sirviendo en una taza de porcelana una crema de cacao y flores de jazmín. Le pidió también un poco de conserva de violetas y gajos de cidra, que brillaban en los enormes botes transparentes, situados sobre la barra al fondo del local.

Tras el fuerte olor y la suciedad de las calles, que en algunos lugares parecían estercoleros al aire libre, el ambiente refinado del café lo calmó durante un rato. También había ocurrido lo mismo tres días antes cuando, escapando de la posada del Tejón, la carroza se había detenido brevemente en Viena para que los caballos descansaran. Le había hecho bien hospedarse en los locales de Baptiste Contat, el peluquero real. Un hombre de grandes recursos ese Contat, al que habían traído a posta desde París para que ofreciera sus servicios a la corte, aunque por su aspecto no lo pareciera: delgado, la nariz y la barbilla afiladas, expresión dócil y reservada... Pero bastaba escucharle para cambiar de opinión. Conocía a todos en Viena, porque con el ejercicio de su profesión se le abrían a diario las puertas de las habitaciones más secretas e inaccesibles, y además era tan especial su intimidad con los poderosos que estos se dejaban llevar y le contaban sus secretos... Había aprendido a ir a verle. ¿Quién mejor que Contat podía brindarle informaciones y cotilleos? Sobre todo

porque el peluquero real todas las mañanas arreglaba el bigote y el pelo al nuncio apostólico. Si hubieran surgido voces sobre aquel maldito libro, con seguridad Contat lo habría sabido y habría dejado caer alguna que otra frase. En cambio, nada, habían hablado de moda, de ninguna otra cosa más.

—Sabéis, *monsieur* Winckelmann, la primera dama de la corte ha encargado que le hagan una peluca como la de Voltaire... Tenéis un aspecto deteriorado, dejad que sea yo quien os lo diga, que de eso me ocupo: quizás deberíais cambiar algo de vuestro vestuario. ¡Demasiado austero, *monsieur!* Os sentaría muy bien un pañuelo como este, mirad, es de seda, viene de Italia, del taller de *madame* Nanette, que en Milán hace furor. Y luego, dejad que os lo diga, si en vez de los cordones que utilizáis para ataros los zapatos, usáis un par de hebillas lustradas al Artois, iríais mucho mejor. Aquí en Viena se llevan muchísimo. Quizás os quedaría bien además algún traje azul, es un color tan relajado, ¿no pensáis lo mismo? En la corte se ha puesto de moda la flor de patata en el ojal, ya sabéis de qué hablo, esa planta extraña que procede de las Indias Occidentales...

Johann Joachim probó su chocolate, y quizás por el dulce aroma de la bebida o por el recuerdo de las erres dobles de Baptiste Contat, los labios se le abrieron en una auténtica sonrisa. Sí, hablar con él le había tranquilizado, pero también había contribuido la refinada habitación que el peluquero real había puesto a su disposición para que descansara: un dormitorio magnífico —«un lujo verdaderamente para gritar de admiración tras aquella miserable y sucia posada alemana»—, con cortinas de color verde claro, hermosos silloncitos de raso nata, un gracioso escritorio con una pequeña imprenta para sellar las cartas, servilletas perfumadas con agua de rosas por todas partes y, sobre todo, una cama blanda. Seguramente un lugar dedicado a los placeres, por los enormes espejos dorados que colgaban de las paredes y del techo, pero Johann Joachim no se sintió con ganas de aprovecharlo en ese sentido. Tenía la moral por los suelos y, a pesar del mullido colchón, había dormido con dificultad.

Por fin llegó Camillo, sin hacerle muchas preguntas, como siempre. Tendría que recompensar a este joven: una buena propina podía ayudarle a tener la lengua tranquila. Pero era necesario actuar con tacto, no quería estropearlo todo. El caballero parecía querer atormentar la copa de cristal, tamborileando sobre ella con sus dedos. «Un soplador de cristal sabe, con su respiración, infundir vida en la materia bruta, crear belleza. Pero es suficiente un soplo de más para deformarlo todo, destruir cuanto se ha hecho... Prudencia, Johann Joachim.»

Le pareció que Camillo le escuchaba distraído y se quedó sorprendido. «¿Puedes fiarte completamente de Camillo? ¿No has tenido en varias ocasiones durante los últimos meses la impresión de que quisiera librarse de ti? Y esta mañana, en el taller de tipografía, ¿no te ha parecido sospechosa su sonrisa?» De nuevo aquella maldita voz, aquellas dudas... No es que de verdad considerase la posibilidad de que Camillo

le traicionara, pues en el fondo era una criatura suya, que le debía todo. Pero no podía pasar por alto que el joven había acogido con una sonrisa de secreto triunfo la historia que le había contado en la diligencia, mientras llegaban a Venecia: dispuesto quizás a ayudarlo, pero a fin de cuentas encantado de verle con problemas... «Pero, ¿qué estás pensando? Tienes que mantener la calma, Johann Joachim. Claro, ahora estás disgustado por todo, por haber perdido tiempo y dinero a causa de este tremendo embrollo, pero ahora todo ha terminado, venga.»

De pronto, se dio cuenta de que un desconocido le estaba observando. ¿Desde cuándo? Tragó saliva. De repente el vago sabor amargo del chocolate que todavía percibía en la boca le supo mal. «Y esa maldita música que se alza del murmullo del café... ¿Quién está cantando? Se parece al *Miserere* de Allegri. ¡Ay, mis pobres nervios!» El tipo, de rostro grosero, guiñó el ojo con vulgar ironía hacia donde él estaba, como si quisiera aludir a algo. Johann Joachim se puso rígido.

—Vámonos —dijo con prisas a Camillo. Se puso en pie de un salto, chocándose con la mesa. Los rostros de todos los clientes se dirigieron hacia él. El cafetero arqueó la ceja, mirándolo irritado. El caballero pidió excusas, ruborizado, pagó rápidamente y salió presa de un funesto presagio.

Fuera, se apoyó en un pilar del puente, respirando hondo, como si quisiera limpiarse los pulmones y, en cuanto fue consciente de la discreta presencia de Camillo a su espalda, Johann Joachim se detuvo un largo instante en contemplar el agua oscura del canal. Seguir el movimiento de las olas que se movían lentamente por la superficie podía tener un efecto relajante, despejándole la cabeza de cualquier pensamiento, pero precisamente cuando comenzaba a notar una leve mejoría, algo llamó su atención, rompiendo bruscamente aquella especie de encantamiento. Una mancha blanca flotaba inestable en el agua, parecía moverse con dificultad hacia donde estaba él. Luego otra, y otra más. Johann Joachim se agachó con dificultad para recoger la hoja más cercana, con un triste presentimiento. Le bastó leer un par de líneas, ver la modesta marca con forma de medalla del taller de tipografía, para que cualquier duda se disipara. Era uno de sus libros. «Pero, diablos, ¿así que no los había tirado todos por la borda? ¡Pues claro que sí! Estaba más que seguro. Y entonces lo que tenía entre las manos...» Apretó los párpados con fuerza, hasta casi sentirse los ojos llenos de lágrimas: acto seguido los abrió rápidamente. La hoja estaba todavía allí, flácida y goteando en la palma de su mano, solo que ya no era la misma: solamente un opúsculo, un sermón cualquiera de un predicador desconocido...

Sin embargo, el alivio duró un instante. Con el aliento que se le agriaba de repente, percibió de forma muy intensa la presencia del miedo. «Está claro, Johann Joachim, han organizado una conspiración contra ti. No es sólo el asunto del impresor... Aquí se trata también de brujería, de un maleficio destinado a consumirte poco a poco la mente. No se puede saber quién está detrás. A menos que... ¿Es

posible que Tomaso esté todavía vivo?»

El puño se le cerró instintivamente, y sus dedos apretaron la hoja de papel mojado hasta destrozarlo, y luego lo arrojó al canal hecho una bola.

—Vámonos, Camillo —dijo, esforzándose en no gritar—. ¡Vámonos de este maldito lugar!

## XXVI. OLOR A AJO

*Roma, enero de 1772*

OLOR A AJO. UN TRAQUETEO. TRAS LA VENDA, A través de los agujeros, Heinrich advirtió sombras en movimiento. Una muchedumbre alrededor de Tomaso.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó.

—Los ciegos se marchan. Dentro de poco llega el alba, y es necesario que se sitúen en los sitios que les han sido asignados —dijo alguien muy cercano a él. La voz de un desconocido que poco antes alguien había llamado Xavier, un tipo más alto que Heinrich, con un aliento que olía fuertemente a ajo y un marcado acento alemán, seguramente de una provincia austríaca.

El joven escuchó a Tomaso dar instrucciones.

—Los que tienen más labia tendrán que recitar las oraciones de Santa Lucía delante de las iglesias. Vosotros, en cambio, tendréis que proclamar a los cuatro vientos que os han robado la capucha e infundir piedad para que os donen otra. Y cuando hayáis recolectado una veintena de limosnas, las entregaréis a los Saconeros que pasarán a recogerlas. Dos monedas por capucha al final del día son una buena suma...

—Son muchos... —levantó la voz Heinrich, intentando entablar conversación, por miedo a que le dejaran solo de nuevo, en aquellas tinieblas.

—Centenares. Los ciegos están bien organizados. Forman tres grupos: los que lo son de nacimiento, por deseo divino; los que han llegado a serlo en las prisiones, tras haber padecido una tortura con el hierro candente; y los que lo son solo de mentira —dijo el austríaco, resoplándole ajo en la cara.

Estaba alejándose. Heinrich, como podía, caminaba tras él. El olor a ajo lo guiaba.

—¿Cómo se hace para ser ciego de mentira? La gente no se cree ciertos engaños... —dejó caer, corriendo el riesgo de parecer estúpido.

—La gente se cree cualquier mentira, basta con que se presente en la forma debida —cortó la conversación Boca de Ajo. Se había sentado y estaba atareado alrededor de algo. Los agujeros de la venda de Heinrich eran demasiado pequeños para ver de forma más precisa. El austríaco se reía, arrastrándolo para que se sentara junto a él sobre un banco. De forma inesperada, le quitó a Heinrich la venda, diciendo.

—Ya que eres tan desconfiado sobre nuestra capacidad de convicción, ¡mira!

El joven se frotó los ojos. Boca de Ajo estaba sentado ante un espejo iluminado por una vela. Llevaba un tricornio arrugado que le dejaba al descubierto la frente

amplia y un flequillo de pelo castaño. Sobre el banco, junto a él, pelucas de colores, dentaduras postizas con aspecto famélico, cajas de ojos de cristal. De un perchero dorado colgaban trajes desgarrados de diferentes cortes. Sobre una mesita baja, trozos de cera color carne y una paleta de colores... El austríaco era alto, delgado, con ojos vivos, profundamente marcados de negro, en un rostro pálido y mal afeitado. Heinrich vio cómo cogía un pincel, lo mojaba con un amarillo grasiento y sucio, y comenzaba a pintarse sobre una venda que le apretaba la muñeca de la mano izquierda.

—¿Acaso no parece pus de verdad? —le preguntó el desconocido—. Por el rostro puedo pasarme a continuación un trapo mojado en un rojo pálido, que da la impresión de ser sangre seca... Es lo que necesito si quiero contar, por ejemplo, que era un mercader y he perdido la salud por culpa de unos bandidos, que me ataron a un árbol durante tres o cuatro días. Quizás puedo añadir también que los cuervos me han comido una parte de los ojos... O si no, puedo tumbarme medio desnudo delante de una iglesia, en el momento de la función, y fingir que pierdo la cabeza por la fiebre, gritando que, por piedad, me concedan una santa limosna de forma que pueda donar doce libras de cera a San Cosme y Damián, los santos médicos... ¿Crees que no lo sé hacer? Deberías verme cuando me pongo un guante ensangrentado y me cuelgo un brazo del cuello, gritando que ha caído sobre mí el castigo del fuego de San Antonio... —el austríaco explotó en una risotada, advirtiendo la expresión de asombro del joven.

De hecho, Heinrich le estaba mirando con la boca abierta: alguna que otra pincelada sobre el pelo, los colores apropiados en las ojeras y en las mejillas, y el hombre se había transformado ante él en un viejo con el rostro excavado, demacrado por ictericia. Impresionante. El joven se preguntó dónde habría aprendido Boca de Ajo aquella técnica tan perfecta, cuál sería su pasado. ¿Su asociación a la Gran Confraternidad había sido el inicio de su gusto por lo monstruoso o esta inclinación había nacido ya antes en él? «Pero no es esta la pregunta que me gustaría hacerle. ¿Qué es lo que le está ocurriendo a mí cabeza que deja vagar los pensamientos sin orden? ¿Por qué no consigo encontrar la frase apropiada?»

—Basta poco, como ves, para impresionar a la gente —dijo Boca de Ajo, contemplando el resultado en el espejo—. Claro, para otros tipos de deformaciones se necesitan métodos más... violentos. Para fabricar enanos, por ejemplo.

—¿Para fabricar enanos?!

—Claro. ¿O pensabas que todos los enanos que circulan por aquí abajo, en las catacumbas, son puros fenómenos naturales? El mundo no produce tantos. Y hay quien por profesión manipula a los niños desde pequeños: es un arte, una ortopedia inversa...

—Me temo que no entiendo —tartamudeó Heinrich.

El austríaco resopló.

—Se cortan miembros y el resultado son esos horribles hombrecillos. O se desfiguran rostros, construyendo gestos irreversibles, máscaras que no se pueden arrancar de la carne. Me han contado que en Oriente el arte de modelar a un hombre vivo está muy desarrollado. Se coge a un niño de un par de años, se le mete en un jarrón con una forma extraña sin tapa y sin fondo, para dejar libres los pies y la cabeza, de forma que el niño crezca sin aumentar de estatura. Así, los huesos adquieren la forma del jarrón. Luego, a una cierta edad, se rompe el jarrón, y el resultado, si tienes un poco de imaginación, será sorprendente.

La repugnancia que sentía Heinrich casi no le dejaba hablar.

—Pero, ¿por qué? — apenas tuvo fuerzas para murmurar.

—Para las cortes. No te imaginas cuántos bufones buscan. Un niño normal no es divertido, mientras que un enano o un jorobado hacen reír siempre —bostezó y volvió a admirar en el espejo sus propios rasgos distorsionados—. ¿Y qué te parece mi técnica de transformación?

Heinrich no pudo sino dejar escapar una tímida apreciación.

—¿Y tienes que hacer todo esto cada vez que sales? —preguntó.

—Cada día. Al alba, antes de salir. Y luego, por la noche, me quito toda esta puesta en escena...

—Pero es un esfuerzo enorme...

—Es una satisfacción. Un enorme arte, mi querido suizo.

Por supuesto, Heinrich tenía que admitirlo: aquel hombre era un maestro con el pincel.

—¿Pero no te molesta mostrarte ante los demás de un modo tan horrible?

—En absoluto. Al contrario, es maravilloso. No existe una vida mejor que aquella en la que uno se inventa otra piel, otra mirada. Disfruto cuando veo el horror dibujarse sobre el rostro de quien me mira.

El joven farfulló.

—No es lo que comúnmente se entiende por goce...

—La vida es algo más que lo que comúnmente se entiende —el austríaco movió los hombros, mientras con el pincel más pequeño seguía envejeciéndose cada vez más el rostro con un entramado espeso de arrugas—. Tomaso se equivoca cuando dice que nadie elige ser miembro de la Confraternidad. Quizás el argumento es válido para él, que se vio obligado a pasar por nuestras filas para sobrevivir a la mala suerte... ¿Qué te crees, señorito, que transformarse en un monstruo es algo espontáneo? ¿Que un día uno se despierta y, de la nada, se le pasa por la mente algo como esto? —y con el dedo señaló los nichos que le rodeaban.

Sólo entonces Heinrich se dio cuenta de las extrañas máscaras que estaban amontonadas en una confusión grotesca. Se acercó para mirarlas mejor. Eran decenas,

algunas de yeso, otras de cera sobre un núcleo de madera. ¿Gorgonas? ¿Quimeras? No, rostros de seres humanos, pero todos con expresiones horribles de inmediata y odiosa repulsión, bocas contraídas en gestos que atemorizaban; no representaban simples caricaturas, sino verdaderos monstruos, horribles parodias de la vida: cráneos alargados, labios gruesos y marcados casi como el pico de los pájaros. Ningún cuadro ni ninguna estatua jamás había provocado en Heinrich un efecto tan terrorífico y repugnante. Quizás era culpa de su habilísima ejecución o de la diabólica luz de las antorchas que iluminaban la caverna. El joven se volvió lentamente hacia Boca de Ajo, con un puñado de preguntas que no salían de sus labios.

—Sí, soy yo el autor de estas cabezas con personalidad. Trabajo delante de un espejo, pellizcándome aquí, bajo las costillas —y Boca de Ajo señaló con el dedo en un punto debajo del corazón.

—Sois un gran artista, de verdad.

—Mi gorra está siempre llena de monedas que la gente me tira. Y no por compasión, sino porque algo les llama la atención y se emocionan con las máscaras que yo realizo para ellos... Trabajaba en la Academia de Viena, y todos se reían cuando veían mis cabezas retorcidas. Me decían: «Maestro Messerschmidt, vuestras obras son curiosas, pero con este material no llegaréis muy lejos». Porque la ley de las academias es la de las alegrías fútiles. Tendría que haberme rebajado a imitar a los artistas de la corte, que representaban retratos aleccionados y recibían unas palmaditas en el hombro por parte de los augustos soberanos, junto con algún mísero tálero. Si hubiera elegido aquel camino, mi fama se habría reducido a eso. Nada más. Un aburrimiento mortal... Aquí, en cambio, la gente viene a verme incluso de lejos. Siente consternación al verme, y jamás consigue olvidar lo que ha visto. Porque yo saco a la luz el monstruo que está escondido en todos nosotros, en todos nuestros rostros. El monstruo que solo la enfermedad, la tortura y la muerte revelan. En arte existe una diferencia abismal entre lo que cobra vida y la basura sobre la que los aficionados trabajan, pendientes de respetar las reglas del comercio. Solo un gran artista consigue producir imágenes que asustan de verdad, con el suspiro de la verdad. Y eso es así porque el fundamento del arte reside en haber conocido de cerca la verdadera anatomía del horror, el miedo, lo ajeno. El auténtico artista sabe capturar lo que acecha a la vuelta de la esquina: así es como lo pienso yo. Ese es el profundo escalofrío que provoco en la gente, y los demás me premian por ello, suizo. Si supieras cuánto oro consigo recoger en una semana...

Heinrich, profundamente turbado, no sabía qué pensar.

—Sin embargo, Tomaso ha tenido palabras muy amargas sobre la vida que se ve obligado a llevar.

Boca de Ajo resopló:

—Tomaso no tiene nada que ver, ya te lo he dicho. Él sigue anclado en el

recuerdo de lo que era antes. Y además, es ciego de verdad... Yo, en cambio, lo hago por elección y puedo sentirme un artista, el gran artista del lado oscuro de la vida — se levantó del banco, removiéndose el pelo cada vez más blanco.

El joven miró la invisible monstruosidad del alma humana, endurecida en el gesto horrible de aquella cabeza de labios invertidos, que el austríaco un poco antes había definido como «el ángel de la decadencia». Por algún extraño motivo, a Heinrich le recordaba el rostro del caballero Winckelmann. Le preguntó si lo había conocido alguna vez.

Los ojos del otro se humedecieron.

—¿Tienes tiempo para una larga historia sobre un violento naufragio? —le preguntó.

—Claro.

—¡Yo, en cambio, no lo tengo, bonito! ¡Fin del espectáculo! —gritó Boca de Ajo, colocando de nuevo la venda en la cabeza de Heinrich.

## XXVII. SE SENTÍA AGOTADO

*Venecia, mayo de 1768*

E

L CABALLERO SE SENTÍA AGOTADO, Y LE HUBIERA gustado retirarse a dormir; en cambio —«Maldita sea»— se había visto obligado a aceptar una cita con el conde Paolo Canziani, con quien se había cruzado precisamente esa mañana mientras buscaba el taller de tipografía de Moira. Había hecho bien al inventarse una excusa para justificar su presencia en Venecia, pero no había conseguido rechazar una invitación para participar en una cena en el palacio Canziani.

—Algo sin demasiado protocolo, entre amigos —le había dicho el conde. «Cuando uno tiene una desgracia, llueve sobre mojado, decía siempre la tía Johanna. Y hoy todo parece salirme al revés...»

Se dejó ayudar por Camillo para vestirse. Eligió una chaqueta siguiendo el gusto alemán: un brocado verde sobre un farseto rojo y dorado. Mientras, el joven secretario no se cansaba de ensalzar el privilegio de aquella invitación:

—Los nobles venecianos son muy tacaños. Dicen que la procuradora Foscarini, dama de inmensa riqueza, sirve de cena melones de agua troceados en platos de plata. Algo que deja la cabeza fresca y el estómago vacío. En cambio, Canziani es famoso por cómo prepara las mesas...

Terminó de peinarse y llamó a la góndola.

El trayecto fue breve. El barquero le dejó en un muelle dispuesto ante una escalinata iluminada con antorchas. Arriba le esperaba un criado de uniforme que, cuando tomó su tarjeta de visita, le hizo pasar al salón de la planta noble, donde el dueño de la casa lo recibió con los brazos abiertos, presentándole a algunos invitados. Una multitud de elegantones, con faldas sujetas por ballenas, camisolas de brocado plateado y calzones de seda. «*Menos mal que era una cena informal, entre amigos.*» Un joven se tropezó con él: era Ermanno Protasi, vestido algo más sencillo que los demás, con un simple traje a la francesa. «¿Un mercader? ¿Un barnabita?» Se sintió inquieto. En primer lugar por el apellido, el mismo que el de Tomaso, y encima pronunciado con una nota de orgullo, casi alardeando —¿acaso una coincidencia?—. Y además, por su aspecto: ojos azules, pelirrojo, esa forma de sonreír y de cruzar las manos detrás de la espalda... Se parecía a Tomaso rejuvenecido veinte años.

Una campanita informó de que la cena estaba servida. Claro está, el salón aparecía resplandeciente, con damascos rosas y verdes en las paredes y lámparas de cristal de Murano. Verdaderamente impecable el servicio. «No hay nada que objetar, los venecianos saben vivir. Por ejemplo, estos platos son todo un espectáculo, con

estas decoraciones de escenas campestres: en el fondo del mío aparece *L'embarquement pour Citère...* Si de verdad pudiera largarme a un lugar romántico.» Sirvieron, en primer lugar, una sopa de pescado y ostras crudas.

—Quita, fuera este tokay, que tiñe los labios y no quita la sed —dijo el dueño de la casa que quería ser gracioso, tomando la negativa a beber de Johann Joachim como si se tratara de un problema de gustos—. Traed al caballero Winckelmann un poco de vino del Rin. ¿No veis que siente nostalgia de su tierra?

Intentó vagamente explicar que un tokay era adecuado, pero que necesitaba permanecer sobrio. No hubo manera, y tuvo que beber para no parecer un maleducado. Mientras tanto en la mesa estaban ya sirviendo nuevos platos: cabezas de perdiz a la parrilla condimentadas en salsa amarilla, y luego cuernos de gamo joven.

El conde Paolo no se encontraba con ganas de animar a un invitado tan singular a probar las especialidades de su cocina, y se entretenía en ilustrar las exquisiteces que su cocinero turco había preparado para aquella velada.

—No se vos, caballero, pero yo prefiero la caza al pescado, tanto de pluma como de pelo. Los pies de oso, por ejemplo... ¿Cómo? ¿Qué no los habéis probado nunca? Ah, pues entonces tenéis que volver por aquí cuando comience la temporada de caza... Insisto en que tenéis que probar este plato —añadió, viendo la expresión escéptica de Johann Joachim—. No lo adivinaríais nunca: son nidos de golondrina de la Conchinchina... Sí, sí, habéis entendido bien, golondrinas que hacen sus nidos en las rocas, difícilísimos de coger, allá por los mares del imperio celeste. Cuestan un ojo de la cara, pero valen su precio. Llegan a Venecia ya secas, por lo que se ponen en remojo en caldo de pavo hasta que se ponen tiernas, y a continuación se sirven con mantequilla y queso.

Le tocó mantener la conversación, al menos para olvidarse de la presencia de Ermanno Protasi, que algo más alejado acaparaba con su brillante conversación la atención de todos los comensales. Trató de charlar animadamente y, cuando le sirvieron los espárragos en tartaleta, narró la famosa anécdota de Fontenelle.

—Como tenía gustos diferentes al abad Dubos, que era su invitado, Fontenelle mandó que le prepararan espárragos con aceite, para agradar a su amigo, y en salsa, como le gustaba a él. Sin embargo, no se habían sentado todos a la mesa cuando el abad sufrió un ataque de apoplejía. Entonces, Fontenelle bajó corriendo por las escaleras hacia la cocina gritando al cocinero: «¡Todos los espárragos en salsa! ¡Todos los espárragos en salsa!». Y cuando se llevaron el cadáver, se sentó a comer diciendo que la apoplejía servía para algo...

Todos se rieron con ganas.

Sirvieron en la mesa la pastelería fría: veintiséis tipos de galletas de diferentes formas.

—Estas las tenéis que probar, si no me haréis un feo —le dijo regañándole la condesa Canziani, viendo que el caballero había dejado la servilleta y rechazaba los platos que le ofrecían los camareros—. Han sido elaboradas por las monjas de Santa Úrsula. Mirad qué hermosas: amarillas como el oro, y en la boca son una delicadeza... Nosotros le decimos saboyardos.

Y no había terminado todavía: *glaces à l'italienne* y piña. El dueño de la casa se apresuraba a enumerarle las maravillas de esa fruta extraña, cuando Johann Joachim se anticipó.

—Ya he tenido ocasión de probarla: en Roma la he visto a menudo en el jardín del Quirinal y en los jardines del Vaticano.

—Ah, hemos olvidado que nuestro querido caballero frecuenta las moradas de los príncipes romanos —dijo Ermanno Protasi—. He oído decir que ese cardenal, al que llaman *el pachá de Fossombrone*, no ha renunciado nunca a nada en su mesa. Ni tampoco en su dormitorio... ¿Vos lo conocéis bien, no?

Johann Joachim sintió cómo el sudor le cubría la frente. «Este hombre sabe algo, quizás es de verdad un familiar de Tomaso...»

—Claro que he conocido al cardenal Passionei. ¿Y cómo no iba ser así? Prefecto de la Biblioteca Vaticana, refinado coleccionista de manuscritos y libros...

—He oído decir que también andaba metido en el comercio de algunos libros que no tienen la aprobación del Santo Oficio... —le interrumpió con mucha malicia Protasi, haciendo hincapié en ciertas palabras. Su mirada algo turbia dejó helado a Johann Joachim.

—Bueno, todos saben que, al principio del pontificado, el Papa no dudaba en hacer la vista larga con el tráfico de los libros —se rio el dueño de la casa—. Dicen que en el cónclave, antes de su elección, iba susurrando a los cardenales: «Si queréis a un buen gilipollas, elegidme».

Un invitado anciano que hasta ese momento no había entrado en la conversación, quiso dar su opinión.

—Los pontífices de ahora han perdido buena parte de su prestigio. Me han contado que en las paredes de la residencia de Castelgandolfo el Papa se ha hecho representar con un traje blanco, sobre una pequeña montura, seguido por su humilde familia de cocineros, pinches, friegaplatos, barrenderos... Dicen que, sobre todo, ama la conversación con uno de sus siervos, al que llaman Siete-sopas... Siempre y cuando se admita que la humildad es una virtud cristiana, me pregunto y digo: «Si perdemos la pompa, ¿qué otra cosa podrá sustentar el respeto?».

—Ah, que muchos en Roma han tomado por costumbre faltar al respeto del Papa, es algo de sobra conocido. Claro que el caballero Winckelmann lo sabrá mejor que nosotros —contestó Protasi, sonriendo de nuevo. La mirada maligna había desaparecido de su rostro, y de nuevo resultaba encantador.

«Pero ¿quién es este hombre? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué está aquí?» Johann Joachim intentó llevar la conversación hacia otras direcciones.

—El cardenal Passionei es un hombre de mundo con un montón de conocidos. A menudo, en su ermita de Camaldoli, donde me recibía con los brazos abiertos, dejaba el sombrero rojo y cogía uno de paja clara... Amaba los placeres sencillos... —se detuvo.

Recordó de una cena celebrada mucho tiempo antes. Fue en la época en que acababa de llegar de Alemania, catorce años antes. «Una cena con pastelitos de pavo real y filetes de esturión del Tíber, servida por camareros con uniforme violeta, porque era Adviento. Y Domenico Passionei, envuelto en una amplia túnica del mismo color, yacía en una especie de triclinio, junto a los jóvenes cantores de las capillas vaticanas.»

Al final, las puertas del salón se abrieron, y la gente se levantó de la mesa. Johann Joachim suspiró. Había comido demasiado y sin apetito.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el conde canturreó:

—*Hélas! Les indigestions sont pour bonne compagnie!*

—Ah, yo, antes de sentarme a la mesa, me tomo un buen purgante —dijo entrometiéndose un anciano comensal—, para cenar sin riesgos: una buena cucharada de canela y luego puedo comer todo lo que quiera. Es necesario gozar de la gula, la vida es breve. ¿No es así, caballero Winckelmann?

## XXVIII. NADA IMPORTANTE

*Venecia, abril de 1768*

N

ADA IMPORTANTE, AMIGA MÍA, HA OCURRIDO por aquí, dejando a un lado la noticia de que el tal Valerio Fossetti, cantante del teatro San Lucas, al que oímos la temporada pasada en el *Serraglio d'amor*, se desplomó hace dos semanas más o menos, alcanzado en el corazón con un punzón. Os quiero contar los hechos con todo detalle, porque el asunto tiene aspectos increíbles. Por tanto, tenéis que saber que el asesinato tuvo lugar en la calle Verziere de' Frari, a pocos pasos de la casa de un hornero. Las sospechas se dirigieron contra este hombre, conocido además por su carácter peleón y violento. Las autoridades policiales practicaron un registro del local, encontrando una funda que se adaptaba perfectamente al punzón de la herida. Esta pista pareció en un primer momento suficiente. El hornero fue torturado y condenado a muerte.

Entonces ocurrió lo siguiente. El miércoles pasado, el día antes de ejecutarse la pena, les llegaron cartas al dux, al consejo de los Diez y al tribunal de la Quarantia, en las que se proclamaba la inocencia del hornero. Se trataba de un testigo ocular, que afirmaba haber visto a Fossetti discutir con un grupito formado por tres hombres de escasa estatura y por un señor alto y delgado, con un tricornio, y con el rostro escondido tras un velo negro. En el altercado que se produjo después, el testigo ocular juraba haber escuchado hablar de libros prohibidos y de deudas sin pagar; entonces, el cantante había levantado la voz diciendo: «¡Yo no soy la persona que estáis buscando! ¡Vlaich es el responsable! Yo no tengo nada que ver». Pero ante la negativa tan contundente del cantante, el hombre del velo había sacado un punzón y se lo había clavado en el abdomen. ¿Interesante, *pas vrai*?

Imaginaos el asombro. Por desgracia, no habiendo sido posible encontrar ni al autor de la misiva ni al tal Vlaich —a propósito, existe un cantante con este nombre: se trata de un famoso castrado que de joven parece ser que gozó de la simpatía de los príncipes y hombres de la Iglesia, y también él había sido invitado en muchas ocasiones a los escenarios del teatro San Lucas, pero parece ser que no se halla en la ciudad desde hace mucho tiempo—, por lo que el hornero sufrió el castigo al que fue condenado. Como podéis imaginar, mi ánimo se ha quedado profundamente conmocionado.

Ignoro dónde os habéis escondido, pero confío en que alguno de los vuestros se ponga en contacto conmigo, de forma que pueda llevaros estas líneas que os acabo de escribir.

Adiós, es ya mediodía y dentro de poco me esperan en el palacio Venier para el

almuerzo. Me entenece el corazón el sueño de poder, en un futuro no muy lejano, postrarme de nuevo ante vuestros pies...

## XXIX. UNA CAJA DE COLORES

*Roma, enero de 1772*

U

NA CAJA DE COLORES PERMANECÍA APOYADA SOBRE la mesa, cerca de él. Cuando Heinrich se despertó, descubrió que alguien le había quitado la venda, dejándole al mismo tiempo una vela y todos los instrumentos propios de un pintor: paleta, carboncillo, pinceles, frascos de tinta, hojas para borradores, lienzos apilados unos sobre otros. Se frotó los ojos para convencerse de que no estaba soñando. Luego se puso en pie. Rozó ligeramente con los dedos una serie de pinceles de diferentes dimensiones, comprobando el estado perfecto de las puntas. ¿Qué quería decir todo eso?

Se acordó del encuentro con Boca de Ajo. No se notaba turbado por la morbosidad de su arte, más bien sentía que había sido un honor conocer a aquel hombre tan excéntrico y genial. «Creo que es indispensable una técnica de máximo nivel y un conocimiento profundo de la naturaleza para producir esas «cabezas con personalidad», como él las llamó. La quintaesencia del infierno. He visto, en los talleres que he visitado por Europa, cuadros que decían ser representaciones de furiosas brujerías o de miserias morales, pero nada me había conmovido tan profundamente.» Tenía razón Boca de Ajo, o como quisiera el diablo que se llamara ese maldito vienés. Auténtico artista es quien conoce los contrastes de líneas y los efectos de las luces en la mímica del rostro, el que sabe despertar en el público el sentimiento del terror y de la extrañeza. «Hay algo más allá de la vida que algunos artistas consiguen percibir en un instante. ¿Dónde nace su intuición? ¿Han sido prisioneros de una catacumba? ¿Han necesitado esta experiencia visual de sombras y pesadillas?»

A pesar de esforzarse en recordar algo más que pudiera igualar los infernales retratos del vienés, solo le venían a la mente los escultores anónimos que en la Edad Media habían creado las gárgolas de ciertas iglesias góticas.

Como si hubiera sido convocado por sus propios pensamientos, de entre las sombras de una galería por donde resonaba el eco de unos pasos, se materializó una sombra encapuchada de oscuro que, tras descubrirse, resultó ser Moira.

—Espero que te guste nuestro regalo. Nos ha parecido que te aburrías, así que hemos pensado en darte algo con lo que pasar el tiempo. Puesto que eres un artista... —sonrió el librero—. Material de primera calidad. Procede del estudio del pintor Mengs, amigo de nuestro caballero Winckelmann, y en el pasado nuestro fiel cliente... —y viendo que Heinrich se había quedado con la boca abierta asombrado, añadió con un gesto—. Hay tantas cosas que no sabes, querido suizo...

Una vez dicho esto, tras sacar del tabardo una lámpara de aceite y encenderla con la vela, le hizo un gesto para que le siguiera por el túnel por el que había venido. Un camino estrecho y angosto, envuelto en la oscuridad, siguiendo un itinerario con continuos giros a la derecha y a la izquierda.

—Espero que te des cuenta —protestó su guía— de que las catacumbas no son un lugar como cualquier otro. No las hemos construido nosotros, ¿entiendes? Han crecido a la vez que la ciudad, mucho antes de que empezaran las persecuciones de los cristianos. Millas y millas de galerías subterráneas que unían ciertas casas entre ellas y el Tíber, ¿lo sabías? Aunque las autoridades oficiales reinen en la tierra... *bajo* la tierra, aquí abajo, han ocurrido cosas que nadie llegaría a imaginar. Un mundo regido por otras leyes, refugio de brujas, ladrones con sus botines, vagabundos y perseguidos de todo tipo.

—Una horda de basura humana —murmuró Heinrich.

Moira se rio, evidentemente lo había escuchado. Rectificó.

—Nosotros preferimos llamarnos Confraternidad. Vagabundear es nuestra ley de existencia. Aparecer e inmediatamente desaparecer... Tenemos, y ya lo he dicho, nuestras reglas, nuestros juramentos, nuestras leyes de honor.

—Algo así como los cíngaros —dijo Heinrich con un gesto de desprecio.

—No, no, querido. Vas por mal camino. Ellos son una nación, nosotros somos una mezcla de naciones. Ellos tienen su propio idioma, nosotros los hablamos todos. Ellos son un clan, nosotros somos una asociación a la que nos acogemos libremente —concluyó subrayando las sílabas de la última palabra.

Entretanto descendían por una escalera húmeda que giraba sobre sí misma, hasta que se encontraron en una amplia sala excavada en la piedra caliza, dispuesta como un estudio de pintura. Bajo las bóvedas decoradas con pintura grisácea había columnas, capiteles y bustos de estatuas antiguas, pero la atención de Heinrich se detuvo en los numerosos lienzos oscuros que había colocados sobre caballetes o apoyados en las paredes. El joven aguzó la vista, indeciso entre acercarse o no.

—Veo que todo esto te llena de curiosidad. Y tienes razón. Esta habitación subterránea, repleta de maravillas, fue habitada durante mucho tiempo por artistas que supieron apreciarla y sacarle provecho.

—He conocido a uno, un escultor de Viena —contestó Heinrich, pensando en Boca de Ajo.

—Ah, nuestro *messer* Messerschmidt. Un auténtico talento, ¿no? Pero ha habido otros. Bajo estas bóvedas trabajó otro genio, Charles-Louis Clérisseau. ¿Increíble, verdad? También él era amigo del caballero...

Heinrich levantó la vista hacia la bóveda: el pintor había representado a un fraile orando en un claustro.

—No debes mirarlo desde esa posición. Ponte en esta esquina —le dijo riendo

Moira, sujetándolo por una manga—, y ahora mira de nuevo.

Era verdad. Desde la nueva perspectiva, lo que un momento antes le había parecido un penitente, se transformaba casi por encanto en un paisaje con ruinas clásicas pobladas por enanitos, hombres y mujeres desnudos y entregados a extraños apareamientos. Algo verdaderamente dramático y, al mismo tiempo, grotesco, que a Heinrich le recordó el extraño libro de un irlandés, *Los viajes de Gulliver*, que había leído recientemente.

—¿Extraordinario, verdad? Nuestros Monigotes se prestaron de muy buena gana a ser sus modelos. Pero el artista que más les entusiasmó, y pasó aquí abajo a formar parte de la leyenda, fue un pintor procedente del norte de Italia, que estuvo aquí entre nosotros hace unos sesenta años. Un gran personaje. Sobre los caballetes puedes contemplar algunos de sus estudios...

Heinrich los examinó con un escalofrío creciente. Sobre un fondo oscuro y negro resaltaban escenas inverosímiles: enanos con sonrisas maliciosas, que peleaban ferozmente, con las gargantas abiertas por mordeduras, los rostros chatos trastornados por el odio, los ojos inyectados en sangre, los labios babosos: liliputienses ridículos que maltrataban gatos y conejos con feroces suplicios. Pero lo que más le impresionaba era la lascivia pintada en sus rostros mientras se ocupaban en aquellas crueldades inauditas. Y por si eso fuera poco, un gallo crucificado y una turba de hombrecillos desnudos arrodillados en oración ante él, otras enanas descuartizadas y laceradas por mastines, un sapo sentado en un trono rodeado de lacayos deformes... Una habitación en la que una joven dormía abrazada a su gatito, y un grupo de enanos desnudos a punto de saltar dentro por la ventana abierta. Y todo con un fondo negro, espectral, repugnante.

De nuevo, le pareció que Moira le había leído el pensamiento, porque añadió:

—Sí, probablemente este ha sido el artista que mejor ha conseguido capturar el auténtico espíritu de nuestros hermanos Monigotes. ¿No te parece? Aquí abajo se pueden pintar cosas que serían inconcebibles en un estudio a plena luz del día... —se rio y el eco de su risa resonó por toda la bóveda.

## XXX. EN EL SALÓN DE FUMADORES

*Venecia, mayo de 1768*

**E**N EL SALÓN DE FUMADORES DEL PALACIO CANZIANI —sobre las consolas y entre los sofás dorados se observaban estatuillas de ébano representando figuras alegóricas, y en el centro había sillones lacados con formas excesivamente elaboradas para el gusto de Winckelmann—, los criados habían preparado las mesas de juego para el sacanete y el bisbís. El caballero tuvo que aceptar un desafío de Ermanno Protasi. Intentó concentrarse. «Necesito solo una pizca de fortuna, y después que el diablo me lleve», pero el ruido de las charlas a su alrededor le distraía.

—Los jesuitas han terminado con el comercio de tabaco y cacao... En Francia ya no pueden seguir ejerciendo.

—Lástima, desde China el padre Aloisio me había traído una raíz prodigiosa que llaman *ginseng*.

—He oído hablar de ella. ¿Es cierto que rejuvenece?

—Bueno, seguramente no otorga la inmortalidad, pero sí es verdad que hace que uno se sienta más sano y alegre. Y en la cama hace prodigios...

—A mí, para esas cosas, me han recomendado la gelatina de víbora de monte.

—¡Anda ya! Lo bueno es el miembro del ciervo, o si no, sus cuernos. ¡Porque eso sí que es un animal hecho de lujuria!

—Tonterías, queridos señores. Basta con inhalaciones de fuego de láudano, incienso, cinamomo y azafrán...

Todos miraban a Winckelmann con conmiseración. Había perdido otra vez. Johann Joachim contempló desconsoladamente sus propias cartas. Oyó el sonido de los dados, que poco antes habían sido agitados en el cubilete de cuero para luego dejarlos caer sobre el tapete verde. Escuchó a uno de los presentes susurrar una broma sobre él.

—El que es gilipollas es su juicio.

«Probablemente los dados estaban trucados, y tú, estúpido, ni siquiera has estado pendiente. ¿Y ahora cómo pagarás?», se dijo, sintiéndose aplastado. Sabía que si no se libraba cuanto antes de aquella situación que tanto parecía divertir a Ermanno Protasi, no sólo se le paralizaría la digestión, sino que también se vería comprometida su facultad de pensar con lucidez. ¿Qué sería de él, de su reputación? Se convertiría en el hazmerreír de media Europa... Sí, claro, siempre era mejor el cotilleo susurrado a sus espaldas que una acusación formal de tráfico de libros prohibidos, o incluso la prisión por sodomía y blasfemia... Pero, en cualquier caso, ¿cuánto podría resistir

con aquel peso que le oprimía el alma, cada vez más pesado conforme pasaban los días?

Johann Joachim estaba a punto de levantarse impetuosamente de la mesa, decidido a buscar una excusa antes de que le volvieran a dejar en ridículo, cuando la lenta atmósfera de la sala quedó levemente turbada por la entrada de un paje. Era un hombre de edad avanzada, con una telaraña de arrugas sobre el rostro oscuro, que acentuaba su aspecto desagradable. Su librea mostraba unos desgatados colores pálido, los zapatos sucios, las hebillas sin brillo. Bajo el brazo llevaba descuidadamente un tricornio deformado por el uso y la dejadez. La reverencia ante el dueño de la casa resultó forzada, con la poca gracia de un mal actor o de quien se siente obligado a ello. Johann Joachim no supo si alegrarse o hundirse todavía más en su pena, cuando el conde Paolo anunció en voz alta que acababa de llegar un mensaje para él. De repente, en el momento de silencio que se hizo en la sala, el caballero se sintió que las miradas de todos los caballeros allí presentes se posaban en él, sobre todo la de Protasi, cuyos ojos le atravesaban como un puñal.

Johann Joachim ocultó mal su sorpresa, levantándose del sillón demasiado pronto, pero en aquel momento lo único que le importaba era alejarse de la mesa de juego. Así que, tras susurrar un «con permiso» a sus compañeros de mesa, dejó la sala de fumadores con grandes zancadas, seguido por aquel paje tan desaliñado que sin duda se trataba de un impostor. Los dos se apartaron a una esquina del salón comedor, donde los cinco o los seis servidores encargados de levantar la mesa tras el banquete parecieron no percatarse de su presencia.

—Bien, ¿quién te manda? —le preguntó Johann Joachim en voz baja, pero con un punto de aspereza, para mantener la distancia también física que les separaba. Además del aspecto poco tranquilizador de aquel hombre, le desagradaba el olor a rancio del traje, que parecía haber salido tras muchos años del fondo de un húmedo baúl.

—Si vuestra excelencia lo permite, tengo que entregarle personalmente este mensaje —respondió el paje, al mismo tiempo que sacó de debajo del tricornio un sobre, no muy grande, y lo entregó con poca gracia, como un objeto del que quisiera desprenderse lo antes posible.

Con no pocas dudas, Johann Joachim se decidió a acercar sus manos al sobre, sintiéndose palidecer cuando reconoció el sello de lacre rojo grabado con una moneda y, sobre todo, la caligrafía inconfundible con la que estaba escrito el nombre del destinatario: las letras delgadas y puntiagudas de Moira, con sus extremidades marcadas con unas gotitas de tinta. «¿No terminará nunca esta terrible persecución?» Lo maldijo en silencio y finalmente tomó el sobre con desaire, casi arrancándoselo al paje. En su mente imaginó miles de opúsculos flotando sobre la superficie de la laguna, empujados por todas las corrientes del mundo.

—¿Quién te ha dado este sobre? ¿Quién es tu dueño? ¡Habla! —insistió Johann Joachim, esforzándose por controlar la voz pero no el temblor de sus manos.

El hombre ensayó torpemente una reverencia.

—Perdóneme, excelencia, pero no lo sé —contestó—. Esta noche, en la calle de Fornari, volvía con las medicinas a casa de mi amo —explicó mostrando la pequeña ampolla y la cajita que guardaba en un bolsillo del uniforme—, cuando se me acercó un caballero desconocido, que me encargó que le entregara este sobre. Excelencia, yo no rechazo una propina por unos servicios que suponen tan escaso esfuerzo, sobre todo cuando la casa del señor conde me pilla de camino —hizo una pausa, y luego añadió—. Obviamente, siempre que se trate de un encargo honrado, que no infrinja las leyes.

—¡Eso es! —prorrumpió Johann Joachim, sarcástico—. ¿Y cómo era ese caballero? Un señor delgado, ya entrado en años... —se interrumpió un instante, dándose cuenta sólo en ese momento de lo difícil que resultaba ofrecer una descripción de Moira: un viejo de aspecto huidizo, con rasgos vigorosos y rudos que, sin embargo, no le impedían adoptar una cierta educación conciliadora en los gestos, fruto sin lugar a dudas de su arte embaucador. Por otro lado, ¿quién le aseguraba que aquel paje no estaba asociado con el impresor, exactamente como el vagabundo de la posada del Tejón? «Debes estar atento, Johann Joachim, ¡muy atento!»

—Era ya de noche, excelencia, cuando se me acercó el caballero. Pude apreciar que no era muy alto, no, pero poco más. Al principio incluso sentí algo de miedo, porque iba vestido completamente de negro, con un sombrero que le cubría buena parte del rostro. No tengo ni idea de quién se trataba, señor. De todos modos, si hubiera sido un malhechor me hubiera dado cuenta, ya sabéis, algo en sus movimientos le hubiera traicionado... Y en ese caso, como ya os he dicho, me habría cuidado mucho de aceptar el encargo... —aquel miserable mantenía la mirada baja, pero hubiera jurado que, de soslayo, estudiaba atentamente las reacciones de su interlocutor.

Johann Joachim abrió el sello del sobre con un dedo, pero interrumpió el gesto casi consciente de extraer la nota, porque el paje no se había movido ni un palmo.

—¿Qué más? Ah, claro —dijo, tocándose un bolsillo, y a su pesar tuvo que desprenderse de los últimas monedas que le quedaban. El paje esta vez acentuó la reverencia, y se detuvo con una sonrisa en la que asomaban los pocos dientes dañados que le quedaban. Ya se estaba despidiendo cuando Johann Joachim le preguntó—. ¿Se puede saber, al menos, cómo te llamas?

—Expedito, excelencia. Como el santo... —se le escapó una risita, luego giró sobre sus talones y se alejó hacia la salida.

Johann Joachim se volvió hacia la pared para evitar las miradas inoportunas y al mismo tiempo sacó el contenido del sobre. Allí había otra copia de aquel maldito

opúsculo. Lo había adivinado desde que lo tocó por primera vez con las yemas de los dedos: esas dimensiones, ese grosor particular del papel...

Movió la cabeza con la mirada incrédula. De repente, se le pasó por la cabeza la sospecha de que Moira hubiera mentido, de que hubiera impreso un mayor número de copias para distribuir las en las ciudades del norte. ¿Y si algún noble veneciano ya tenía el opúsculo y ahora, sabiendo que se hallaba en la ciudad, se lo hubiera enviado para avisarle o..., para amenazarle?

Trató de calmarse y acercó el candelabro para leer mejor la nota que había entre las páginas del opúsculo intonso: «El caballero Rolando Vlaich tiene una comunicación urgente para vos y se sentirá muy dichoso de ver a vuestra excelencia, allá donde el mar propicio y las mejores naves garanticen un viaje seguro camino de Roma.» ¡Maldición! ¿Y qué tenía ahora que ver Vlaich?

—¿Todo bien, excelencia? Espero que no se trate de malas noticias —le sobresaltó una voz a sus espaldas. El dueño de la casa se acercó con discreción, deteniéndose a cierta distancia cuando *advirtió* algún grave problema en la palidez del rostro de su invitado.

—Oh, las molestias habituales que acompañan siempre a las responsabilidades —respondió Johann Joachim con vaguedad, mientras intentaba introducir el opúsculo y el sobre en el bolsillo de su chaqueta, con la misma expresión de un niño al que hubieran pillado robando en una despensa.

—¿Dónde está mi secretario? —preguntó tras una breve pausa—. He de marcharme inmediatamente. Tengo... tengo que revisar una expedición de restos arqueológicos que se dirigen a Roma, pero han surgido problemas con las naves. Parece que no serán embarcados en Venecia sino en... en...

—En Trieste —concluyó el dueño de la casa por él, asintiendo.

—Sí, en Trieste... —Johann Joachim inclinó la cabeza como en señal de rendición y respiró profundamente.

## TERCERA PARTE

*O me pongo a veces a gritar detrás de un establo*

*como un licántropo, y ellos se mueren del susto.*

*Corren a por tocino y me mandan un buen trozo de carne.*

*Anónimo polaco, Peregrynacja.*

## XXXI. ¡LA FIESTA! ¡LA FIESTA!

*Roma, febrero de 1772*

**L**a fiesta! ¡La fiesta! —gritaban dos hombres arrastrando en volandas a Heinrich por un terreno accidentado, hasta un claro donde corría un frío aire desagradable. Le quitaron la venda. El joven se encontró sentado sobre un sillón de satén carmesí. Había otros, todos dispuestos en semicírculo, como en la platea de un teatro. Mientras sus ojos se acostumbraban a la luz de las antorchas, Heinrich miró a su alrededor: estatuas romanas y columnas corintias. En una esquina el armazón de una carroza sin ruedas. Más allá, entre las sombras, enanos y lisiados.

—¿Qué sucede aquí? —le preguntó a Sebastian.

—Los Linterneros te mostrarán algo que seguramente te interesará —respondió el jorobado, secamente.

—¿Los Linterneros? ¿Quiénes son?

Sebastian resopló, sentándose en el sillón cercano.

—Miembros de la Gran Confraternidad: ambulantes, como los Herradores, los Cuchilleros, los Llaveros, los Tijereros...

—¿Venden linternas?

El jorobado soltó una carcajada.

—Venden imágenes vivas, ¡suizo, estúpido! ¿Nunca has oído hablar de linternas mágicas?

«No me atrevo a decir una palabra más. Debo haber quedado como un estúpido. Pues claro que en más de una ocasión oí contar que en Italia los jesuitas habían introducido en los espectáculos luces con figuras en movimiento, que producían el efecto de la vida... Pero pensaba que estos instrumentos eran privilegio de unos pocos. No se me habría ocurrido nunca que unos andrajosos o unos simples ambulantes estuvieran provistos de ellos. Bueno, que se ría Sebastian, mientras tanto disfrutaré de estos momentos de descanso en mi forzada ceguera.»

Se le acercó un hombre pelirrojo y de largas orejas, con el pecho al descubierto, tan peludo que parecía un mono. Tiraba de una gran caja de madera apoyada en un carrito con ruedas. Esperó un gesto de Sebastian, y luego miró a Heinrich con expresión melancólica, como si no estuviera seguro de que el prisionero fuera verdaderamente digno de contemplar su tesoro.

Cuando Sebastian hizo una señal de asentimiento, el hombre de las orejas largas abrió la caja. Dentro se hallaba un artilugio metálico lacado en negro y oro, con dos puertecillas correderas, a través de cuales introdujo cuidadosamente una lámpara de

aceite. A continuación metió por una ventanilla horizontal una lámina de cristal pintado que había tomado de una cesta que colgaba del carrito.

Heinrich, hechizado, miraba el abrir y cerrar de las puertecillas y el rayo de luz que provenía del interior. Oyó el misterioso chisporroteo producido por el metal mientras se dilataba por el calor. En la bóveda de la gruta se animaron misteriosamente bosques alpinos azotados por una tormenta de nieve, un sendero accidentado por donde corría una diligencia, destellos de una noche veneciana, el amarillo de las túnicas de los condenados por el tribunal de la Inquisición... El joven aguantó la respiración, presa de una emoción incontenible, no sólo por la fantasmagoría de las imágenes, sino sobre todo por la escena absurda que se desarrollaba a su alrededor: porque en aquella catacumba, increíblemente decorada como si fuera un teatro, un pueblo de enanos y lisiados se había acomodado en los sillones a su alrededor y aplaudía con guiños de asombro el espectáculo ofrecido por el Linternero. «No sé si es verdad lo que veo o si estoy soñando. Claro que, si se trata de un sueño, jamás había tenido ninguno tan raro.»

Lo que le turbaba todavía más era el hecho de que el hombre con el turbante, cuya imagen en aquel momento estaba siendo proyectada en la bóveda de piedra caliza — ataviado con una bata, inclinado sobre libros abiertos y cartapacios, que se podían imaginar polvorientos—, tenía sin lugar a dudas la expresión desencantada del rostro de Johann Joachim Winckelmann, exactamente como Heinrich lo había visto representado en algunas ocasiones en los cuadros del gran Mengs.

Le habría gustado pedir explicaciones a Sebastian que, en cambio, estaba distraído con algo que ocurría en una de las galerías laterales: gente corriendo, exclamaciones de alegría, y de repente un nerviosismo que sacudió a todos los allí presentes.

—¡Ya llega! ¡Te lo dije, suizo! —le gritó en los oídos Sebastian, mientras corría como todos los mendigos hacia la salida de la galería principal.

—¿Quién? —preguntó Heinrich, pero nadie le hizo caso. «¿Para qué dignarse en responder a mis preguntas?»

El griterío se detuvo al instante, y los rostros se contuvieron en una actitud respetuosa cuando apareció el grupo de los Bastoneros, armados con escopetas y pistolas, seguidos por cuatro negritos con trajes blancos que llevaban a hombros un canapé revestido de brocado rosa. Por último, venía un personaje cubierto con velo en un resplandeciente traje de ceremonia. El tipo en cuestión avanzó hacia Heinrich, saludando mientras tanto a la multitud de los pordioseros que se inclinaban a su paso. Llevaba una capa de terciopelo rojo bordada con encajes negros, sobre un traje de color violeta con pasamanerías doradas, una espada en un costado, pesada y corta, y en la cabeza un tricornio gris del que colgaba un velo de luto que le cubría el rostro. El joven intuyó que tenía que tratarse de alguien con funciones de mando sobre todos

ellos.

El desconocido se acomodó en el canapé que los cuatro sirvientes negros habían colocado entre los sillones. Con la derecha enfundada en un guante, delgada y fina, hizo el gesto de imponer silencio. Heinrich apenas se atrevía a mirarlo, preguntándose cómo debía comportarse, ya que sabía que su salvación estaba en juego.

—Este es el suizo —tomó la palabra Sebastian, indicando a Heinrich—. Sostiene que ha bajado hasta aquí por razones artísticas, dice que estudia para ser pintor... —dijo entre risas.

—Es un placer conocerlos —dijo el desconocido, levantando el velo: mostró un hermoso rostro de joven mujer, con el pelo clarísimo, rubio cenizo, muy corto.

Heinrich se quedó con la boca abierta. ¿Entonces, esa era la Comendadora?

—Pues tenéis que ser un artista bien raro para bajar a estos subterráneos... —dijo bruscamente la desconocida, vestida con trajes masculinos, mirando al prisionero de la cabeza a los pies—. Os halláis en un territorio alejado de los caminos conocidos. Generalmente se afirma que la pintura necesita luz, y aquí abajo, entre nosotros, la luz no es algo que reine en abundancia. Oscuridad tenemos mucha, en cambio, y la oscuridad para quien no conoce sus secretos puede resultar muy peligrosa...

—Y mucho más para quien va desarmado —añadió en tono amenazador un tipo feo que se encontraba tras él—. Ya veis cómo lo hacemos nosotros: con una escopeta al hombro y una pistola en la cintura. Para estar listos ante cualquier eventualidad.

—Sin desmerecer los viejos cuchillos —continuó otro, sacando un puñal de una funda colgada de la correa. Los cuatro negros parecían divertirse mucho, exhibiendo una enorme sonrisa de dientes blanquísimos.

—Venga ya, Matasiete, envaina tu puñal, y vosotros, dejad de reiros —les interrumpió la señora sonriendo—. ¿Acaso no veis que el joven suizo se ha puesto más pálido que una sábana? Es un joven sensible, nuestro artista... Sans-Peur, ¡dale de beber un poco de tu licor! —ordenó dirigiéndose a una mujer con la piel oscura, que hasta aquel momento Heinrich no había visto.

La negra, que tenía el rostro marcado con una enorme cicatriz y las orejas cortadas, dio un paso hacia adelante, sacó de su corsé un frasco plateado, desenroscó el tapón y se lo entregó al suizo que, tras mirar a su alrededor con aire asustadizo, bebió un sorbo. Muy amargo y abrasador. Tosió, casi ahogándose, mientras la muchedumbre de mendigos soltaba una risa unánime.

Entonces la Comendadora levantó la mano con autoridad.

—¡Haya paz, pueblo mío! Que venga el bien para todos y el mal a quien lo busca —y con un gesto grave, pareció bendecir a los mendigos que aplaudieron felices gritando.

—¡Larga vida a Milady!

La misteriosa señora se volvió de nuevo hacia Heinrich para preguntarle su nombre exacto, edad y lugar de nacimiento. El joven contestó aturdido, enfadándose consigo mismo por la inquietud que lo agitaba. Necesitaba toda su calma para afrontar la situación. «Ya conocía a esta mujer, aunque no recuerdo ni el nombre. Pero ¿todo esto tiene un sentido escondido?» Tartamudeó que se sentía muy cansado, porque le habían tenido atado y con los ojos vendados. Se percató también de que a Sebastian le habría gustado callarle, pero una mirada de la Comendadora lo refrenó. El gesto tranquilizó a Heinrich durante un instante. «Quizás esta mujer es un ser razonable... Me tengo que esforzar para encontrar las palabras adecuadas y conmovedoras para narrar mi angustia; y preguntarle, es más, exigir saber por qué me retienen aquí sin motivo alguno.»

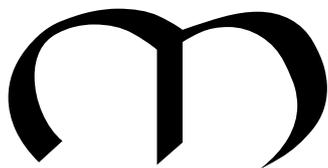
—Me siento muy disgustada por lo que os lamentáis, pero seguramente estaréis de acuerdo conmigo en que cada uno tiene que considerar sus propias desgracias como si vinieran de las manos de Dios —dijo Milady sin una sonrisa, con un aire de cortesía indiferente. Apoyaba el codo sobre el cabecero del canapé, mientras su mejilla descansaba sobre la palma de la derecha enguantada. Tras ella, la luz de la linterna mágica iluminaba de tonalidades doradas el contorno de su cabeza—. Francamente esperaba encontraros por lo menos satisfecho por las historias con las que os han entretenido —añadió—. De hecho, me dicen que estáis muy interesado en conocer lo que le ha ocurrido a cierto caballero que nuestra Confraternidad ha estado vigilando durante mucho tiempo..., ¿Habéis asistido al espectáculo de nuestro linternerero?

—Se ha quedado a medias, Milady —se lamentó el hombre con las orejas largas, arrodillándose en señal de respeto.

—Pues entonces que el espectáculo continúe.

## XXXII. MEJOR QUE ESPERE UN POCO

*Trieste, junio de 1768*



MEJOR QUE ESPERE UN POCO —PENSÓ Camillo Valle, cuando un niño vino a la posada Grande a traerle un mensaje de Winckelmann, que le quería ver enseguida en el último banco del puerto—. Que aprenda a esperar —y se dio la vuelta, bajando las escaleras con deliberada lentitud. Imaginó el enfado creciente del caballero que exigía obediencia inmediata—. Que muerda el freno de una vez por todas —se repitió de nuevo. Hacerle esperar era en este momento la única pequeña venganza que podía proporcionarse.

—¡Ese señor me ha pedido que os dijera que fuerais lo antes posible! —dijo el niño que lo miraba de abajo arriba, a los pies de la escalera. Respiraba con dificultad, era obvio que había corrido.

—¿Está nervioso? —le preguntó el joven.

—Vaya que si lo está. Me ha gritado diciendo que, si no refería al dedillo este mensaje, no me daría nada como recompensa —el niño apretaba nerviosamente el gorro de lana negra entre sus manos.

El secretario sonriendo se sacó del bolsillo una moneda.

—Esta te corresponde, de todos modos —dijo, y se la dio al niño que la cogió rápidamente, y tras un «gracias» acallado por la sorpresa, se alejó corriendo. Luego, con calma, Camillo tomó el camino del puerto.

Encontró a Winckelmann en los últimos bancos, asomado a una barandilla: muy peinado y empolvado, con el sombrero bajo el brazo, vestido elegantemente —la pechera blanca con jaretas bajo la chaqueta de seda verde—, como si viniera de un encuentro importante. A pesar de la expresión que pretendía hacer ver desenvoltura, desde lejos se apreciaba que estaba de muy mal humor.

—Hace falta tiempo para venir desde la posada hasta aquí —Camillo resopló. Mantuvo la cabeza baja, en una actitud de falsa aceptación de sus propias culpas, sin mirarlo a los ojos. Sin embargo le miró descaradamente el abdomen. Sabía que eso enfurecía al caballero, a quien molestaba esa parte de su cuerpo que se había debilitado con el paso de los años.

«Si sigue así, acabaré por parecerme a la vieja condesa De Carolis», se lamentaba a menudo, dándose pequeños golpecitos en la barriga, y envidiaba el cuerpo delgado y atlético de su joven secretario. «¿Cuál es tu secreto para no engordar?», le preguntaba a menudo con rabia.

—¿Me habéis mandado llamar? —la voz de Camillo Valle sonó tranquila, como

si no hubiera ocurrido nada.

—Sí, efectivamente, he enviado a un niño...

El joven escondió su actitud contraria y bostezó, como si se sintiera aburrido. Se miró la punta de los zapatos. Hubiera preferido que la discusión se desarrollara en la posada, porque en poco tiempo anochecería y a Camillo no le gustaba el vacío desnudo e impenetrable de la noche en el golfo de Trieste. El muro oscuro de las olas que rompían contra el muelle por la tarde le provocaba una emoción indescriptible, que le nacía al romper el mar contra los obstáculos en la orilla, por la percepción de la insignificancia humana. Además se acercaba una tormenta. A lo lejos se percibía el eco sordo y quejumbroso de los truenos.

Pero el caballero no se movía. A Camillo le pareció que era uno de esos actores que en penumbra tras la escena esperan la frase que les llama para actuar ante el público.

—Me ha asombrado no verte en toda la tarde —dijo Winckelmann, estirando el cuello de su chaqueta como si le quedara demasiado estrecha—. Tenía que dictarte unas cartas...

—Me he quedado en la posada a la espera de una respuesta de vuestro amigo Vlaich, como me habíais ordenado. Pero no ha dado señales de vida. En cuanto a las cartas, podemos escribirlas después de cenar. Aunque será mejor que nos demos prisa. En la posada Grande sirven la comida dentro de muy poco. ¿Os acordáis o no de lo que dijo el tabernero ayer por la noche? —replicó el joven, dejando a un lado lo que le había tenido ocupado en las últimas horas.

El caballero lo estudió con desconfianza.

—No me cansaría nunca de mirar el mar —murmuró al final, enfurruñado, cambiando de conversación—. La monotonía de las olas es tan obsesiva... Durante todo el día no he querido tener otra ocupación que observar todos los detalles del Adriático: por la mañana, el brillo de la bruma; durante el día, el juego de las corrientes; esta noche, la proliferación de olas grises como el plomo bajo las ráfagas de viento... Y a mi imaginación le parece que el mar está dotado de vida, y que es capaz de unirnos a él de mil formas, llamando la atención con sutiles argumentos: basta un arco iris de salpicaduras, un rayo violáceo repentino. Casi me parece percibir la gran divinidad de Poseidón, que durante todo el día no ha hecho otra cosa que hacerme preguntas, esperando a que me decidiera a actuar de alguna forma ...

«Jamás le oí un discurso semejante», pensó Camillo. «El caballero está bastante raro estos días. Primero, la interrupción brusca y sin motivos del viaje a Alemania; luego, las paradas en Viena y en Venecia, como si se siguiera un incomprensible itinerario de citas; y por último, la locura de esta estancia en Trieste con el pretexto de tener una cita urgentísima con un cierto Vlaich que, sin embargo, parece ilocalizable... y quién sabe si de verdad existe.» El joven se sentía incapaz de

soportar por más tiempo esos tonos de voz con pretendidas interrupciones, ese aire de misterio, como si Winckelmann no fuera un estudioso con la cabeza llena de extravagancias sino el protagonista de una peligrosa aventura. O quizás era cierto que algo misterioso estaba ocurriendo, por lo menos también Camillo comenzaba a creérselo, pero era tan difícil de descifrar: las medias frases de Winckelmann, su confundida y entrecortada historia de un amigo abandonado tantos años antes en las cárceles de la Inquisición romana, por una cuestión de libros prohibidos y por una posible venganza de sus parientes, hacía que Camillo se hallara más bien inquieto, sobre todo porque estaba convencido de que el caballero no le había contado toda la verdad.»

Mientras tanto se había levantado un fuerte viento. Camillo se arrebujó en su gabán ligero y sintió ganas de mandarlo todo al diablo, incluido el caballero. Se preguntó por qué no tenía el valor de marcharse él solo a la posada Grande, dejando a aquel loco alemán con sus pensamientos. Pero no fue capaz de dar un paso en ese sentido: cualquiera que fuera la inquietud que le oprimía, el anochecer y el viento fuerte y salado proveniente del mar le suscitaban una melancólica indolencia. Durante todo el día había estado de un humor de perros. ¿Efecto del mar? Quizás, de alguna forma, Winckelmann tenía razón: el mar era un extraño elemento del paisaje capaz de revivir fábulas antiguas... O tal vez, más sencillamente, le oprimía el ocio forzado de aquella insensata parada en Trieste.

Advirtió que el caballero lo miraba con una sonrisa casi enternecedora. Bien, ¿y ahora qué le pasaba? Pero en el fondo Camillo sabía muy bien en qué estaba pensando, Winckelmann se lo había confesado varias veces: a menudo la actitud torpona de su joven secretario le conmovía, porque el caballero creía que era consecuencia de su devoción hacia él. «¡Qué engañado estaba!», pensaba con rabia Camillo. Quizás fuese verdad al principio, en la época de su primer encuentro en Florencia, cuando Winckelmann preparaba el catálogo de las antiguas gemas del barón Philipp von Stosch; durante un tiempo el idilio continuó también en Roma, en la casa del cardenal Albani, en la plaza Quattro Fontane: la amable devoción de un joven fascinado por el gran estudioso, con una notable diferencia entre ellos que ambos aceptaban, porque ya se sabe, en cualquier relación amorosa hay quien ama y quien se deja amar. Y el amor unas veces eleva y otras humilla, como dice la canción. En este sentido, Camillo no se había sentido nunca verdaderamente humillado. O quizás sí, de una forma muy sutil y poco generosa de la que era vagamente consciente: ser el amante de un gran hombre pero solo en secreto, y ante los ojos del mundo, saber ponerse la máscara de secretario particular... Así durante años, aceptando con un respetuoso asentimiento de cabeza los proyectos del caballero en cuanto los exponía, siempre doblegándose dócilmente ante sus deseos. Sin embargo, desde hacía tiempo Camillo no sentía ya ningún impulso de amor. Más bien

sufrimiento, y a veces, casi odio.

—Entonces, ¿se puede saber qué has hecho realmente toda la tarde? —volvió a preguntar Winckelmann, cruzando las manos sobre el vientre.

—He reflexionado sobre una decisión muy importante que tengo que tomar...

El caballero se sobresaltó.

—¿Decisión? ¿Puedo saber a qué te refieres?

—Que quizás sería mejor que yo dejara de estar a vuestro servicio —dijo Camillo, en un tono que se esforzaba en ser paciente.

—¿Y a qué se deben los extraños pensamientos de este muchacho? —sonrió el caballero, subrayando la palabra *muchacho*, como para tratarle con despecho.

El joven intentó no tartamudear.

—No hay nada extraño. Ningún misterio. Lo que está ocurriendo desde que interrumpimos nuestro viaje hacia Alemania me está... cansando mucho.

El caballero, molesto, le hizo una señal para que se callara.

—Hablaemos después de cenar.

## XXXIII. LA LINTERNA MÁGICA

*Roma, febrero de 1772*

**L**A LINTERNA MÁGICA PROYECTABA EN EL TECHO DE la gruta extrañas imágenes, en una secuencia casi incomprensible para Heinrich —una nave, un puerto, unos mozos que cargaban castañas en grandes sacos, una carroza en el centro del bosque, una torre de guardia—, pero de repente a su espalda se elevó la voz chirriante de Moira.

—El hecho que aparece aquí ilustrado por el maestro linternero ocurrió en la frontera entre los Estados Pontificios y el reino de Nápoles. Una vez cruzada la zona pantanosa y pasada la noche en Terracina, la carroza llegó a la frontera con el reino de Nápoles. Los pasajeros eran cuatro: Winckelmann, un cantante castrado de nombre Rolando Vlaich, el pobre Marino —el paje de dicho cantante— y nuestro Tomaso, que desde poco tiempo antes había empezado a trabajar bajo las órdenes del caballero... Marchaban atestados de equipaje, porque aquel petimetre de Vlaich había sobrecargado la carroza de vestidos y sombreros, y circulaba con lentitud por los caminos de montaña. Pero lo más grave era el hecho de que en el suelo de la carroza se había dispuesto un doble fondo que escondía mercancías prohibidas: libros franceses. Para los libreros napolitanos, maltratados por la censura, se había convertido en una práctica corriente introducir a escondidas los libros del *Índice*. Posteriormente, para no exponerse ni solicitar las oportunas licencias, que el virrey y los sacerdotes no habrían concedido nunca, los imprimían en talleres clandestinos, con fechas diferentes o rótulos de lugares ficticios: Babilonia, Nueva Armonía o Casa del Diablo. Era fácil inventar el nombre de una ciudad imposible de hallar... El centro de reparto de los libros prohibidos era Livorno. Allí no se inspeccionaba nunca la mercancía que llegaba de Inglaterra o de Holanda, los aduaneros cerraban un ojo, y a veces los dos, sobre todo, si se pagaba su distracción...

Por fin Heinrich entendía lo que significaba el dibujo de las castañas: *marroner* se llamaba en Francia a trabajar en una edición clandestina... ¿Cómo es que no lo había pensado antes? Y claro que había visto una vez en el convento de San Gallo el *Index librorum prohibitorum*, que llevaba en la cubierta la ilustración de un montón de libros, que formaba la imagen de una castaña apoyada sobre un brasero en ascuas...

—La mercancía, dirigida a los Estados Pontificios o a Nápoles, se cargaba en las carrozas de ciertas personas importantes que cruzaban las fronteras con frecuencia. Por ejemplo, los castrados con ganancias sustanciosas...—continuó la voz de Moira—. Había un amigo de Winckelmann, un cantante que iba por todos los teatros de ópera del continente, desde Polonia hasta Londres o Venecia. Ese tipo se había

enriquecido de forma extraordinaria con el contrabando y había convencido también a Winckelmann para que participara en el negocio, porque la prohibición aumentaba sin medida el valor de ciertos libros, y había gente dispuesta a desembolsar cifras enormes por los *philosophes* franceses...

Aparecieron otras imágenes en las que Heinrich reconoció el colegio romano, la sede del tribunal de la Santa Inquisición, y luego a los penitentes con la túnica amarilla de los herejes, y a un hombre que, con una extraña espada que parecía una cruz, golpeaba la cabeza de un soldado.

—Durante el registro de la carroza de Winckelmann fueron descubiertos algunos volúmenes de Voltaire. Naturalmente, *una aguja delgada, pronto se quiebra*, y la culpa recayó en el paje y en el secretario. El cantante y el caballero eran intocables, con poderosos protectores. En cambio, Marino y Tomaso fueron conducidos hasta Minerva y sometidos a torturas...

La voz de Tomaso lo interrumpió, llena de rabia.

—Vi morir a Marino. Tenía el rostro desfigurado, porque le habían cortado los labios al acusarle de blasfemia. Mientras lo arrastraban hasta la tortura, luchaba contra los guardias, y agarró un crucifijo que colgaba de una puerta y dio a un soldado un golpe tan fuerte que le abrió la cabeza en dos. Tras la sentencia, nos llevaron delante del castillo de Sant'Angelo, vestidos con aquella horrible túnica amarilla que nos habían colocado en la cárcel de Minerva. A él lo empujaron hacia el cepo, pero el golpe del hacha no fue certero, porque Marino no le había dado propina al verdugo y el hachazo, en consecuencia, no le arrancó la cabeza de cuajo. El torturador terminó de mala manera su trabajo con la espada. Vi su cuerpo arrojado sobre la leña, a los frailes ocupados en encender el fuego, y la lluvia que apagaba las llamas y formaba una columna de humo. Fueron las últimas cosas que vi, porque inmediatamente después aquel verdugo me metió dos hierros candentes en las cuencas... —la voz se le volvió ronca por la emoción del recuerdo—. ¡Malditos quienes fueron la causa de mis sufrimientos!

—¡Maldición! ¡Maldición! —repitió al unísono la congregación de pordioseros que le rodeaba.

## XXXIV. CANCIÓN DEL TRAIADOR

*Roma, diciembre de 1756*

**C**ANCIÓN DEL  
TRAIADOR

Sí, tú vivirás; morirá el  
amigo honesto  
que gastó su vida preservando la tuya.  
Si, tú vivirás; por tu camino funesto  
todavía la muerte no extendió el ropaje  
negro.

Tú no pasaste como una estrella  
favorable  
a limpiar una lágrima, un dolor.  
¡Tú vivirás! Tu huella otorga la  
desdicha,  
¡y desapercibido pasa el traidor!

CANCIÓN DEL PATÍBULO  
Me despido, hacha fatal,  
de la ley el símbolo supremo,  
de las culpas castigo solemne, mi  
esperanza y consuelo extremo.

Tú que veloz igual que un destello  
empujas al hombre al seno de la nada.

CANCIÓN DEL DÍA DEL CASTIGO  
Cuando mi día llegue a la noche  
arrojad mi cadáver a la alcantarilla:  
¡Malditas! Oraciones no necesita  
el árbol roto por el temporal de la ría.

*Papel volante.*

*Impreso en Roma, diciembre de 1756.*

## XXXV. UN CHAPARRÓN REPENTINO

*Trieste, junio de 1768*

U

N CHAPARRÓN REPENTINO DE LLUVIA HELADA. Los dos rápidamente se dirigieron corriendo hacia los soportales, pero no pudieron evitar mojarse los vestidos. Envuelto en un gabán frío por la lluvia, que ahora le molestaba, Camillo maldijo al caballero. Despotricando a media voz se dirigió hacia la posada Grande, sin prestar atención a si Winckelmann lo seguía: que se fuera al diablo, él con todos sus misterios.

Bajo los soportales adyacentes al puerto, en los talleres abiertos, todavía se trabajaba a la luz de quinqués humeantes: sentado en un taburete, un artesano con un delantal manchado sujetaba entre las rodillas un pequeño telar, en el que estaba terminando de trenzar el cabello de una peluca; un zapatero empalomaba hilos; el aguador lavaba vasos en un tonel; un vendedor de peines ponía en orden su mercancía, entre la que sobresalía un gran colmillo de elefante y un amplio surtido de cuernos.

A las ventanas del callejón de la Fame se asomaban mujeres excesivamente maquilladas, algunas vestidas con túnicas adheridas al cuerpo, y otras con estrechos corsés ajustados, pero todas con notables escotes y exhibiendo su cuerpo, listas para el ejercicio nocturno de su oficio. Una de ellas, arreglada a la manera turca con un turbante de tela rosa, mostraba unas tetas enormes apenas cubiertas con un chal de gasa. En un zaguán, a la luz de un quinqué inestable, un par de muchachos aburridos mascullaron algo y se rieron ruidosamente. Unos marineros, que bajo un pequeño soportal intentaban resguardarse de aquella lluvia fuerte y sesgada, parecían pensarse aquellas ofertas vulgares.

El caballero caminaba absorto en sus pensamientos, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor, salvo para evitar pisar la basura que se acumulaba en el suelo.

El viento barría la calle, con una fuerza tan violenta que ni siquiera parecía natural y un quejido que parecía el grito de un ser desencarnado. Algunos mendigos se agolpaban en un cruce: enanos de expresión ridícula. Camillo se estremeció. El recuerdo de aquella noche, cuando su carroza se detuvo en Aquileia, palpitaba todavía en su mente como el resplandor de un relámpago...

Había sucedido tras una tarde de calor sofocante que incitaba a la pereza, y arrastraba con él los deseos y las energías. Fue el enésimo misterioso accidente que había alterado aquel desastroso viaje: se había roto el eje de las ruedas anteriores y la carroza se tuvo que detener forzosamente. Naturalmente el suceso había acentuado el malhumor del caballero. Y es que, desde que se habían marchado de Roma, unas

semanas antes, todo parecía ir del revés. Camillo se había dado perfectamente cuenta de que en Johann Joachim Winckelmann se agitaba un sentimiento de alarma cada vez más fuerte, como si un oscuro terror le torturara el espíritu.

En espera de que la avería quedara arreglada, se habían marchado a dar un paseo por el campo, por detrás de la basílica. La extensión de hierba brillante salpicada del violeta de la lavanda marina pareció tranquilizar a Winckelmann por un instante. Arbustos y dunas, pantanos de lodo negro, un riachuelo que se abría camino con dificultad hacia el mar... Las charcas de agua salada que quedaban en las depresiones del terreno aparecían cubiertas por una espesura de hierbas palustres. Y, en lo más alto, la inmensa bóveda del cielo atravesada de vez en cuando por una bandada de pájaros salvajes con el cuello extendido, batiendo vigorosamente las alas. Al finalizar aquella zona pantanosa, un mar azul sin olas en el que se mecían algunas barcas de pescadores, se entreveían a lo lejos las estructuras de algunos armazones de cañas sobresaliendo de la superficie y destinados a la pesca nocturna. Aquella soledad emocionante, tras el ruido y el frenesí de los breves días venecianos, parecía haber reconfortado al caballero, que insistió en descender hacia unas ruinas romanas que un grupo de cazadores con chaquetas azules y verdes le indicó: una doble fila de cipreses negros bordeaba el sendero que llevaba hasta allí.

Nadie en los alrededores.

—Los campesinos de por aquí se mantienen alejados de las ruinas —les dijo un viejo sacerdote que encontraron en un cruce: un rostro caprino de sátiro, con orejas puntiagudas bajo una peluca enmarañada y los pantalones negros metidos en unas botas de caza—. Sabed, monseñores, que esta es tierra de supersticiones. Un lugar en el que perduran las influencias diabólicas o de alguna antigua maldición... —a Camillo le parecía que el viejo se reía ambiguamente con secreta satisfacción, mientras pronunciaba aquellas palabras antes de alejarse.

El caballero y el joven estaban más bien acalorados cuando se adentraron en la galería de los cipreses. Los troncos rectos tenían el aspecto de columnas y las oscuras copas eran tan densas, debido al trenzado de las ramas, que parecían una auténtica construcción.

—Tengo casi la impresión de recorrer la nave principal de un templo... —dijo Camillo en voz baja. El olor de las ramas de los cipreses era muy intenso y los pies pisaban el terreno sin ruido, como posándose sobre una espesa alfombra. Winckelmann asintió.

Se sentaron, apoyando la espalda en una antigua columna que yacía derribada, oculta entre enredaderas.

—Sería interesante explorar esta zona. Debe haber enterrados valiosos tesoros —dijo el caballero, también él en voz baja. Parecía cansado, a disgusto—. ¿No te da también la impresión, Camillo, de que alguien nos está observando? Como si este

lugar tuviera cien ojos...

El joven secretario levantó los hombros. Estaba a punto de responder que se trataba de una sensación habitual en los lugares donde se percibe todavía la presencia del pasado, pero se quedó paralizado por un detalle que poco antes había pasado por alto... A veces se experimentan sensaciones que duran un instante; un momento basta para darse cuenta de la llamada de invitación que supone algún pequeño detalle: una pincelada del paisaje, la cinta en el pelo de una aldeana por un sendero polvoriento, la forma retorcida de un árbol desnudo que se perfila en un atardecer acalorado.

Se trataba de una estela funeraria cubierta de musgo que sobresalía en el terreno. Una lámina de metal repujado y ennegrecida por la intemperie que reproducía un jovencito se soltó de la lápida, mientras la uña del caballero rascaba unas manchas de liquen. Leyó:

—Pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.

Camillo vio que Winckelmann empalidecía. El caballero susurró.

—Esta inscripción la han puesto aquí para mí.

—¿No os parece que estáis exagerando? Es una simple frase de la Biblia. Y además, mirad la capa de musgo que cubre las lápidas. ¡Quién sabe cuántos años debe tener! Si los estudiosos del pasado se comportaran como vos...

—En arqueología sucede como en la vida —le interrumpió Winckelmann—. Se encuentra solo lo que se busca —y luego añadió a regañadientes—. La gente suele llamar *casualidad* a lo que no entiende. Pero la casualidad no es otra cosa que una serie de misteriosos efectos. Los antiguos la llamaban moira, destino... —viendo el gesto de suficiencia en el rostro de su secretario continuó—. ¿Tú juegas al ajedrez, no? Eso es. Camillo, intenta imaginar que eres uno de los peones y que tienes, por alguna virtud secreta, la repentina posibilidad de preguntarte qué es lo que significa tu actual posición en el tablero de ajedrez. Pues bien, yo en este momento me siento así...

Pero no fue este pensamiento lo que había interrumpido el descabellado discurso del caballero, cubriéndole de sudor la frente y haciéndole ruidosamente tragar saliva. Había sido otra cosa: un terceto de enanos, sucios duendes de narices enrojecidas, que había salido de no se sabía dónde. Tambaleándose sobre sus cortas piernas, los tres se acercaron sujetando sus sombreros para pedir limosnas, en un ridículo batiburrillo de idiomas y entonando una oración con voces quejumbrosas. Camillo se buscó en el bolsillo a tientas una moneda y la arrojó al terceto, provocando abundantes y agudos: «¡Benedicid a vuestra señoría!». También el caballero hizo el mismo gesto, pero aquí ocurrió algo incomprensible: el que parecía el más viejo de los tres alzó su rostro monstruoso hacia Winckelmann, movió con repugnancia su propio sombrero, arrojando al suelo el dinero que le había dado y le escupió, profiriendo injurias. En

ese mismo instante los otros cambiaron de actitud y, con menosprecio, retrocedieron, alejándose a una velocidad que Camillo nunca hubiera creído posible por su corta estatura.

—¡Ajustaremos las cuentas en Trieste! —le habían gritado de lejos...

## XXXVI. LA CARROZA SIN RUEDAS

*Roma, febrero de 1772*

**L**A CARROZA SIN RUEDAS, QUE YACÍA TAMBALEÁNDOSE en una de las esquinas de la gruta, era el lugar donde habían encerrado a Heinrich, tras un gesto de la Comendadora. Sebastian le había hecho una señal para que se mantuviera tranquilo y esperara, y luego había corrido las cortinas.

Heinrich palpó a su alrededor con las manos, notó los cojines rotos y la humedad del asiento de cuero. Pero por suerte el interior del vehículo era espacioso, y podía extender cómodamente las piernas. Además, no estaba atado, ni le habían cubierto la cabeza. El joven acabó sintiendo cierto consuelo en que le dejaron solo durante un rato. Estaba cansado, y ni siquiera se dio cuenta de que caía en un sueño. Soñó que había muerto. Se vio a sí mismo tumbado sobre un catafalco, con una mosca que zumbaba alrededor de su boca inmóvil. Una sábana blanca le envolvía los brazos y las manos. Algo le saltó encima oprimiéndole el pecho. Levantó con mucho esfuerzo la cabeza y, en un primer momento, vio solo una masa de pelos negros muy enredados. Después, afinando la vista, se dio cuenta de que era un ser de extremada delgadez, como un esqueleto, terriblemente peludo, con las mamas colgando: le miraba fijamente con dos ojos amarillos en los que brillaba una expresión de profundo odio y acercaba a su garganta manos cubiertas de pelos oscuros, como el resto del cuerpo, y provistas de garras.

Se despertó gritando, acompañado por la terrible certeza de que seguía siendo prisionero. Se sentó sin hacer ruido y, moviendo con mucho cuidado una de las cortinitas, espionó el exterior con cautela.

La gruta, donde antes se había desarrollado el espectáculo de la linterna mágica, estaba vacía y sin sillones. En el centro del espacio vacío había ahora una pequeña mesa en la que estaba apoyado un barreño negro, y alrededor se sentaban tres viejas envueltas en amplias capas negras. Como si no esperaran otra cosa que su despertar, tres horribles bocas sin dientes rieron, tres manos huesudas hicieron a Heinrich el gesto de que lo aguardaban.

Sin embargo, Heinrich necesitó un poco de tiempo para dejarse convencer y salir de la carroza. «Las tres brujas de Macbeth. Las tres Gracias. Las Parcas...» Se acercó a la mesa tambaleándose. Una de las viejas se inclinó hacia adelante para susurrarle:

—¿Quieres saber lo que te está ocurriendo, suizo? Preguntas. Explicar los enigmas es nuestra especialidad...

Las otras dos no miraban a Heinrich, sino que tenían la mirada fija en la bóveda de la gruta, repitiendo una cantilena incomprensible con voz monótona.

—Acabo de ver a un ser demoniaco —tartamudeó Heinrich—. Era tremendo, peludo, y se hallaba sobre mi pecho, me aplastaba horriblemente. Un ícubo tremendo...

—Cuidado con tus palabras, suizo —se rio la segunda vieja, rascándose la barbilla con una uña larguísima—. Los demonios amorosos son machos o hembras, según la persona con la que se relacionan. Con las mujeres, tienen un aspecto masculino, y entonces son ícubos; con los hombres parecen mujeres, y entonces son súcubos. Por ejemplo, fueron súcubos los que tentaron a San Antonio en el desierto. Y tú también pareces un macho, ¿o no?

Lo dijo con tal tono de superioridad que a Heinrich le entraron ganas de torcerle el cuello. «¿Qué me importan a mí los nombres? ícubos, súcubos, brujas... Como vosotras tres», estuvo a punto de decir, pero la voz se le quedó en la garganta.

La vieja que estaba a su izquierda se le acercó, apuntándole con el dedo índice sentencioso.

—Brujas, como nosotras tres —dijo con voz estridente, como si le hubiera leído el pensamiento—. A tus órdenes, para revelarte el futuro —y cerró los ojos legañosos.

Heinrich dudó, preguntándose si no estaría todavía sumergido en un sueño oscuro. Quizás era la penumbra que reinaba en la gruta lo que le proporcionaba la inseguridad de no saber si lo que veía y escuchaba pertenecía a la esfera de lo real o a otras dimensiones.

—Me gustaría saber cuándo podré salir de estas catacumbas —preguntó titubeante, y también su voz le pareció carente de cualquier sonido, casi sofocada por el eco sordo de la caverna. «Y aunque estuviera soñando, ¿qué perdería?»—. ¿No podéis indicarme el camino para salir de aquí?

—Adelante, espíritu del mal —gritó la primera vieja, haciendo que se sobresaltara—. Decidme qué está a punto de ocurrir.

—Adelante —dijeron las otras dos. Parecía que se estuvieran riendo de Heinrich.

La arpía que había hablado en primer lugar sacó de uno de los pliegues de su asquerosa capa una cajita de metal, hizo saltar la cerradura y extrajo un pellizco de polvos oscuros. Después, sujetándolo entre los dedos pulgar e índice, recitó una fórmula incomprensible y, cuando terminó, dejó caer en el barreño los polvitos. Una llamarada de un color rojo sangre se levantó desde el fondo del barreño, reflejando durante unos instantes la luz espectral sobre las mejillas demacradas de las tres viejas, que parecieron repentinamente salpicarse de sangre. Una fina nube de humo escapó hacía arriba. Un tufo dulzón, perfumado de almendras. Desde uno de los túneles, se escuchó, quién sabe lo lejos que estaba, un extraño lamento, como si se tratara de un animal agonizante.

De todas formas, una cosa era cierta para Heinrich: que nunca como en aquel

momento imágenes, sonidos y olores se habían grabado en él con tanta fuerza.

—Sangre —repitieron a coro las viejas, extendiendo las manos hacia el joven.

Heinrich dio un paso hacia atrás y tuvo ganas de gritar, de romper aquella lúgubre atmósfera, quizás con una risotada. «Están utilizando unos trucos horribles. Brujas de feria, eso es lo que son. Tengo una sed tremenda. Si pudiera beber. Un cuenco de agua fresca acabaría también con el fragor de los pensamientos que invaden mi mente...»

En ese momento, las cabezas de las tres viejas se estaban transformando. La lengua de la primera bruja le salió por la boca y se alargó como una serpiente flotando en el aire. Los ojos de la segunda se hincharon como brillantes globos de fuego, recordándole el resplandor maléfico del monstruo con el que había soñado. La tercera se cubrió de escamas azules.

«Me quieren asustar, pero no lo conseguirán.» Y sin embargo, Heinrich sentía el cuerpo pesado y entorpecido por el miedo, incapaz de hacer el más mínimo gesto, mientras un escalofrío helado le recorría toda la espina dorsal. La cabeza le daba vueltas, le parecía que el suelo de la gruta se estaba inclinando. Heinrich se agarró a la mesa: tenía la sensación de que el mundo estaba volviéndose del revés. «¿Pero dónde me estoy perdiendo?»

Se despertó entre los brazos de Sebastian: el jorobado le sujetaba la cabeza y le estaba haciendo beber medio vaso de un licor acre. Esto sirvió para que se reanimara un poco el joven, que miró a su alrededor con ojos asustados.

—¿Qué bromas nos gastas, suizo? —sonrió el jorobado—. Muévete y ponte en pie, que la cena está lista.

Y lo levantó con movimientos bruscos, mientras con un par de manazas fingía sacudirle el vestido arrugado y polvoriento. Casi arrastrándolo, le empujó por una de las galerías llenas de humo.

## XXXVII. YACENTE EN LA CAMA

*Trieste, junio de 1768*

Y

ACENTE EN LA CAMA, DON GAETAN BAEBIN, PÁRROCO de \*\*\*, habiendo realizado el juramento de decir la verdad, interrogado desde cuándo se encuentra enfermo y por qué motivo, responde:

—Me encuentro en esta cama como consecuencia de un susto terrible que tiene que ver con hechos muy graves, de los que soy testigo, que ocurrieron hace ahora tres días, más o menos.

Interrogado por su edad, ejercicio y residencia, responde:

—Tengo cincuenta y dos años, soy párroco de la parroquia donde vivo.

Y diciéndole que en verdad narre todo lo acaecido con todo detalle, responde:

—Me encontraba el sábado pasado dando mi habitual paseo nocturno, que, según el principio *mens sana in corpore sano*, suelo realizar cotidianamente en la estación en la que los días son más largos y más templados. Me había sentado bajo un pino de amplia copa para leer y descansar. Me demoraba más allá de la hora acostumbrada, porque la brisa era dulce y el golfo de Trieste resplandecía al atardecer con una luz incomparable, cuando de repente el eco de un largo y desgarrador grito infantil resonó por todo el pinar. Un doloroso grito de terror que me hizo levantarme de un salto, muy nervioso y alterado. Luego vino el silencio. Intenté tranquilizarme, me dije incluso que un grito en el momento del crepúsculo produce impresiones más profundas. De todos modos, preso de una extraña inquietud, decidí volver lo antes posible a mi alojamiento, donde me esperaban para cenar.

»Cogí un atajo, que bajaba por un sendero de arbustos de diferentes alturas. De repente, tras un giro del camino, me topé con una humareda densa, que el viento traía hacia mí, con un misterioso olor a incienso y a carne a la brasa. Me detuve de inmediato. El humo acre me quemaba los ojos, pero de todos modos pude distinguir, en un pequeño claro, una hoguera de madera verde, rodeada por un grupo de hombrecitos andrajosos, que por su estatura me parecieron enanos y que bailaban frenéticamente alrededor de las llamas alzando unas velas de pez negra. Sentí inmediatamente un agudo escalofrío y, escondido tras un enorme tronco muerto y vacío, me quedé observando, como si estuviera atontado.

»Los gritos de los enanos llegaron a alcanzar una fuerza impresionante, me atrevería a decir que demoniaca. Pero lo que me heló la sangre fue el darme cuenta de que lo que ardía en la hoguera eran restos humanos. Un cuerpo pequeño, sin lugar a dudas, quizás de uno de los enanos. Pero más tarde, aquella misma noche, meditando

sobre lo ocurrido y volviendo a recordar el terrible grito infantil de unas horas antes, comenzó especular con la hipótesis de que el cadáver fuera el de un niño.

»Uno de los allí presentes, que era llevado a caballo sobre los hombros de otro, parecía officiar el horrible ritual. Le escuché recitar en voz alta: "Yo quemo aquí el corazón, el cuerpo, el alma, la sangre, el entendimiento, el movimiento, el espíritu del hombre abominable del que queremos la muerte". Luego agitó los brazos: "Que no pueda encontrar descanso ni la médula de sus huesos. Que no pueda hablar, ni montar a caballo, ni beber, ni comer. Por la tierra, por el fuego y por Saturno, nuestro padre". Los enanos entonces empezaron a girar cada vez más deprisa, cantando una zarabanda bestial: "¡Por tres veces te lo ordeno!".

»Me santigué y no sé qué es lo que me impidió gritar, y todavía tiemblo cuando pienso en lo que me podría haber ocurrido, si alguno de ellos hubiera descubierto mi escondite.

»No hablé con nadie, salvo una carta que envíe a Monseñor, el Arzobispo, para denunciar los hechos, pero desde aquella noche yazco enfermo con pesadillas y dolores en el alma y en el cuerpo, y a pesar de que han pasado tres días, sigo viendo ante mis ojos la misma escena, como si siguiera viva. Ayer por la tarde tuve fuerzas para salir al huerto, y de repente observé detrás de la reja las figuras de unos niños. Pensé que se trataba de unos mendigos que pedían limosna. Acercándome, me di cuenta de que en realidad eran dos enanos. Viendo la bolsa que apoyaron junto a la cancela, deduje que eran vendedores ambulantes que venían a vender baratijas.

»"Lo siento —dije cortando por lo sano—, pero no necesito nada." Y ellos, como respuesta, comenzaron a mirarme de una forma terrible. Lancé un grito, me desmayé y los sirvientes salieron corriendo y me llevaron hasta la cama.

»Más tarde, bien entrada la noche, me despertó un gran ruido que no podía percibir si venía de la ventana o del piso de abajo. Por los estruendos sucesivos pensé que algún extraño había entrado en la casa. Comencé a gritar, pero inútilmente, ya que siendo tan tarde, los sirvientes no me podían oír. De repente, alguien comenzó a aporrear la puerta y a gritar al mismo tiempo: "¡Cuidado, párroco, quien habla demasiado muere!". Y así estuvieron casi una hora, entre improperios, blasfemias bestiales y amenazas. De repente, se marcharon tal y como habían llegado. Y por los ladridos de los perros entendí que se encaminaban hacia la región de Montecucco, desde donde luego se pasa a Trieste y más allá.

Interrogado sobre si de las amenazas recibidas recordaba alguna, contestó:

—Me dijeron que no tenía que meter la nariz en asuntos que no tuvieran que ver conmigo, y que no me atreviera jamás a escribir una denuncia contra congregaciones que se ocupan de misas negras, por lo que intuí que se referían a la diabólica ceremonia que, involuntariamente, había presenciado dos noches antes. Me amenazaron diciendo que mi vida estaba en juego. Pero temiendo por mi salvación

corporal, temo todavía más por mi salvación espiritual, por lo que siento no poder callar, convencido, como además lo estoy, de que la vida de alguien está en peligro.

Interrogado sobre si había reconocido a alguien de los que habían entrado en la casa, contestó.

—No vi a nadie, eran voces detrás de una puerta.

Interrogado para que describiera mejor a los enanos que se habían acercado a la cancela del huerto, y sobre si aquellos iban armados, contestó:

—Los enanos que vi en la reja iban armados. Uno, con una sonrisa terrible sin dientes, agarraba un puñal. El otro, que me pareció más tranquilo, portaba una pistola corta. El segundo tenía el pelo teñido de oscuro, demasiado brillante para ser natural. Vestía pantalones de rayas turquesas y blancas. Chalecos de paño claro. Zapatos polvorientos de punta cuadrada. Mejor no sabría describirlos, porque me asusté y me desmayé.

## XXXVIII. BAJO LOS ARCOS DE LOS SOPORTALES

*Trieste, junio de 1768*

**L**AS CALLES ADYACENTES AL PUERTO ESTABAN REPLETAS de almacenes y depósitos de mercancías. Un ir y venir de carros. Bajo los arcos de un soportal, dos trovadores llamaban la atención de los que por allí pasaban sobre un espectáculo extraordinario que estaba a punto de comenzar en un patio cercano. «Una historia de fechorías y engaños desvelados por la luz de la verdad», gritaba uno de ellos, huesudo y con un sombrero que le escondía la cabeza rapada. «¡El nuevo mundo! ¡Venid a ver lo que los poderosos quieren mantener escondido!», le apoyaba un tipo bajo que se había quedado casi sin voz de tanto gritar.

—También por aquí hay Linterneros —dijo Camillo—. En Roma sacan un montón de dinero... —y, dándose cuenta de que Winckelmann había desaparecido, lo buscó con la mirada. ¿Adónde se había marchado ahora? Lo entrevió en una esquina del patio, confundido entre los aldeanos que presenciaban el espectáculo. Se hizo espacio entre la multitud.

—Caballero, nos esperan en la posada Grande —trató de decirle, tirándole de la manga. Pero el otro le hizo un gesto para que se callara, los ojos clavados en la pared en la que, entre los «¡Oh!» maravillados de los allí presentes, se iban proyectando las imágenes. No le quedó otra cosa que resignarse y permanecer a su lado suspirando.

Sin embargo, poco a poco, el caso ilustrado por las figuras luminosas y por la voz de los trovadores captó su atención. Se trataba de un califa llamado Sultán, enamorado de una joven actriz llamada Zilamira, pobre pero dotada de un talento tan inmenso que era capaz de llegar a los corazones de todos los presentes con sus actuaciones. Una pérfida dama de la corte, celosa por las visitas que el califa hacía con frecuencia a la bella Zilamira, al principio intentó matarla con caramelos de arsénico, y luego le envió un ramo de flores con un perfume venenoso que la mató en pocas horas. Y como fondo la corrupta ciudad de Isfahán, o al menos eso decía el trovador, sin embargo, dejaba entrever, enfatizando ciertos puntos de su narración, que se trataba de algo bien distinto.

—Se refiere, y ni siquiera demasiado disimulada, a la historia de aquella actriz de la *Comédie Française* que causó revuelo hace unos años... —susurró Camillo al oído de Winckelmann—. Se llamaba... ah, sí, Adrienne Lecouvreur... Corría la voz de que una duquesa muy poderosa había pagado a su médico para que le suministrara por vía rectal una droga mortal. Fue un escándalo tremendo en la corte de Francia, pero la duquesa tenía tanto dinero que corrompió también a los jueces y a los policías

para que todos guardaran silencio. Evidentemente estos trovadores han cambiado los nombres y disfrazado la historia para evitar la censura. ¡Qué listos!

Se apagaron en aquel momento las luces y Camillo abrió de par en par los ojos. Un momento antes las imágenes estaban allí, en la pared, llenas de vida secreta, y un momento después ya no estaban. Magia de verdad... La gente aplaudía con gusto.

—Señores míos, ¿habéis visto? La historia está encerrada en esta máquina. Invisible como un fantasma. Pero es necesaria la luz de una linterna para revelarla a todo el mundo. Y existe otro tipo de luz, la luz de la verdad, que de la misma forma hace visibles los delitos que permanecen escondidos en las tinieblas... —exclamó uno de los linterneros—. Pero en los próximos días os contaremos una historia todavía más cruel, sobre libros prohibidos e inocentes que pagan con la propia vida las culpas de otros personajes, que han conseguido escapar de la justicia gracias al dinero o a la protección de los poderosos, pero que merecerían acabar colgados de una soga —concluyó tendiendo la mano para recibir su recompensa.

Fue entonces cuando Winckelmann agarró la mano de Camillo.

—¡Vámonos de aquí! ¡Enseguida! —le dijo con un hilo de voz. Como si de repente sintiera una prisa enorme. Y, con grandes pasos, empujando a la concurrencia que se entretenía en comentar la historia recién terminada, alcanzó la salida del patio.

## XXXIX. EL ABAJO FIRMANTE, GUARDIA PONTIFICIO

*Lagunas de Comacchio, febrero de 1768*

**E**L ABAJO FIRMANTE, GUARDIA PONTIFICIO, Gramacci Arcangelo, a las cuatro de la mañana del 7 de febrero, recibió la denuncia de tres campesinos que, de camino hacia la embarcación que cruzaba el Po, en el lugar llamado Lágrima del Cojo, habían encontrado una carroza que parecía abandonada a la entrada de un cañaveral. Dicha carroza, una especie de silla cubierta, que tenía en la parte posterior un baúl muy alto, fue reconocida inmediatamente como la pequeña diligencia que realiza los despachos entre Venecia y Bolonia. Uno de los dos caballos estaba todavía enganchado, pero gravemente herido en el jarrete. Al otro, en cambio, lo echaron en falta. Unos pasos más allá yacía el cadáver del postillón. Sobre la hierba, esparcidas un poco por todas partes, había cartas ensangrentadas.

Los campesinos llegaron corriendo a la localidad donde se hallaba el puerto y me contaron cuanto habían visto. El jefe de las diligencias de correos del lugar mostraba ya su preocupación por que la carroza no llegaba en hora. Tras las primeras palabras, subimos con los otros guardias de un salto a nuestros caballos ensillados y nos dirigimos corriendo al lugar de la emboscada.

El espectáculo que se presentó ante nuestros ojos era horrible. El cadáver del desafortunado postillón apareció dividido en dos como consecuencia de un golpe de sable. Tenía el pecho abierto con tremendas heridas. La hierba pisoteada conservaba el rastro de numerosas huellas, que confirmaban que había opuesto una feroz resistencia.

En cambio, no había ningún rastro del cliente que viajaba en ella y que, como resultaba de los papeles de la estación de correos anterior, se trataba de un tal Rolando Vlaich, cantante del teatro San Lucas de Venecia. A poca distancia encontramos un tricornio gris, decorado con un cordoncito azul y un velo negro de luto, que seguramente no pertenecía al postillón. Había también una funda de un sable, otra de un cuchillo, un puñal ensangrentado con una cadenita atada a una gruesa cuerda. El último hallazgo macabro, unos pasos más allá, entre las cañas, fue una mano cortada dentro de un

guante amarillo.

El cadáver estaba frío, por lo que presumimos que el delito debió producirse muchas horas antes, sin lugar a dudas la noche anterior. Excluimos que el móvil fuera el robo, porque entre los despachos con dinero que encontramos no se echó en falta ninguno.

Realizada la comunicación inmediata al fiscal de la ciudad de Ferrara, se me respondió que, encontrándose enfermo, delegaba en la persona del abajo firmante como jefe de los gendarmes de la embarcación. Me ocupé, por lo tanto, inmediatamente de las investigaciones. Y esto es cuanto he recogido.

María Fiora Malatesta, tabernera de Trefontane, vio a cuatro personas que se bajaron de un caballo delante de su puerta: un hombre alto con un sombrero de luto y tres bajitos de mal aspecto, con libreas de servidores color gris oscuro. Estos forasteros pidieron información sobre el paso de la diligencia que se dirigía a Venecia.

Luisina Talvezzi, conocida como la Testona, al servicio de la mencionada tabernera, vio a los cuatro y así los describía: el jefe, con traje de paño gris azulón, sombrero de tres puntas con una cinta violeta y un velo oscuro, un sable, el pelo rubio y corto; el otro, definitivamente un enano, con una chaqueta celeste y un chaleco rojo, sin sombrero; el tercero, con un gabán oscuro con el que intentaba esconder la joroba, los calzones del mismo color de lana y algodón, descalzo; el cuarto, sin dientes, con el gabán con el borde negro, la barba rojiza, el sombrero redondo y zapatos de militar.

El inspector de la guardia de Ferrara, por donde unas horas antes la diligencia había pasado, en cambio, ha ofrecido la descripción de Vlaich: alto, bien entrado en carnes, una frente amplia, los ojos castaños, el pelo algo canoso, en torno a los cuarenta y ocho años, con un traje de seda amarillo y los guantes del mismo color.

Las hipótesis que he tomado en consideración son, por ahora, dos: debido a que la mano cortada es de Vlaich, el susodicho fue asesinado y su cadáver escondido o secuestrado. Por lo tanto, he tomado medidas para difundir la descripción de Vlaich, en el supuesto de que alguien pueda ofrecer noticias suyas.

A la espera de instrucciones,

*Gendarme Gramacci Arcangelo.*

## XL. LAS SORPRESAS DESAGRADABLES

*Trieste, junio de 1768*

**L**AS SORPRESAS DESAGRADABLES DE AQUEL INFAUSTO día por desgracia no habían terminado: los soportales de la posada Grande hervían de guardias.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Camillo a un hombre que, rodeado por algunos curiosos, movía la cabeza y levantaba los ojos al cielo juntando las manos.

El otro se limitó a indicar con un gesto el soportal de al lado. Los dos se asomaron.

Lo primero que vieron fueron dos pies calzados de violeta, medio cubiertos. El muerto colgaba atado a una cuerda de un travesaño, meciéndose lentamente, como por puro capricho, gracias al viento nocturno. La cabeza doblada hacia un lado. La lengua que sobresalía entre los dientes. El brazo derecho al que le faltaba una mano.

Camillo y el caballero se quitaron instintivamente el sombrero y se santiguaron rápidamente.

—Es él, el caballero Winckelmann —dijo la voz del tabernero tras ellos—. El muerto llegó... —se trabucó mordiéndose la lengua y se corrigió inmediatamente con gran nerviosismo—. El hombre que ahora estáis viendo, llegó hoy por la tarde buscando al caballero Winckelmann, y yo le dije que volviera esta noche a la hora de cenar...

En ese momento, un tipo con el rostro grave, pelirrojo y vestido rigurosamente de negro, dio unos pasos hacia adelante y se presentó con rapidez.

—Soy el canciller Pichel de Ehrenlieb, encargado por el magistrado para completar la *notitia criminis*. Tengo que haceros algunas preguntas que tienen que ver con el difunto aquí presente, Rolando Vlaich.

Johann Joachim lo miró embobado, y le parecía revivir la escena de la detención de Tomaso y Marino, trece años antes... El registro de la carroza sí que había sido una sorpresa desagradable: quizás el soplo lo había dado el cochero, sospechando por el insólito peso del equipaje. Mientras los guardias examinaban los pasaportes, él y Vlaich habían estirado las piernas. «Había una sucia posada con una pérgola; bebimos un poco de vino malo y yo me pinché por acercarme imprudentemente a una chumbera...» Pero la espera fue mayor, por culpa de los pasaportes escritos en alemán, que los soldados no entendían. «Deberíamos haber desembolsado una propina al oficial de la aduana. Y todo habría ido sin problemas. Pero aquel tacaño de Vlaich insistía en que era un abuso...» Vlaich había perdido la calma, y movía los brazos; y quizás por ello los guardias comenzaron a registrar con furia la carroza... y

fue entonces cuando salieron a la luz los libros de Voltaire. «Dios mío, ¿qué podíamos hacer llegados a ese punto? ¿Declararnos culpables? Pues claro que dejamos recaer las culpas en Marino y Tomaso, y alguna que otra moneda puesta en manos de los guardias convenció a todos de nuestra versión... No podía, claro está, dejar que me arrestaran. La princesa Wallenstein me esperaba en Paestum.» Naturalmente había susurrado al oído de Tomaso que haría todo lo posible para sacarle de la prisión. «Se me encogió el corazón al ver cómo se llevaban a aquellos dos pobrecillos esposados, pero no pude hacer nada. O ellos o yo. Tomaso parecía aceptar la detención dignamente, con resignación. En cambio, el otro, ese Marino, el siervo de Vlaich, se me encaró cuando intenté transmitirle fuerzas, dándole una palmadita en el hombro. Me escupió en la cara...» Intenté buscar apoyo entre algunos cardenales romanos conocidos suyos, pero no hubo nada que hacer. Me comunicaron que Tomaso había sido cegado, antes de volverse loco... «Me lo imagino: con aquellos terribles interrogatorios en el potro, las preguntas concisas, las contestaciones implacables, con ese furor que muestran siempre los inquisidores ante las páginas impresas. Una vez escuché a uno de ellos proclamar con candidez: "La Santa Iglesia necesitaría eliminar la invención de la imprenta". Y la cubierta del *Index librorum prohibitorum* lleva la imagen de una hoguera...»

Se limpió la frente con un pañuelo de seda. Reinaba un calor sofocante en la entrada de la posada, donde el canciller le había hecho acomodarse: la breve tormenta de una hora antes no había aliviado el calor. En una esquina de la mesa, el escribano registraba su declaración. Delante de él, colocados en orden, una pila de hojas, un par de tinteros con diferentes tintas, el limpiaplumas y una botellita con arena. Pichel de Ehrenlieb se había colocado cerca de la ventana sobre un sillón forrado con terciopelo carmesí, que el tabernero había sacado de quién sabe dónde. Su rostro quedaba a la sombra, donde no se podían intuir sus pensamientos. Su secretario, gordito y rubio, estaba completando las preguntas habituales para el juramento de la persona que declaraba —nombre, nacimiento, cargo, procedencia, motivos de estancia en Trieste—, mientras su superior consultaba gravemente las hojas que el escribano le mostraba: las preguntas a la izquierda; las respuestas a la derecha, con una escritura grande y ordenada.

«Qué calor infernal.» De nuevo, Johann Joachim pensó en las hogueras de la Inquisición. A menudo, había presenciado en Roma el espectáculo de frailecillos celosos y los vulgares aldeanos que amontonaban en la hoguera los libros clasificados como perniciosos: Aretino, Maquiavelo, Diderot... Los sacos se rompían en el fuego que los frailes atizaban con los fuelles, empujando los libros hacia el mismo centro de las llamas. Pero a veces las hojas quemadas se curvaban y volaban por el aire, mientras los policías intentaban recogerlas en vano... «¿El siglo de las luces? No, la nuestra es la época del sacrificio del buen sentido y de la verdad. El tribunal ha

proclamado que esa obra de Voltaire era un libro deshonesto, en contra de las buenas costumbres, que se reía de las ceremonias de la Iglesia, el culto de los santos y de las reliquias.» No fue posible hacer nada por Tomaso y Marino. El cardenal Albani se había negado a intervenir. Y Winckelmann no se había atrevido a exponerse insistiendo en su ruego de interceder. Vlaich se había eclipsado en Roma, partiendo con muchas prisas hacia la corte de Sajonia... Al joven Marino le cortaron los labios en público, porque bajo tortura había blasfemado contra Dios. Luego le condenaron a la decapitación, y su cadáver fue enviado a la hoguera.

Había un silencio tal que se sentía incluso el ruido de la pluma del escribano, que rayaba la hoja de papel.

Sí, cuando había reconocido el cadáver de Rolando Vlaich, a Johann Joachim le pareció revivir por completo aquel asunto ya tan lejano. «El puesto de guardia, aquella miserable posada donde esperamos durante horas... ¿Quién sabe si la chumbera estará todavía allí? Y el rostro furioso de Marino mientras lo esposaban.» Hizo cierto esfuerzo para no sacar de nuevo el pañuelo y limpiarse el rostro, como si el escupitajo de trece años antes le hubiera caído precisamente en ese momento.

«En cambio, qué raro que, hace una hora, cuando he reconocido a Vlaich en el ahorcado, haya permanecido tan relajado.»

La voz de tenor del canciller le sobresaltó.

—¿Qué quería el señor Vlaich? ¿Por qué hoy por la tarde fue a buscaros? —una estocada.

—No tengo la más mínima idea —se apresuró a responder el caballero—. No lo veía desde hacía más de diez años. Ni siquiera sabía que se encontraba en Trieste. Y, de todos modos, hoy por la tarde me hallaba en el puerto, para informarme sobre las naves que partían hacia Ancona. Así que no podía saber que el señor Vlaich me andaba buscando.

El canciller volvió a consultar con calma las hojas, repasando con el dedo de abajo arriba, moviendo la cabeza absorto, como si buscara algo. Luego, con el dedo blanco y grueso, dio golpecitos con la uña encima de una línea.

—¿Y cómo podía conocer el señor Vlaich vuestra presencia en la ciudad? —insistió, mientras un gesto lleno de malicia cruzaba la expresión distraída de su rostro.

—Temo, señor, que no os puedo dar una respuesta distinta de la precedente —Johann Joachim se encogió de hombros—. No puedo encontrar una explicación satisfactoria. Puedo suponer, de todos modos, que las voces hayan viajado más rápido de lo que uno puede imaginar, en especial si se refieren a personas, cómo lo diría, de una cierta notoriedad...

El hombre levantó la ceja en señal de consentimiento, con el oído pendiente del escribano que añadía todavía algunas líneas al documento.

—Por lo tanto, un desagradable contratiempo, excelencia —afirmó.

—Sí, lo definiría precisamente de ese modo, aunque lo ocurrido me ha provocado un profundo malestar.

El canciller se separó de la mesita para coger algo de una repisa en la pared opuesta, mientras continuaba.

—Los bolsillos de la víctima estaban vacíos. Apenas unas moneditas. Por otro lado, no es que me esperara mucho más, teniendo en cuenta el traje tan descuidado, casi raído...

«Pobre Rolando.» Él que había frecuentado las cortes de toda Europa. Él que se había enfrentado sin miedos al gran duque de \*\*\*, cuando, indignado por los emolumentos tan altos que había solicitado, le había indicado que ninguno de sus generales se había atrevido a pedirle tanto por unas pocas semanas de trabajo.

—¡Pues, entonces, Excelencia, haga cantar a sus generales! —había sido la respuesta descarada de Vlaich...

—No estaban vacíos del todo —siguió el canciller—. Hallamos este opúsculo.

Johann Joachim sintió que el corazón se le paraba por un instante interminable, tras el sonido de la última palabra. De repente, su mente se había abarrotado de trágicas perspectivas. ¿Un opúsculo? ¿Impreso por quién? ¿Por un tal Moira? Estuvo a punto de preguntar, pero por suerte, con mucha rapidez, consiguió quedarse callado. Mejor no hablar, reflexionó, sabiendo lo peligroso que resultaría decir algo impropio en presencia de la autoridad.

—Conocemos al impresor, pero sólo de oídas, por desgracia —precisó el canciller, golpeando el opúsculo enrollado en la palma de su mano, como habría hecho una señora con su abanico—. Si las autoridades venecianas supieran dónde se esconde... estaría entre rejas desde hace tiempo —luego, advirtiendo la expresión perpleja de Johann Joachim, añadió—. Sí, porque ese Moira, que así parece llamarse, es quizás el peor azote para la gente de bien, damas, caballeros, financieros y altos prelados... Nadie consigue escapar de las calumnias que salen de sus talleres. Sería una pena tenerlo que entregar a la Inquisición, en el supuesto de que consiguiéramos pescarlo. ¡También nosotros sabemos cómo tratar a los canallas!

Johann Joachim se relajó un poco ante esas palabras, intuyendo que no podía tratarse del opúsculo difamatorio que tenía que ver con él, ya que el canciller habría mostrado una actitud muy diferente. De esta forma, no había ningún nexo, ninguna conexión entre él y Vlaich, que no fuera la relación de amistad que había acabado hacía ya muchos años. En cuanto a Camillo, podía permanecer tranquilo, seguro que no había hablado... No, él no tenía nada que temer de las autoridades. Sin embargo, Johann Joachim enseguida se puso en guardia, cuando comprendió la situación con mayor claridad. Si de verdad debía creer algo de esta diabólica maquinación, entonces Tomaso ya había conseguido la mitad de su venganza, y ahora su secretario también esperaba asistir a su fin. ¡Ah, qué satisfacción, ver balancearse de un

travesaño el cadáver de su excelencia Johann Joachim Winckelmann! Quizás seguirlo con la mirada mientras las corrientes lo arrastraban, hinchado de sal, hecho trizas por los peces.

—Sí, no lo dudo —respondió distraído, ocupado en disipar aquella imagen tremenda—. Espero que lo atrapéis lo antes posible... ¿Puedo verlo? —preguntó, indicando el opúsculo.

Johann Joachim revisó la cubierta, la portada, ojeó entre las páginas que todavía no habían sido cortadas en busca de acrósticos, indicaciones de lugares o personas que, de alguna manera, aclararan algo sobre la muerte de Vlach, pero fue inútil. Tomaso era muy hábil descubriendo el punto débil de una persona: probablemente había aprovechado cualquier otro lado oscuro de la vida del cantante para amenazarlo de infamia y empujarlo a un gesto tan extremo, quizás algún asunto turbio del ambiente de los castrados. Johann Joachim movió la cabeza y devolvió el opúsculo al canciller. Lo hizo a su pesar, porque le hubiera gustado leerlo detenidamente de principio a fin, pero no quería levantar sospechas, y además se sentía agotado por aquel interrogatorio.

—Os agradecería que me tuvierais al corriente de las novedades, al menos durante el periodo de mi breve estancia aquí en Trieste... Si cogéis a ese... a ese....

—Moira —le ayudó el canciller—. No temáis, excelencia. Seréis de los primeros en saberlo. De todos modos, en vuestro caso no me preocuparía demasiado. El suicidio, o mejor dicho, la aparente instigación al suicidio de un conocido vuestro, no quiere decir necesariamente que también vos estéis en peligro. Tenedlo en cuenta —añadió—. No hace falta que el nombre de vuestra excelencia sea ni siquiera citado, ni como simple testigo.

—Sois muy atento—comentó Johann Joachim, con alivio mal ocultado, e inclinó la cabeza para despedirse—. Os lo agradezco mucho.

El canciller se encogió de hombros, fingiendo que rechazaba la cortesía.

—¿Marcháis hacia Roma, excelencia? —preguntó como quitándole importancia, pero no lo suficiente para que Johann Joachim no se pusiera de nuevo a la defensiva.

—Sí... Bueno, no. Vamos, estoy esperando una nave procedente de Ancona con un mensaje importante, y sólo cuando lo haya recibido conoceré mi destino.

—Entiendo. Buena estancia, entonces. Os tendré informado.

## XLI. NO PUDO RESISTIRSE

*Roma, febrero de 1772*

**N**

O PUDO RESISTIRSE A LA TENTACIÓN DE USAR EL material de dibujo que habían dejado a su disposición. Heinrich se lo propuso como una obligación y el resultado fueron algunos bocetos que ahora había colocado sobre una mesa. Reconocía que se encontraban entre los mejores que había creado. Había una evidente fuerza expresiva, y una horrible precisión, nada resultaba confuso o borroso. Le pasaron por la cabeza las palabras del ciego, en el primer encuentro lleno de miedos en el gran *boudoir* roído por las polillas.

—Si de verdad tu deseo es retratar la vida, aquí abajo entre nosotros se halla todo lo que necesitas. La carne y el recuerdo, el estercolero y el fuego, el escalofrío y la risa... Sí buscas historias y emociones aquí tendrás todas las que quieras...

«Vaya si todo eso era cierto», pensó mientras hojeaba sus propios esbozos: los ojos borrosos y la mandíbula caída de Tomaso, las deformidades de Sebastián y los gestos liliputienses de Jacobus, la expresión absurda y cruel de Milady, la cicatriz en el rostro de la negra que había oído llamar Sans-Peur. «Sans-Peur, ¿qué clase de nombre es?» Y luego, todos los horribles miembros de las hermandades que había conocido en aquellas semanas. «¿Semanas? He perdido la noción del tiempo, no consigo ya imaginar desde cuándo estoy aquí abajo.»

Bostezó. Algo raro: por primera vez desde el día que había entrado en las catacumbas, sintió que le invadía una rara satisfacción. En el fondo, no había malgastado todo aquel tiempo. «Quizás tiene razón Moira. Este mundo, el de aquí abajo, rebosa de maravillosas fugas de la banalidad cotidiana. No sirve la luz del día para el trabajo de un artista auténtico. Esta noche forzosa está llena de emociones.»

Estudió los bocetos, uno tras otro, con un gran escalofrío: mendigos con gargantas abiertas en un estercolero, una banda de abominables enanas se retorcían en incómodas posturas en la penumbra de una gruta, unas viejas rechinaban sus dientes ante un joven que temblaba, grutas que hervían de infinitos túneles donde se asomaban rostros demoniacos, un círculo de negros vestidos de blanco luto, un monstruo que clavaba sus dientes en el pecho de un durmiente. Eran los increíbles recuerdos o los sueños oscuros que habían iluminado las interminables noches que había pasado en las catacumbas. «¿Solo lo habré soñado? Ya no sé qué es la realidad. ¿Me estoy volviendo loco?» Sus emociones prisioneras se habían desencadenado en líneas y colores que no respetaban ningún vínculo con la realidad. Le hubiera gustado poner sobre un enorme lienzo tales creaciones. Sí, tenía que hacerlo, tenía que

ponerse a trabajar, si no quería perder la razón.

Volvió a hojearlos. En un dibujo de grandes dimensiones había representado el funeral del Comendador de una de las confraternidades, a donde le habían concedido permiso para estar presente. El cadáver en un sillón, vestido con una túnica de seda dorada, con medias de seda y un sombrero bordado con plumas. A ambos lados, una decena de jorobados y lisiados, provistos de abanicos, quitaban las moscas. A su alrededor, centenares de cirios encendidos iluminaban la gruta... Pensó de nuevo en la escena casi con la repulsión de la extrañeza. «¿Soy precisamente yo el que ha retratado estas figuras abominables? ¿Qué es lo que me está ocurriendo? ¿Estoy enfermo? El mundo de abajo, como se refieren a él Sebastián y Moira, ¿me está transformando en uno de ellos?» Sentía un indudable rechazo por todo lo que había dibujado, probablemente derivado de lo alejado que aquellos sujetos estaban de la vida normal. Pero, ¿qué era lo normal? ¿La Roma que había conocido unas semanas antes, con damas arregladas, músicos de mandolina, señoras inglesas que pintaban acuarelas de atardeceres rosados, cardenales siempre con pelucas y tan aburridos? Pensando de nuevo en los que había conocido en el periodo anterior a su bajada a las catacumbas, tuvo la impresión de una multitud de absurdas marionetas con ojos ciegos, incapaces de ver el enorme misterio que hervía debajo de esa Ciudad que llamaban Eterna.

Se sentía de un extraño humor, como sí en medio de la penumbra que lo rodeaba, su fantasía se hubiera transformado en algo misteriosamente dispuesto. Pensó en la cabeza de la medusa que Leonardo da Vinci había pintado y que pudo admirar en un palacio florentino. «¿Por qué ante esa visión se queda uno tan fascinado hasta el punto de no poder apartar la mirada?» Es como una Venus nacida de los venenos infernales. En su mente afloró la luz de un recuerdo infantil: la historia del niño secuestrado por la reina malvada de los gnomos y que estuvo prisionero en una oscura caverna. «Pero, ¿quién me había contado esa historia?» Regresó a su memoria el miedo que le entraba cuando la escuchaba, siendo muy pequeño. Se metía en la piel del protagonista de la historia, con extraordinaria fuerza. «Tuvo que ser la vieja tata, la misma que, cuando me dejaba a solas y apagaba la luz, me decía que rezara, que no perdiera la fe. «Porque el que muere sin creer está destinado a los tormentos eternos», decía. De repente, le pareció que la gruta en la que se encontraba en aquel momento era extraordinariamente parecida a la que había imaginado tantos años antes, escuchando la fábula, y que de forma increíble se había conservado en su memoria.

Justo bajo la influencia de esa impresión comenzó a dibujar: la catacumba como la caverna de la fábula, la horrible figura de la reina infernal como Milady, con el mismo rostro de fiera astuta, sobresaliendo en el fondo, que el rostro enigmático y sin orejas de la negra Sans-Peur.

## XLII. LLEGA NOTICIA A ESTE TRIBUNAL

*Trieste, junio de 1768*

**L**LEGA NOTICIA A ESTE TRIBUNAL, HOY PRIMER DÍA del mes de junio, que por obra de Rolando Vlaich, cantante de teatro, oriundo de Trieste y desde hace veinte años residente en otra población, había sido experimentado y ejecutado su propio suicidio.

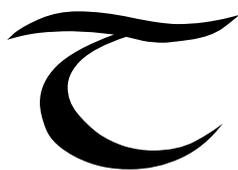
Completado el reconocimiento del cadáver y con la ayuda de los señores peritos, fue juzgada la muerte del llamado Vlaich, derivada del estrangulamiento causado por una sogá que se ha encontrado alrededor de su cuello. Una extremidad de la cuerda estaba anudada a un gancho de hierro anclado en los travesaños del soportal de los Scalzi, lateral a la posada Grande. Dicho cadáver desnudo presentaba algunos moratones en la muñeca izquierda, que el médico no ha sabido aclarar. El brazo derecho carecía de mano, pero el muñón resultaba bien cicatrizado, probablemente unos meses antes. Tenía además la cara hinchada y ennegrecida. Investigado el motivo por el que dicho hombre se ha quitado la vida con una muerte tan desesperada, el tabernero de la posada Grande ha indicado que, un par de horas antes del hecho, Vlaich se le acercó preguntando por un cliente allí alojado. Habiéndole explicado el tabernero que la persona que buscaba no se encontraba en su habitación, Vlaich había vuelto insistentemente a buscarlo una hora más tarde y, recibida la misma respuesta, se había ido desconsolado. Poco después, por obra del mismo tabernero, que había abierto un ventanuco de la cocina, comunicante con el soportal de los Scalzi, nuestro hombre fue encontrado colgado del travesaño.

La persona tan esperada por Vlaich en las horas anteriores al hecho fatal ha aparecido ante el actuario criminal Giovanni Pichel de Ehrenlieb. Se trata de un caballero alemán que en su pasaporte lleva por nombre Joanni Winckelmann, *Praefecti Antiquitatum Romae*. El aquí nombrado se hallaba a la espera del paso de una nave que se dirigía a Ancona, y no supo indicar ni suponer el motivo por el que Vlaich le buscaba con tanto ahínco.

No se conocen otros motivos por los que el desgraciado cantante haya vuelto a Trieste, de donde faltaba desde hacía casi veinte años. En el bolsillo de la chaqueta se encontró el indecente opúsculo que se adjunta a la investigación...

## XLIII. TOCAD QUE SUAVE ES

*Roma, febrero de 1772*



TOCAD QUÉ SUAVE ES —DIJO MILADY A Heinrich, mostrándole un grueso libro encuadernado en piel. El joven se sentía un poco mareado después de aquel brusco despertar. Además de él mismo, allí solo estaban Moira, Tomaso y pocos más.

Heinrich se estiró para coger entre sus manos el volumen que la Comendadora le entregaba. Se trataba en apariencia de un libro de cuentas, que llevaba en las páginas numeradas en papel aterciopelado una larga serie de nombres en columna y orden alfabético, acompañados por una serie de fechas.

—¿Qué te parece, joven? —le preguntó Moira, sonriendo—. ¿Una encuadernación excelente, no?

—Efectivamente se trata de un trabajo bien hecho —respondió Heinrich. Había algo que se le escapaba, teniendo en cuenta el interés con el que todos a su alrededor trataban aquel libro. Estaba seguro.

—¿No sentís curiosidad por saber de qué se trata? —le preguntó de nuevo Milady, guiñándole el ojo con una mueca irónica—. Leed también los nombres. ¿Los hay de gente poco sospechosa, no creéis? Nobles, cardenales, literatos... son todos de gente que tiene cuentas pendientes con alguno de nosotros, o con nuestros amigos, o con los amigos de nuestros amigos...

«¿Cuentas pendientes?»

—¿Y qué es lo que le ocurre a esta gente?

—Pagan sus cuentas. Antes o después, pero al final todos pagan —se rio Milady— La primera es la fecha de la deuda, la otra la del pago —los ojos de color avellana, salpicado de verde, le brillaron con malicia.

—Creo que no lo entiendo del todo... ¿Cómo pagan?

—Las descortesías cuestan caras, mi querido amigo —la voz de la mujer se había vuelto repentinamente dura y cortante—. *Iustitia suum cuique distribuit*, dice el gran Cicerón. A cada uno lo suyo.

Heinrich notaba que tenía la garganta seca. No podía apartar de aquellos nombres la mirada llena de asombro. Algunos eran sumamente ilustres, y había incluso príncipes y cardenales, italianos y extranjeros. ¿Cómo podía esta banda de vagabundos que le había hecho prisionero tener algo que ver con gente de aquella notoriedad y poder?

—Me resulta increíble pensar que algunas de estas personas, que yo tengo noticia de que han sido recibidas en las cortes y en las universidades de Europa, hayan hecho

algo malo a alguno de vosotros... —tartamudeó.

—No necesariamente a uno de nosotros. A menudo actuamos por comisión. Uno tiene un enemigo, quiere librarse de él, nos paga, y nosotros realizamos el trabajo. Los negocios son lo único que nos importa. La persona en cuestión satisface su deseo más grande sin ensuciarse las manos, nosotros recibimos el dinero, que es repartido entre todos los miembros de la Gran Confraternidad, según la necesidad de los tiempos. Sin contar que, desde ese momento, tenemos entre manos el arma para chantajear a la persona que nos ha pedido el favor... —reía. La voz era cada vez más ronca.

Heinrich tembló. Se hubiera esperado cualquier otra cosa, pero no aquella crueldad tan tranquilamente expuesta. «¿Quién era aquella mujer? Pero, ¿de verdad se trataba de una mujer? ¿Puede una mujer concebir pensamientos parecidos?»

—Entonces, la justicia ¿dónde está? —tartamudeó con la respiración entrecortada—. Yo creía que... Vamos, que cuando Tomaso hablaba de la injusticia que había padecido... de la justicia que tenía que volver...

—Cada uno tiene la justicia que se merece —cortó por lo sano Tomaso, que hasta aquel momento había permanecido callado. También Moira levantó los hombros y se agachó para coger algo de tabaco de una cajita plateada que le había traído Jacobus.

—A Winckelmann apenas lo conocía —replicó Milady con aire aburrido—. En Roma se termina de todos modos por conocer a todo el mundo. Un hombre bien situado, si tengo que decirlo todo, pero no de mi gusto, aunque no me disgusta que el trasero de un hombre tenga esa redondez. Tan aburrido, por desgracia, en la elección de los argumentos de conversación... Y todavía peores eran sus amigos cantantes: aquel castrado, Domenico Annibali, tan presuntuoso que desde la primera vez que lo vi sentí el impulso de lanzarle un puntapié en su gordo trasero. Y aquel otro, Vlaich, tan desagradable y artificioso hablando: además, era un perfecto gilipollas por sus ideas sobre las mujeres... Ah, pero lo han pagado caro. Porque yo, tarde o temprano, llego para hacer las cuentas. Nadie puede burlarse impunemente de Milady. ¿Acaso no es verdad que soy la Comendadora de los Avispones, capaz de poner de rodillas a los hombres más fieros de Europa? —su voz había subido repentinamente de tono, llena de ira.

Las personas a su alrededor se arrodillaron con respeto. Milady pareció tranquilizarse.

—No tenía nada personal con ese Winckelmann. Fue Tomaso quien recurrió al Gran Comendador de todas las hermandades, y por lo tanto su caso fue encargado a mi gente, dada la calidad de la red que habíamos desplegado en toda Europa. Naturalmente, me comprometí a fondo. En primer lugar, porque humillar a un poderoso es siempre una gran satisfacción; en segundo lugar, porque encuentro un gusto especial si el tipo en cuestión es además de los que desprecian a las mujeres.

Deberías haberlo visto aquella mañana, cuando mí Sebastian se enfrentó con él en el bosque, en los alrededores de la posada del Tejón. Cómo perdió la cabeza, aquel gran hombre. Desde la copa de los árboles seguí la escena de maravilla. Pareció que se desplomaba sobre sí mismo, el rostro completamente contraído por el miedo... Francamente, no existe para mí un placer más grande que ese: asustar a una persona hasta el punto de verla realizar estupideces, olfatear el olor equino que los machos emanan cuando un profundo terror los agita... Algunos de los comendadores de las otras hermandades seguramente habrían actuado de otra forma, pero yo creo que a los poderosos es justo echarles en cara la amenaza de revelar al mundo sus trapos sucios. Que tiemblen ante el pensamiento de sus infamias aireadas. Que imploren. Que se arrastren como gusanos.

Heinrich se quedó sin respiración. Había muchos nombres extranjeros en aquella extraña lista. Le entraron ganas de mirar en las últimas páginas, donde seguramente estaba anotado también el de Winckelmann, pero no se atrevió. «Tengo que estar pendiente de lo que digo. Estoy en peligro. No quiero morir en la oscuridad de estas catacumbas.»

Milady señaló el libro con el dedo.

—Actuamos también más allá de las fronteras del Estado Pontificio, como seguramente habéis entendido. También al otro lado de los Alpes, me refiero.

—Por lo tanto, debéis tener una organización muy poderosa.

—Poderosa porque está organizada con reglas de obediencia férrea, y quien entra está obligado a seguirlas o paga con su propia muerte —dijo fríamente Milady—. Y porque está dotada de una red de Avispones siempre alerta. Nada escapa a sus oídos, ni siquiera el mínimo susurro. Nada pasa desapercibido. Aquí tenemos algún excelente ejemplo —concluyó, mirando con una sonrisa a Sebastian y a Jacobus que, ante el cumplido, se arrodillaron complacidos.

Heinrich cerró el libro y pasó el dedo por encima de la cubierta. Excelente fabricación, no había nada que objetar.

—¿Suave, eh? Nuestro taller cerca del Tíber está especializado en estos trabajos refinados... —se entrometió nuevamente Moira, carcajeándose—. ¿Sabes, joven, a qué me refiero?

—Ternero, diría —suspiró Heinrich, y volvió a pensar que algo se le escapaba de tanto como insistía la Comendadora sobre la fabricación del libro...

—Todos caen. Y en cambio se trata de piel humana, de un hombre de unos treinta años, que mató a uno de los nuestros.

—¡Imposible! —gritó el joven horrorizado.

Entre el coro de risas, cuyo eco se perdió en los túneles negros de la caverna, Moira le contestó.

—Nada más fácil, en cambio. Es materia disponible en gran cantidad y ofrece

resultados sorprendentes en cuanto a resistencia y suavidad: guantes, botas, incluso ropa interior... —se dirigió a Sebastian, autoritario—. Venga, muestra tus culotes a nuestro incrédulo amigo, déjaselos tocar... —y mientras Sebastian le hacía caso, desabrochándose los pantalones y mostrándole unos largos calzoncillos de piel clara, el impresor añadió—. ¡Mira, suizo! Piel suave, sin una sola costura. Era de una señorita muy sabionda que se negó a satisfacer las apetencias de nuestro amigo. Ahora ya no puede escapar a un... toque suyo, ¿digo bien, Sebastian?

La nueva risa de la camarilla a su izquierda heló a Heinrich. Pero todavía más le hizo temblar la voz malvada de Sebastian.

—Y cuando me entran ganas, golpeo los muslos, los rozo y tengo la satisfacción de gritar: «¡Toma ya! ¡Pedazo de gilipollas! ¡Esto va por ti!»

Heinrich empezó a temblar y el libro se le cayó de las manos.

## XLIV. PROCESO VERBAL

*Roma, noviembre de 1759*

**P**ROCESO VERBAL DE LAS DECLARACIONES RECIBIDAS por Matteo Rizzucci, llamado Alfredo, de cuarenta y dos años, de profesión alfarero de Santa María de Trastevere. Sostiene el arriba nombrado Rizzucci que, encontrándose con un sujeto de nombre Vittorino Melli di Caprarola, un conocido suyo ocasional, en la calle de la Scrofa, frente al taller de un peletero, que se distinguía a distancia por el fuerte olor, Melli le dijo que buscaba información y entró allí dentro. El arriba nombrado Rizzucci, permaneciendo junto a la puerta, escuchó la conversación que ahora refiere, palabra por palabra.

MELLI: ¿Tenéis en vuestro taller artículos de piel humana?

PELETERO: No, señor. Pero si los necesitáis, podría encontrarlos. Conozco ciertas curtidurías, al por mayor, especializadas precisamente en ese material. Están fuera de las murallas, a lo largo del Tíber. Aquí trabajamos al por menor, sólo con pedidos.

MELLI: Pero, ¿se puede estar seguro de que se trata de piel de buena calidad?

PELETERO: El material es resistente. Excelente para encuadernar libros, mejor que la piel de ternera. Y se puede confeccionar cualquier cosa: guantes, zapatillas, cojines. Hay quien quiere incluso culotes a la francesa, porque son muy suaves, duran mucho y, sobre todo, carecen de las tan molestas costuras.

MELLI: ¿Mejor la piel de hombre o de mujer?

PELETERO: Es lo mismo. La de mujer es, sin lugar a dudas, la más fina, ideal para los guantes.

MELLI: ¿Y de dónde procede el material?

PELETERO: De las prisiones pontificias, de los hospitales, de los asilos de mendigos... sobre todo de la cárcel de Ponte Sixto. Los guardias redondean las pagas con estos tráficos, ya que cada noche llega una barcaza de cadáveres que sube por el Tíber, hasta esa zona de bosques que os he mencionado antes. Porque para la salazón y el curtido se necesita aire y agua en cantidad, y aquí en la ciudad, por el olor y las suciedades que producen, es un trabajo que no se puede realizar.

MELLI: Siento curiosidad por saber qué tipo de gente se ocupa de este trabajo.

PELETERO: Les llaman los Ventosos. Yo creo que son pastores, acostumbrados a descuartizar a las bestias con su cuchillo. Muchos son ex soldados que aprenden la práctica en la guerra, con los enemigos muertos, a quienes suelen arrancar algo para llevarlo como trofeo a casa. De todos modos, los que traen a la ciudad la piel ya

preparada pertenecen a la llamada hermandad de los Huérfanos.

*Así ha referido y jurado Matteo Rizzucci, llamado Alfredo.*

## CUARTA PARTE

*No es necesario hacer un gesto delante de la gente, nadie tiene que saber nada de nosotros, excepto Dios en el cielo.*

ANÓNIMO POLACO, *Peregrynacja*

## XLV. ¿QUÉ HACER?

*Trieste, junio de 1768*

**Q**UÉ HACER? WINCKELMANN ESTABA ASUSTADO por lo que le había ocurrido a Vlaich. Y no creía que se tratara de una simple coincidencia. Alguien le seguía, pisándole los talones con su odio mortal. Vlaich había sido eliminado y ahora le tocaba el turno a él.

No era demasiado tarde, pero empezaba a caer una noche brumosa. La habitación donde se alojaba empezaba a llenarse de sombras. Al otro lado de la puerta el caballero escuchaba vagos ruidos, pasos amortiguados a lo largo de las escaleras, el eco de una conversación en el patio. No conseguía apartar de su memoria la imagen del caballero Vlaich colgando de un gancho en el soportal. Continuamente regresaba a su mente acompañada de un temblor de miedo físico y una gran repugnancia mental. ¿Qué era lo que tenía que hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Salir corriendo hacia Roma para buscar un protector? Pero la nave hacia Ancona tardaba en llegar y, mientras tanto, todos los días aquel maldito canciller llamaba a su puerta para repetirle sus insistentes preguntas. Quizás el incómodo librito de Moira estaba ya circulando por los salones de Europa y él no lo sabía.

Con un suspiro observó, apoyada sobre la mesa, la carta que le había llegado de Viena dos días antes. Las típicas banalidades mundanas. En el norte, en la corte austríaca, por lo menos todo estaba tranquilo. Tenía que conservar la entereza. No le quedaba otra cosa que esperar la nave de Ancona. Luego, cuando se hubiera asegurado de que también en la corte papal se respiraba el mismo aire, decidiría qué hacer. Quizás había exagerado, dándole a aquel librito demasiada importancia.

Estuvo durante mucho tiempo asomado a la ventana, con la vista perdida en el puerto: el mar que se oscurecía agitado por el viento, los embarcaderos sacudidos por la lluvia. Le gustaban los muelles llenos de vida, con las naves y los pesqueros anclados y aquellos marineros robustos que le miraban de abajo arriba... La imposibilidad de salir de la posada para su paseo diario, antes de cenar, le molestó bastante. Era casi un sentimiento de impotencia. Ninguna nave llegaría con aquella tormenta, le habían repetido en varias ocasiones en los últimos días. Quizás dentro de una semana. ¿Resistiría así tanto tiempo en aquella ciudad maldita? Le pareció percibir un peligro, aunque vago, en su propia esencia corporal, como si le presionara en Trieste un sentimiento de inmovilidad fatalista. Cuerpo y espíritu prisioneros en un extraño asedio. Oyó la lluvia que caía con estruendo.

El campanario de una torre dio la hora. En las casas de alrededor comenzaban a encenderse las luces, algunos cristales brillaban como fuegos fatuos. Más gente obligada a quedarse en casa. Se preguntó si le ocurriría lo mismo a todas esas sombras que entreveía en las ventanas, y si ellos también contemplarían el exterior, con el oído apenas acariciado por el ajeteo de las mujeres en casa. «Y quizás así aparece también mi figura ante sus ojos. El mismo fantasma inmóvil delante de la ventana abierta, y como ellos, incapaz de salir.» Por un instante, tuvo la impresión de que una larga fila de fantasmas se agitaban a su alrededor en la bruma del atardecer.

Se sacudió aquella melancolía más propia de una tarde de otoño y abandonó su puesto de observación. Se refrescó la cara en el barreño esmaltado, después se quitó la bata burdeos y la dobló en el respaldo de la silla. Procedió a la elección de la camisa, el instante de incerteza entre la chaqueta ligera y la más gruesa. Sin embargo, los pensamientos de unos momentos antes, favorecidos quizás por la cotidianeidad de la operación, no dejaban mientras tanto de pasarle por la cabeza. ¿Tenía que intentar ponerse en contacto con Tomaso y pagar por su silencio? La vileza pasada, una vez que saliera a la luz, podría derribarle del pedestal de riqueza y fama que había construido tan fatigosamente. «Antes que eso, mejor pagar. Cualquier precio.»

Razonamientos tranquilizadores, pero ahora, concentrado en abotonarse la camisa como si no tuviera otras preocupaciones más urgentes, todos los remedios le sonaban inútiles. Como si le presionara los hombros una oscuridad inexplorada y sin límites, en la que anidaban otros peligros más oscuros. Seguramente, se dijo, en la desesperación que le invadía se reflejaba el estado de ánimo de aquella parada, aparentemente sin motivos, en Trieste. Por otro lado, el horror de la muerte de Vlach estaba todavía demasiado presente en su mente para que no le condicionara.

Llamaron. Ordenó que entraran. Era un sirviente de la posada que le preguntaba si necesitaba agua caliente. De vejez indefinida, espalda jorobada y manos temblorosas, mostraba una sonrisa torcida en el rostro. Winckelmann se quejó de que era demasiado tarde, pero luego le hizo una señal para que dejara la jarra encima de la mesa de aseo.

Cuando el siervo se fue —«¿Pero dónde he visto ya esa horrible cara?»—, se refrescó de nuevo el rostro y se arregló el pelo. En el espejo vio sus propios rasgos tensos. «Noto en la sien cada latido del corazón. Una barriga flácida, una respiración jadeante, un hormigueo al orinar, el asunto que ya no se levanta: es larga la lista de las señales del envejecimiento. Cuando se es joven, el cuerpo es el que se ve; cuando los años son demasiados, se convierte en una máscara. ¿Qué poeta ha dicho que es más triste la deformación del físico que el final propio y verdadero? Soy una pintura antigua que pierde su esmalte devorado por el tiempo. Y no existen pinceladas para los retoques.»

Le entraron unas ganas enormes de juventud a su alrededor y pensó en ese tal Francesco, que Camillo le había presentado dos días antes: sobre los treinta, con el rostro delgado, el pelo castaño recogido en una coleta, grandes ojos negros que contrastaban con la piel pálida y descolorida, que mostraba alguna que otra señal de viruela. Un joven extraño, que parecía tener sus propios caminos de acceso a la mala vida triestina. Sin lugar a dudas, una vida anterior violenta. «Sin embargo, interesante y, a su modo, guapetón. Y todavía lo sería más, si dejara de poner nerviosos a los demás, dando vueltas a ese rubí que lleva en el dedo... Bonita piedra, costará un ojo de la cara, probablemente la ha robado.»

Aquella misma mañana lo había sorprendido junto a su secretario mientras confabulaban en voz baja. Según su opinión, Camillo estaba enrojecido hasta la raíz del pelo, al contrario que ese Francesco que se había puesto todavía más pálido, con las cejas tensas en una línea recta dirigida hacia la nariz. ¿Estarían tramando algo a sus espaldas? Desde hacía algún tiempo, Camillo le parecía cambiado.

Se enfadó consigo mismo. «Me estoy volviendo loco, por eso ahora veo sombras y secretos por todas partes.» El desagradable asunto de Vlaich, de verdad, se había transformado en una pesadilla. «¿Dónde está la tranquilidad imperturbable de la que presumías tanto, querido Joachim?»

## XLVI. NO FUE COMO DEBERÍA

*Roma, febrero de 1772*

**N**

O FUE COMO DEBERÍA HABER SIDO —DIJO bruscamente el jorobado Sebastian. Resoplaba, contando la muerte de Johann Joachim Winckelmann como si se tratara de un asunto que había ido mal—. No fue alcanzado por la venganza de la Confraternidad, a pesar de todo el esfuerzo que realizamos los Avispones. Esto te lo tengo que decir, suizo, porque a mí las historias me gusta contarlas hasta el final. Y Tomaso nunca te diría la verdad.

Heinrich se tambaleó.

—Entonces, ¿qué ocurrió en Trieste?

—Montamos mil controles, habíamos soltado Soplones por todas partes. Sabíamos en cada momento dónde estaba y qué haría a continuación. Había un siervo de la posada, que lo vigilaba por nuestra cuenta, sobre todo cuando en la habitación del alemán entraba cierto joven, ya me entiendes, uno de esos a los que la gente como el caballero pagaba por algunos servicios especiales. No sé si me explico...

Heinrich asintió, sin decir una palabra, ya fuera por el temor de interrumpir las confesiones de Sebastian, o porque estaba muy ocupado en mirar a su alrededor sin llamar demasiado la atención. Estaban sentados en una mesa, el jorobado y él. La cena había terminado. Más que cualquiera de las muchas cavernas en las que había estado en los últimos días, el lugar tenía toda la pinta de ser la bodega de un edificio. «Quizás las catacumbas se extienden hasta por debajo de las casas del centro de Roma.» Pero no podía jurarlo, en la penumbra que reinaba allá abajo todas las cosas parecían vagas. Abrió bien el oído por si notaba sonidos insólitos. «Si gritaba, ¿alguien le escucharía allá arriba? Era poco probable.»

—Le dimos un susto de muerte, eso sí —continuó Sebastian—, pero al final fue asesinado por casualidad. Se trató de un asunto de deseos amorosos no satisfechos. O de una pelea sobre el precio de aquellos favores de los que te he hablado antes. Aquel tipo, el prostituto, sacó el cuchillo, y zas, acabó con el caballero.

—¿Y después? —preguntó el joven lleno de curiosidad.

—¿Después qué? ¿Qué importa lo que ocurrió después? Abre bien los oídos, suizo. Lo que escucharás decir por boca de otros no son más que habladurías propias de las lavanderas. En un delito solo esto es lo que cuenta: la sangre, un cuerpo que no se mueve más, el arma o los golpes, el cráneo roto, el pecho abierto, la cara que comienza a adquirir el color azul... Déjame decirlo, que yo he visto muchos muertos, puesto que los Avispones ejercemos en la Gran Confraternidad, ¿te has dado cuenta, no?, el papel de...

—De informadores —le interrumpió Heinrich, con una sonrisa imperceptible.

—No, esos están por debajo de nosotros, son los Soplones. Nosotros somos los que buscamos las noticias y seguimos las pistas a otros niveles muy diferentes: seguimos a nuestra presa y no la abandonamos. A pie, a caballo, incluso por mar, soportando las pataletas de nuestras barrigas. Hasta que conseguimos eliminar al sujeto que nos han asignado. Y Milady es extraordinaria como guía. Ella pone verdadera pasión en este trabajo... Eh, querido, somos una de las hermandades mejor organizadas del mundo. Tenemos cuatro sedes, además de la de Roma: una en España, en Pamplona; la segunda en Alemania, cerca de Múnich; la tercera en Francia, cerca de Bourbonne-les-Bains; y la última en Inglaterra, en el condado de York. Hablaba con vanidad el jorobado, casi con orgullo. Como si la asociación a la que pertenecía no agrupara a los más canallas de la tierra.

Con cada frase que se añadía a la conversación, Heinrich sentía crecer dentro de sí un profundo disgusto.

—Una profesión peligrosa, la vuestra, siempre con la policía detrás de los talones —observó con mucho cuidado.

—Bien dicho —se rio el otro—, pero Milady tiene amigos poderosos. Y la policía no puede entrar en las embajadas extranjeras o en las iglesias. Sin tener en cuenta que, por todas partes, hay parroquias que gozan de privilegios e inmunidades particulares, y que nos dan asilo a cambio de... —e hizo con los dedos un gesto de contar monedas.

La cabeza le pesaba, y la preocupación oprimía el estómago de Heinrich. Apretó los dientes.

—Volvamos adonde habíamos empezado esta conversación. Si tú dices la verdad, quiere decir que Milady y Tomaso me han mentado. Han sostenido siempre que consiguieron hacérsela pagar a Winckelmann...

—Escúchame bien, suizo de las narices: la vida no es como el teatro de marionetas, donde hay una historia, y si Pulchinela hace ciertas cosas, las consecuencias son inevitables. En la vida de verdad todo es diferente, las cosas son tal y como vienen, y es necesario aceptarlo —se humedeció los labios, como si tuviera la boca seca, y luego prosiguió—. Yo te he dicho la verdad. Si no te lo quieres creer, eres libre de marcharte y que te den.

Parecía verdaderamente ofendido. Heinrich se excusó. El otro continuó resoplando.

—Lo que yo sé es que no lo ha matado uno de nosotros. Pero al final, ¿qué importancia tiene? Es el resultado lo que cuenta, y yo a ese lo vi muerto de verdad. Con mis ojos. Con aquel pelota de secretario que se le tiraba encima y andaba como un loco. Miré su cadáver a la cara, cuando fui con el carpintero, también uno de los nuestros, para que le tomara las medidas del ataúd. Muerto en el acto, te lo digo —se

servió un último vaso de vino de una jarra que había permanecido encima de la mesa —. De todos modos, que a los Avispones nos hayan robado la satisfacción del final no es algo que haga reír mucho. Pero aquel tipo que nos quitó el trabajo, aquel prostituto de mierda, lo ha pagado caro —se carcajeó de mal modo—. Oh, sí que lo ha pagado caro.

## XLVII. EN CUANTO FRANCESCO LLAMÓ

*Trieste, junio de 1768*

**E**N CUANTO FRANCESCO LLAMÓ A LA PUERTA DE LA HABITACIÓN, Winckelmann abrió, y al verlo retrocedió sonriendo para dejarle pasar. Colocó dos vasos en la mesa y le invitó a sentarse, algo que el joven hizo de mala gana, casi resoplando.

En efecto, Francesco había venido para pedirle dinero a su cliente alemán. A fin de cuentas, el plan delictivo que le había propuesto Camillo Valle —acabar con Winckelmann, robarle y quitarle todo el dinero y las cartas de crédito que llevaba consigo— no le interesaba tanto. No quería ensuciarse con un crimen. Más bien, sin riesgos, sacarle el dinero a ese viejo, revelándole la traición de Camillo. Miró al caballero. Con la mirada perdida saboreó el vino que le había ofrecido. Qué estúpido este alemán. Ni siquiera se había dado cuenta de todo lo que su secretario estaba tramando contra él. Y qué tipo ese Valle. Conocía a la perfección el arte de disimular. Era alguien con quien había que tener cuidado... En el rostro se le dibujó una mueca.

Francesco bebió el vino con desgana. El corazón le latía con fuerza, no se decidía a sacar el argumento. Él no había sido nunca una persona de muchas palabras. La acción le gustaba: si se trataba de pelearse o clavarle un cuchillo a alguien, no se echaba hacia atrás, pero las palabras siempre habían representado para él un gran problema... «¡Explícame un poco!», le amenazaba su padre cuando estaba borracho, y a él, que era solo un chiquillo, se le hacía un nudo en la garganta y se le paralizaba la voz. «Las palabras no son más que gilipolleces», pensó. Como esas expresiones cortantes de su madre, que lo herían cada vez que iba a verla, apartando la mejilla que él habría querido besar: nunca le había perdonado que lo echaran de la casa del conde Stanich con la acusación de *obscena lascivia*. Pero ¿qué tenían que ver ahora aquellos desagradables recuerdos? Sí, era un prostituto, todos lo sabían. Y a todos los odiaba. Ellos, sus clientes acaudalados que se hacían pasar por personas de bien, como ese alemán imbécil y su estúpido secretario.

Winckelmann le sirvió otra copa. El joven observó fugazmente el vaso del otro, todavía lleno. En la mesa, llena de cartas y de libros, había una pequeña estatua de efebos. Brillaba, ¿sería de oro? Y un abrecartas con la empuñadura de marfil. Claro, este tontorrón debía tener dinero a manos llenas.

El caballero se sentó de nuevo en el sofá. Se le veían las piernas desnudas bajo la bata.

—Llueve —dijo al cabo de un rato, como si se tratara de una conversación sin pensamientos.

«Qué estúpido.» Francesco suspiró abandonándose en el respaldo de su silla, en espera de que el otro le diera un motivo para llevar la conversación al asunto económico. Detrás del balcón medio cerrado se escuchaban las voces del callejón. Imaginó las conversaciones del tabernero que se hallaba en la planta de abajo, los comentarios típicos sobre su visita al caballero. Presa del nerviosismo se levantó: quería concluir el asunto lo antes posible. Winckelmann no dejaba de dar vueltas a un anillo en el dedo anular. El gesto de su padre cuando se sentía cohibido. Recordó la triste atmósfera de las comidas en su casa, cuando era niño. Aquellos silencios lúgubres, como si hubiera muerto alguien. El recuerdo le molestó. Tuvo ganas de golpear su frente contra la pared, con la misma furia que lo devoraba cuando se encontraba delante de su padre. Consumido de exasperación. Su padre, que ciertas veces inexplicablemente se serenaba e, intentando ser conciliador, le ofrecía algo de vino. Y entonces él obstinadamente se negaba diciendo que prefería agua, sólo por el placer de hacer lo contrario a lo que le decían.

En los días anteriores, Francesco había estudiado durante largo tiempo la forma de acercarse a Johann Joachim Winckelmann. Un hombre maduro, ocioso. Seguramente rico y asqueroso. Un loco, capaz de ponerse chorreando con la lluvia que caía con fuerza en su deseo de observar algún bajorrelieve antiguo.

Un espejo dentro de un marco muy fino de madera dorada estaba colgado encima del sofá donde Winckelmann permanecía sentado. Reflejó a Francesco, su rostro pálido y desfigurado por la viruela. Las cejas casi unidas entre ellas. Le cruzó de nuevo por la mente la fantasía de golpear la pared a cabezazos, los puños cerrados colgando del cuerpo, que romperían en pedazos el espejo. Y pensó que tenía ganas de penetrar con furia en aquel mundo de lujos y comodidades que siempre le habían sido negados. Avanzó hacia la pared, premio o destino, inclinándose hacia el alemán.

Acercó la cabeza, la apoyó contra la boca del caballero y el otro le echó hacia atrás el pelo, lo mordió y alargó dulcemente la lengua para sentir el gusto amargo y acre de su oreja.

Sintió sonidos débiles detrás de la puerta que comunicaba con la habitación del secretario. ¿Camillo Valle estaba detrás, listo para la emboscada? Volvió a pensar en la tarde del día anterior, cuando el joven secretario había concertado una cita en un bonito café del centro, junto a un tablero de ajedrez. En los primeros veinte minutos, Camillo había intentado incluso explicarle las reglas del juego, pero para Francesco aquello fue peor que el árabe: las casillas vacías del tablero le creaban incluso un

sentimiento de vértigo...

Luego, habían ido a buscar un dormitorio en un edificio donde alquilaban las habitaciones y habían hecho el amor. No, no era la palabra apropiada. No había amor en los ojos de Camillo. «Uno siente cuando hay amor.» Francesco no había conseguido entender en ese momento lo que el otro quería de él. Solo más tarde, cuando Camillo había comenzado a hablarle del caballero —de lo harto que estaba de permanecer a su servicio, de lo fácil que habría sido comenzar una nueva vida en otro lado si hubiera tenido en el bolsillo el dinero que Winckelmann poseía...—, había comenzado entre ellos aquel oscuro trato de proyectos de robo y delito, casi como si fuera un juego. Sobre todo, cuando Camillo decía que se había enamorado de Francesco, y que quería librarse de Winckelmann para vivir con toda la libertad posible una auténtica y nueva relación de amor. De todos modos, si lo pensaba bien ahora, el joven había actuado con vaguedad. «Aquel hipócrita de Camillo era frío y rígido incluso mientras se dejaba joder, aunque murmurara: "Francesco, haz lo que quieras conmigo".»

Pero él no había nacido ayer y no se había creído nada. No había venido todavía al mundo el que pudiera engañar a Francesco Arcangeli, y mucho menos ese petimetre de Camillo Valle.

Dulcemente Winckelmann sujetó la cabeza del joven, con la misma delicadeza con la que tomaría un objeto antiguo entre sus manos. Sonó el golpe de una persiana, y el ruido pareció prender una chispa alegre en sus ojos, que se empequeñecieron.

Fue entonces cuando Francesco se decidió bruscamente y comenzó a hablar. Un río de palabras, en donde había de todo, empezó a fluir: la traición de Camillo y el proyecto del robo, sin dejar a un lado las relaciones de Camillo con una oscura Confraternidad, dedicada a los asesinatos de los poderosos, sobre la que Francesco había tenido noticias, gracias a la amistad que mantenía con los mendigos del puerto.

Winckelmann no reaccionó. Un largo y oscuro silencio, pero era evidente que por la cabeza le estaban pasando los pensamientos más negros. Masculló algo que Francesco no entendió: una oscura frase sobre la ceguera de cierta Titania... El joven vio cómo los ojos del caballero se oscurecían —odio o desesperación, o quizás ambos—, mientras se lanzaba sobre él con el abrecartas en la mano. Los pies de ambos se movieron al ritmo de una danza salvaje. El joven consiguió agarrar el abrecartas y arrancárselo de la mano.

«Es ligera una cuchilla en las manos de un hombre. Una seda sobre el cuello de un hombre.» Francesco llevaba en las mejillas un par de cicatrices, recuerdo de armas brillantes y afiladas que le habían acariciado el rostro como una espina de pescado. Pero nadie sabe lo que es clavar una cuchilla en el cuerpo de un ser humano hasta que no lo hace. «Es un peso que parece una piedra maciza. Como si toda la vida de un

hombre intenta oponerse al hecho de que la muerte entre por ese agujero.» Al menos fue lo que le ocurrió a Francesco. En aquel momento, el abrecartas pareció convertirse en sus manos en algo tan pesado como una piedra. Porque en aquella situación uno siente las costillas, los músculos del otro, incluso los latidos de su corazón. Y Francesco Arcangeli podía percibir el de Winckelmann, que latía como un tambor. Las propias manos y las del alemán apretando juntos la cuchilla. Las manos del caballero unidas a las suyas como si estuvieran rezando, como si quisieran ayudarle a clavarle el arma en el vientre.

Y luego los enormes ojos abiertos del muerto caído pesadamente al suelo.

Fue entonces cuando Camillo Valle saltó tras la puerta de la habitación de al lado. Francesco lo vio inclinarse sobre él, golpeándolo en la cabeza con la estatuilla de efebo. Y le oyó gritar: «¡Asesino! ¡Perro! ¡Venid, a por él! ¡Han asesinado al caballero!».

Francesco se perdió en una pesadilla que tenía el color de los ojos del muerto. Sabor de sangre en la boca, como si hubiera tragado unas moneditas de cobre. Intentó despertarse, escuchaba a lo lejos a Camillo gritar. Le rodearon, alguien le dio una patada y le llamó repetidas veces *perro*. Deseó encontrar una guarida donde esconderse. «¡Perro!» Los ojos de Johann Joachim Winckelmann. El color de un pozo oscuro, una pieza de ajedrez que se perdía en la oscuridad del pozo, y Francesco hacía de todo por encontrarla, pero se trataba de una figura negra.

Recobró el conocimiento a duras penas. Se sentía dolorido por todas partes, tenían que haberle golpeado. Además, le habían atado fuertemente las muñecas, detrás de la espalda. No conseguía mantener los ojos abiertos.

—Imputado Francesco Arcangeli, frente a vos está el canciller imperial Pichel de Ehrenlieb, que redactará el expediente procesal que os incumbe —dijo una voz nasal—. ¿Reconocéis a este sujeto? —la misma voz, después de un breve silencio.

—Vino varias veces buscando a su excelencia... Eh, ya decía yo que terminaría mal. Un tonto como ese... —respondió un tono cantarín, en el que Francesco reconoció el habla del tabernero—. Llegó por la mañana, pasadas las nueve. Afortunadamente el señor Camillo se hallaba en una habitación cercana y oyó unos ruidos sospechosos.

—Me preocupé cuando oí aquel ruido sordo, y luego los golpes, como si estuvieran peleando. Al final, el caballero gritó y yo me precipité dentro. Qué horror... —la voz de Camillo Valle procedía del fondo de la habitación.

¿Winckelmann estaba vivo o muerto? Se preguntó Francesco, intentando abrir los ojos. Sintió que Camillo decía:

—El caballero está muy mal. No, no puede hablar, dejadlo en mis manos, tiene que descansar.

El interrogatorio, entremezclado con los empujones con los que los dos guardias lo sentaban cuando se resbalaba del taburete, le pareció larguísimo. Francesco Arcangeli sentía la cabeza darle vueltas y no conseguía mantener los ojos abiertos.

Escuchó al canciller rogarle muchas veces al escribano.

—Preocupaos de realizar el verbal con orden. Las preguntas en la parte de la izquierda, las respuestas a la derecha.

Y luego la voz de Camillo desfigurada por una especie de sollozo:

—¡Ha muerto! ¡El caballero ha muerto! —seguida por un murmullo de consternación.

Desconsolado, Francesco pensó que jamás los guardias habrían creído la verdad, es decir, que Winckelmann se había hecho matar. Vio de nuevo la escena en su pensamiento, sintió el gesto del alemán mientras le cogía las manos y se clavaba el abrecartas en el vientre. «Pobre desgraciado que soy: me han engañado a lo grande.» Y tras este pensamiento dejó de oponer resistencia.

## XLVIII. EXPEDIENTE CRIMINAL CONTRA FRANC

*Trieste, julio de 1768*

*Expediente Criminal contra Franc. Arcangeli  
en puncto omicidii.*

D

ÍA OCHO DE JUNIO DEL CORRIENTE AÑO, POR LA mañana, este canciller Pichel de Ehrenlieb fue llamado con urgencia a la posada Grande, ubicada en las cercanías del puerto. Conducido por el tabernero, subió a la habitación del caballero alemán Johann Joachim Winckelmann quien, con una gran herida en el pecho, se hallaba sobre el sofá boca arriba, ayudado por su secretario Camillo Valle, que se prodigaba alrededor de él de todas las maneras. Se hizo lo imposible para que el herido hablara. El caballero parecía querer decir algo, pero el secretario hizo justamente notar que no era oportuno cansarlo todavía más. De todos modos, el herido dio a entender que deseaba una pluma y papel para redactar con sus últimas fuerzas un testamento, donde nombraba como único legatario a un cantante romano, cierto Domenico Annibali. Una vez hecho, se dejó ir con desvaríos de moribundo.

En cuanto al criminal que le había herido, las pruebas eran evidentes, ya que el asesino, un tal Francesco Arcangeli, con una camisa de tela cruda propia de los que trabajan en los hornos, yacía en el suelo atontado tras un golpe providencial del secretario, que había intervenido apenas se produjo la discusión entre el caballero y su asaltante.

Al producirse la muerte del caballero poco después, se procedió a enviar la *notitia criminis* al aguacil y a llevar al arriba mencionado Arcangeli a prisión, donde le fue presentada contextualmente el arma del delito que reconoció inmediatamente como propia. Examinados los testigos, se transcribieron los autos: que dicho Arcangeli Francesco, hornero de treinta y cuatro años, de estatura ordinaria y delgado de cintura, con barba y el pelo recogido de color castaño oscuro, con la piel del rostro clara donde sobresalía una señal de viruela, era conocido en la ciudad como prostituto. El tabernero declaró además que, en cuanto entró en la habitación, había escuchado al caballero en su delirio de moribundo repetir un par de veces: «También tú, animal», aunque nadie entendió el significado. Al final del interrogatorio de los testigos, el asesino se proclamó inocente, dejando caer acusaciones contra Camillo Valle. No se ha manifestado ninguna sombra de culpabilidad hacia el recién mencionado Valle, que según todos es honrado, de buenas costumbres y exento de cualquier opinión sospechosa. Este canciller proveyó enviar a Arcangeli a torturarlo,

donde inmediatamente confesó sin ambages.

En conclusión de los autos del proceso, se comunica que con fecha de hoy, día 22 de julio de 1768, se ha cumplido justicia en la plaza pública del mercado.

## XLIX. UN ROSTRO NEGRO INCLINADO SOBRE ÉL

*Roma, febrero de 1772*

**U**N ROSTRO NEGRO INCLINADO SOBRE ÉL. UNA boca de mujer. Una sonrisa inquietante de dientes afilados, más divertida que malvada. Una larga cicatriz que atravesaba las mejillas. Las orejas cortadas. Heinrich reconoció a la negra al servicio de Milady.

—Toma —le dijo la mujer—, quiero que tú tengas esto. Pero no se lo digas a Jacobus o a Sebastian. Es más, no se lo menciones a nadie.

—¿Qué es? —preguntó Heinrich mirando aquella especie de estuche oscuro que la negra le estaba metiendo en el bolsillo de la chaqueta.

La pregunta le salió instintivamente, como también el gesto de agarrar por la manga a Sans-Peur.

—Lo sabrás a su debido tiempo —respondió la negra—. En el momento oportuno te será útil. Siempre que tengas el valor de escapar... —y lo miró con disimulo, casi con ironía.

—Y, ¿cómo es que me quieres ayudar? —le preguntó Heinrich, repentinamente desconfiado. En el fondo, Sans-Peur era una persona de la confianza de Milady.

—No amo la esclavitud, ni la mía, ni la de los demás. Durante mucho tiempo he vivido con cadenas, en la isla de Trinidad, al otro lado del mar: una larga colección de azotes, orejas cortadas y un anillo de hierro de diez libras en el tobillo, porque en dos ocasiones intenté escapar. Sans-Peur era el nombre que los propietarios franceses daban a los rebeldes como yo... —el rostro de la negra quedó atravesado por un gesto, la cicatriz que le desfiguraba las mejillas reveló un temblor—. Cada hombre tiene que ser libre de ir a donde quiera, de hacer lo que quiera. Así lo pienso —luego extrajo del bolsillo una cantimplora roja y se la entregó—. Bebe, te dará valor.

—¿Qué es? —le preguntó Heinrich.

—Un elixir de hierbas que solo yo conozco. Deja de perder el tiempo con preguntas estúpidas. Tómatelo rápidamente, podría venir alguien.

El joven le dio un trago. Un sabor amargo, que se pegaba a los dientes. «¿Y si fuera un veneno? ¿Y entonces? ¿Qué importa?»

—Todo —ordenó Sans-Peur.

Heinrich obedeció. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Para ti podría ser peligroso ayudarme. Milady y su Confraternidad son poderosos y vengativos —susurró Heinrich. No se fiaba todavía, pero le tenía agarrada la manga para que no se marchara.

—En primer lugar, yo soy Sans-Peur, el mismo nombre te dice que no sé lo que

es el miedo. En segundo lugar, no me gustan los hombres enjaulados. En tercer lugar, tú eres quien está en peligro, no yo —y dicho esto, la negra se soltó de un empujón y desapareció velozmente por un túnel oscuro.

A Heinrich le pareció escuchar muy lejos, su voz que repetía.

—Llegará muy pronto tu momento...

Se sentía agotado, el desfallecimiento se adueñó de él, quedándose dormido.

Se despertó con los gestos bruscos de Jacobus. ¿Había sido sólo un sueño?

—Vamos, señorito, nos trasladamos.

—¿Me puedo ir? ¿Me dejáis libre?

—Suizo, ¿pero te has vuelto loco? He dicho solo que cambiamos de sitio, te llevo a otra parte.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

El enano resopló.

—Demasiadas preguntas para mi gusto. Tengo la orden de escoltarte hasta donde está Tomaso, y yo te llevo. Así que deja de hacer preguntas y sígueme.

Heinrich se puso en pie y se encaminó tras el enano, que se había colado a toda velocidad por una galería. El sueño —¿o quizás se trataba todavía del elixir de Sans-Peur?— debía de haberle sentado bien, porque no realizaba ningún esfuerzo siguiendo la lámpara de aceite que Jacobus llevaba sobre el hombro, aunque la luz era apenas suficiente para iluminar un terreno bastante accidentado.

No dejaba de pensar en las palabras de la negra y mecánicamente se llevó la mano al bolsillo. Palpó un objeto cilíndrico, el estuche que Sans-Peur le había entregado. ¿Qué podía contener de tanta importancia? ¿De verdad la negra quería ayudarle? Le pareció que el corazón se le paraba.

Debió bajar el ritmo porque Jacobus, dándose la vuelta, le gruñó una regañina.

—¿Qué te pasa suizo? ¿Acaso estás dormido?

Apresuró el paso para alcanzarle. No era el momento adecuado para resolver misterios, sobre todo porque de las galerías laterales llegaba un vocerío confuso que se hacía cada vez más intenso.

—Son nuestros talleres —dijo Jacobus, girándose hacia Heinrich.

Recorrían, en efecto, una galería de piedra caliza en la que se abrían huecos iluminados. Una hilera de grutas comunicantes donde algunas viejas trabajaban con tesón alrededor de mesas repletas de retales.

—Vestidos, zapatos, todo lo necesario para cualquier ocasión. Prendas finas, suizo. Aquí no intentamos enredar como hacen los artesanos de allá arriba, en la ciudad... —rio el enano.

—Pero, ¿cuál es su destino? —preguntó Heinrich.

El otro hizo un gesto vago con la mano y se marchó a charlar con una enana que se había deslizado fuera de un agujero, sujetando en el costado una cesta repleta de

guantes.

Heinrich aprovechó para curiosear dentro de una de las grutas iluminadas. Sobre aquellas mesas había de todo: montones de chaquetas de terciopelo con el corte de los aldeanos, jubones, camisas, cinturones anchos y de colores, calzones cerrados con una hebilla bajo la rodilla, pantalones de piel de cabra, incluso vestidos de frailes o de monjas. Y además, cestas enormes llenas de medias de colores, montones de sombreros de todos los tamaños. Un joven se estaba probando uno, alto, rígido y redondo, con el ala muy ancha a los lados:

—No me va —le dijo a la vieja que se lo había traído—, quiero uno calabrés, porque tengo que hacer de carretero —explicó. Y la vieja le buscó uno con plumas de gallo, del que caía sobre el hombro una redecilla larga—. Esto es lo que quería —rio el joven, satisfecho. «Todo lo necesario para disfrazarse», pensó Heinrich taciturno.

Más adelante se adentraron en una amplia cueva donde se confeccionaban pelucas. El joven las miró con repugnancia, recordando las palabras de Milady sobre las confecciones con piel humana.

—Los cabellos que utilizamos no vienen solo de los cementerios —rio Jacobus, percatándose de la ansiedad que se leía en el rostro de Heinrich—. A menudo son las propias campesinas quienes los venden. El tinte más solicitado es, naturalmente, el rubio claro.

Sobre una larga mesa, estaban bien a la vista, hileras de mechones de los tintes más variados, trenzas, alfileres con la cabecilla de estaño para las que no estaban casadas.

Heinrich de muy buena gana habría preguntado a Jacobus, pero no se atrevió.

—Todo esto es cuestión de rutina, suizo. Los trabajos extraordinarios son otros. Los que se realizan con motivo del último día de carnaval, por ejemplo...

De hecho, habían entrado en una caverna donde se concentraba una multitud de personas que trabajaba frenéticamente. También aquí se observaban muchos vestidos amontonados: desde los más elegantes, que se habrían adaptado perfectamente a un baile de un palacio romano, hasta las túnicas más rudas, sobre las que se habían cosido cáscaras de limón en vez de botones, y además sombreros decorados con hinojos y cogollos de lechugas, gafas recortadas en la cáscara de una naranja, máscaras con velo negro, chaquetas de arlequín con sonajeros en los hombros, montones de zancos altos como un hombre. Algunas máscaras enormes de teatro: cabezas de unicornios, de monos, de gallos con enormes crestas rojas, de gato Palu...

Inmensas cestas rebosaban de bolitas de yeso rojas y blancas, tan grandes como un guisante.

—Son los confetis que se lanzan a las personas que van en el cortejo. En cambio, los que están amontonados sobre la mesa del fondo son los cirios, de los que la Confraternidad tiene la venta exclusiva aquí en Roma —le explicó de nuevo Jacobus.

—Y estas son máscaras de gasa, para las mujeres, pues allá arriba —levantó el dedo para indicar la ciudad que estaba arriba— han emitido un edicto que obliga a las mujeres en los días de carnaval a taparse el rostro por decoro. Así que nosotros lo aprovechamos: nos vestimos de mujer y podemos pasear sin que nos molesten con el rostro cubierto... Eh, el carnaval romano es una auténtica fiesta. Es una pena, suizo, que tú no puedas verlo...

«¿Qué significa que yo no podré verlo? ¿Nunca me van a dejar libre? ¿Tienen intención de acabar conmigo?» A Heinrich se le puso la piel de gallina.

—Casi hemos llegado —dijo el enano frotándose las manos.

Entraron en una gruta con el techo muy alto, donde algunos hombres estaban ocupados en trabajar con el mortero y el cedazo. Unos viejos cortaban tiras de pergamino, las enrollaban formando un cono y se lo pasaban a otros que con cuidado los llenaban con polvos de colores.

—¿Qué es lo que hacen? —preguntó Heinrich asombrado.

—Son los Girándulos: preparan los fuegos artificiales de carnaval. Cuando los cartuchos están listos para ser utilizados y bien atados, se pegan a los anillos de las girándulas y se prende fuego a la mecha. La girándula está clavada en un palo que puede dar vueltas y así se crean las distintas formas de los fuegos... ¿No se usan en tu país? —se rio el enano.

Un pequeño cilindro oscuro cayó de una mesa y rodando fue a detenerse entre los pies de Heinrich, que lo cogió.

Un hombre se acercó, tendiendo su mano. El joven se lo devolvió.

—¿Para qué sirve? —le preguntó.

—Se mete un cartucho de pólvora, se empuja bien hasta el fondo con un trocito de madera y... —dijo el hombre.

—Y luego, ¡pum! ... —se rio Jacobus.

—Eh, que no son juguetes —el hombre miró al enano severamente y sacudió la cabeza—. Es un peligro si explotarán en la mano, o incluso aquí, bajo tierra. Solo pueden encenderse cuando se está fuera, al aire libre. Aquí trabajamos con mil precauciones. Es un trabajo para expertos. Cuando la gente en carnaval aplaude las girándolas de colores, no se imagina cuánto trabajo hay detrás...

El enano tiró de la manga de Heinrich.

—Vamos, suizo, Tomaso te espera —y sin esperarle se movió.

—¿Cuánto queda para el carnaval, Jacobus? —le preguntó angustiado Heinrich, mientras se alejaban.

—Pero si ya ha empezado, querido señorito. Mañana es martes de carnaval, el último día, cuando se celebra la gran carrera de cirios.

—¿La carrera de cirios? ¿Y dónde?

—Arriba, en la avenida —respondió Jacobus—. Seremos muchos, habrá tanto

trabajo por hacer, algo muy divertido, ja, ja... Pero ahora date prisa —añadió volviéndose para observarle—. No tenemos todo el día.

Al final de una de las galerías llenas de humo, excavada en la roca, entraron en una gruta no muy amplia, pero diferente de todas las que Heinrich había podido ver desde que le habían permitido moverse sin venda en los ojos. De hecho, esta parecía mucho más luminosa, porque las paredes desnudas habían sido estucadas y pintadas de un blanco sucio, suficiente para reflejar e intensificar la luz de las antorchas: se calentaba por el fuego de tres grandes braseros equidistantes, que formaban los vértices de un triángulo. En el centro, Tomaso estaba sentado sin compostura en una silla, la barbilla sobre el pecho, con la mirada ciega fija en el suelo. De pie junto a él, Sebastian se frotaba la boca con la palma sucia de la mano, meciéndose sobre un pie y luego sobre el otro, como un golfillo al que acaban de coger in fraganti. Heinrich se detuvo en la entrada: mezclado con el olor a sebo quemado y a humedad, percibió un vago aroma de especias, el perfume dulzón que emanaba de los vestidos de Sans-Peur.

Como si sus sentidos fueran extrañamente agudos, Heinrich escuchó los fragmentos de una conversación:

—¡Qué pena! —comentaba Sebastian.

—Las órdenes son las órdenes... Falta de confianza... —decía Tomaso, con un movimiento de hombros que hizo crujir la silla. Estaba a punto de añadir algo cuando Jacobus anunció con mucho ruido su llegada.

—A buena hora —comentó Tomaso, levantando la barbilla como para observar el techo pintado de blanco.

—Hay un poco de jaleo por ahí —se justificó Jacobus—. Ya sabes, el carnaval...

—Está bien —cortó por lo sano el viejo ciego, agitando una mano como para espantar un insecto.

También el más ingenuo de este mundo se habría percatado del pésimo humor en el que se había sumido. «¿Será que la negra ha traído nuevas órdenes de Milady?» Pensó Heinrich, inclinándose hacia adelante con los hombros torcidos, con prudencia, como si esperara de un momento a otro un golpe de puñal entre las costillas.

Tomaso dirigió una mirada vacía hacia el joven y los labios se doblaron demasiado rápidamente para ser interpretados como una sonrisa sincera.

—Espero que hayas encontrado interesante e instructiva tu estancia entre nosotros.

Heinrich enderezó la espalda recta, preparado para simular todo el entusiasmo y el reconocimiento del que era capaz con tal de irse de allí, pero el viejo le anticipó:

—Milady... es decir, nosotros... hemos pensado que te podría ser útil una visita a la planta de abajo —dijo.

—Pero Tomaso... —se entrometió Jacobus, con una sombra de desconcierto en la

voz, al escuchar la decisión que habían tomado en su ausencia. Heinrich era todo oídos, algo inquieto. «Aquí se está jugando mi destino.»

—Creo que nuestro joven artista no ha comprendido todavía bien la grandeza de la Confraternidad —continuó Tomaso tras un profundo respiro—. Después de todo, solo ha escuchado un montón de palabras, bla, bla, bla, y lo hemos dejado a merced de unas pocas personas que han representado para él el papel de miserables. Crees que todo ha sido una bonita broma, ¿eh, suizo?

Heinrich abrió la boca para negar, para jurar sobre lo que más quería que todo lo que había visto y escuchado, allí abajo y en aquellos días, era la pura verdad, que sentiría por la Confraternidad, es más, por todas las confraternidades del mundo, el mayor respeto del que su alma fuera capaz. Pero todavía una vez más el viejo se adelantó.

—Sebastian te acompañará hasta el nivel inferior —continuó—. Allí por fin podrás darte cuenta, no sólo de lo fulgurante que es la luz de nuestro tesoro, sino también de lo potente e indiscutible que es nuestra fuerza. Si piensas que un día las confraternidades podrán ser eliminadas de todas las ciudades y pueblos, como se hace con las malas hierbas, allá abajo te darás cuenta de lo equivocado que estás de una vez por todas.

Heinrich sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y que las piernas se le doblaban. ¿Por qué no le había dicho simplemente: «Míranos con temor y miedo, pero ahora vete, vuelve a tu mundo y no mires atrás»? Así que querían tenerlo allí para siempre, o si no, matarlo. Sin embargo, él no revelaría jamás nada de la Confraternidad. Y en cuanto al caballero Winckelmann y a lo relacionado con todas las circunstancias de su muerte, serían las contenidas en las actas de las autoridades. Nada de lo que Tomaso y su banda le habían contado saldría de su boca. Seguro. Pero ¿cómo hacérselo entender a ese viejo testarudo? ¿Por qué nadie quería interceder por él ante Milady?

Lanzó una mirada desesperada a Sans-Peur que, desde un rincón, observaba la escena con un rostro imperturbable. ¿De qué parte estaba aquella mujer? Entonces, ¿le había tomado el pelo? Se sintió de repente muy cansado, casi agotado por aquella continua traición de todo, por la inexorable infidelidad de toda unión.

## L. DE LA HACIENDA MON REPOS

*Trinidad, agosto de 1759*

D

E LA HACIENDA MON REPOS, PROPIEDAD DE *Monsieur* Bernard Lavoisin, se comunica que ha escapado una esclava de nombre Avril, conocida como Sans-Peur, de veinticuatro años, ya condenada en 1755 a treinta latigazos y al corte de una oreja tras un intento de fuga, en 1756 a cuarenta latigazos y al corte de la segunda oreja por la reincidencia de un segundo intento de fuga, en 1757 a cincuenta latigazos y a llevar en el tobillo derecho un anillo de hierro de diez libras, por haber fomentado entre las esclavas de Mon Repos la protesta de lavar a sus hijos entre las piernas antes del momento del parto, con la finalidad de reducir a la miseria al susodicho propietario *monsieur* Lavoisin.

En el momento en el que sea capturada, se da la disposición de que le sean cortados los brazos y que inmediatamente sea decapitada, luego, que su cabeza sea clavada en un bastón a la puerta de la mencionada propiedad, como advertencia a los negros maldispuestos y apáticos en sus mansiones.

Se da asimismo disposición a todos los guardianes de que castiguen con penas más severas a cualquier esclavo que infrinja las reglas de la disciplina, con ociosidad o comportamientos insubordinados.

En representación de la asociación de propietarios,

*Monsieur* Auguste Peyrot D'Alembert.

## LI. «¡VAMOS!», DIJO SEBASTIAN

*Roma, febrero de 1772*



amos! —dijo Sebastian, sujetando a Heinrich por un brazo, y con un empujón lo invitó a encaminarse por el túnel—. Sé buen chico y sígueme.

No le había ordenado que se pusiera la venda otra vez, pero la penumbra era tan cerrada que Heinrich se veía obligado a dejarse llevar por el jorobado. No podía ser de otro modo, porque a menudo el espacio angosto obligaba a Heinrich a rozar el hombro derecho contra la pared de la roca. El joven intentó componer mentalmente el mapa que sus pasos iban trazando, pero ya en la tercera o cuarta curva se sintió perdido. No conseguía ni siquiera calcular cuánto tiempo había pasado —«Quizás sería mejor que contara los pasos»—, cuando Sebastian le ordenó que se detuviera.

—Ahora, con cuidado —le avisó—. Se comienza a bajar... Espera, que aquí está todo muy oscuro.

Heinrich imaginó, más que ver, que se encontraba en lo alto de una rampa de escaleras estrechas y resbaladizas que se adentraba en el corazón de la tierra; y en efecto desde abajo subía una corriente de aire fría y malsana que solo llenaba de nuevos temores su mente.

Mientras tanto, Sebastian se afanaba con un encendedor, y tras unos instantes, por fin la luz de una vela tembló en la oscuridad. El pasaje era demasiado estrecho para que bajara uno al lado del otro, así que el jorobado se le adelantó, teniendo cuidado de agarrarlo bien del borde de la camisa. ¡Cómo si a él se le hubiera pasado por la cabeza escapar!

Los dos descendían lentamente, escalón tras escalón. Cada vez que apoyaba el pie, Heinrich temía resbalar o doblarse el tobillo, porque el terreno resultaba accidentado, el ancho de los escalones no era nunca el mismo y los bordes irregulares. A veces, con huecos y salientes que le hacían perder el equilibrio.

—¿Adónde vamos, Sebastian? —al final encontró el valor de preguntar, mientras la corriente de aire se hacía cada vez más fría, helándole la piel sudorosa.

—Ya te lo ha dicho Tomaso, ¿no? —respondió el otro con un tono distraído, como si la bajada necesitara toda su atención—. Allí en el lab... en el nivel inferior, es donde guardamos el tesoro.

—¿Qué tesoro? Baúles con monedas, gemas... —insistía Heinrich, pero en realidad pensaba en la palabra *laberinto*, que casi se le había escapado de la boca a Sebastian.

—Lo verás tú mismo, señorito —cortó por lo sano—. Ah, ah, será una

experiencia inolvidable, te lo asegu... —pero, de repente, su voz se rompió con un grito ahogado.

El borde de su manga se apretó como si fuera un mordisco, luego se produjo una violenta sacudida que tiró a Heinrich al suelo, haciéndole caer encima de Sebastian. Ambos rodaron por las escaleras, dos, tres veces, en un enredo de miembros golpeados por las aristas de la roca. Al final de la caída, el dolor hizo aparición y Heinrich, en el último breve instante de lucidez, notó que sus sentidos lo abandonaban como el calor al cuerpo.

Al abrir los ojos, Heinrich creyó que estaba muerto, pero sólo durante un instante. Enseguida una serie de golpes de tos le despejaron el pecho, pues un nudo en la garganta le impedía respirar. Sentía punzadas por todas las partes del cuerpo, pero no eran nada en comparación con el entumecimiento de los músculos, hasta el punto de que el más pequeño movimiento le parecía una empresa más allá de sus posibilidades. Por otro lado, la cabeza le pesaba como un peñasco y se la sentía inflamada, a punto de explotar. Se obligó a permanecer inmóvil durante un cierto tiempo, hasta que no estuvo seguro que conseguiría levantar los brazos y buscar un apoyo.

De repente, todo volvió a su memoria. Las escaleras, Sebastian que le conducía hacia el laberinto... Sebastian, estaba claro, era aquel cuerpo frío e inmóvil con el que había permanecido encajado entre las paredes de piedra. Sí, debajo de su mano notaba la masa redondeada de la joroba.

A duras penas, Heinrich consiguió apoyarse sobre las rodillas, apartándose con repulsión del cadáver. Luego, a cuatro patas, comenzó a subir las escaleras hasta que no estuvo seguro de que las piernas le aguantarían. Sólo entonces se puso en pie, buscando en la oscuridad alguna que otra sujeción en las paredes irregulares, y tras un tiempo incalculable llegó a la cima. La planta superior estaba mal iluminada por una vela consumida casi por completo, pero él acogió aquella mísera luz que se tambaleaba como una bendición que le infundió valor. Su mente era un remolino de pensamientos. Sebastian allá abajo, inequívocamente muerto. Era suya la sangre que le manchaba las manos, no había notado ninguna respiración en aquel pecho inmóvil... *«¡Todos creerán que he sido yo! Me lo harán pagar, me matarán... Esta gente no atenderá a mis razones, lo sé. Que yo me quede aquí esperándoles o intente escapar, mi suerte está ya echada, de todos modos... Lo único que me queda es escapar, pero ¿cómo?»*

Decidió que la galería por la que habían llegado era la de la derecha, pero ya en la primera encrucijada Heinrich se sintió perdido. No podía hacer otra cosa que seguir su instinto, con la esperanza puesta en cruzarse con una gruta, un nicho o cualquier otra cosa que ya hubiera encontrado en los días de su cautividad, de forma que pudiera tener una referencia. Sin embargo, allá abajo, no veía otra cosa que agujeros

en la roca, todos oscuros e iguales, hasta el punto de que, por muchas vueltas que diera por las galerías, tenía la impresión de permanecer siempre en el mismo lugar. Esta vez, Heinrich intentó llevar la cuenta de los pasos, pero antes incluso de entender que se trataba de una precaución que le serviría muy poco, una luz más intensa, que provenía del fondo de la enésima callejuela entre rocas, le puso en alerta. Se acercó lentamente, inclinado hacia adelante y casi arrastrándose contra la pared, hasta alcanzar la entrada.

La caverna estaba iluminada por grandes antorchas colgadas de anillas a los lados. En el centro había dos filas de bancos llenos de trapos, montones de hatillos de todos los tamaños y un abundantes objetos metálicos, que él no conseguía identificar desde aquella distancia. Parecía un inmenso salón, que hasta unos momentos antes había conocido una actividad febril y que ahora, por alguna misteriosa razón, había sido abandonado rápidamente. Heinrich miró a su alrededor para vigilar mejor y experimentó un sobresalto, cuando vio a pocos pasos de él la silueta negra de una vieja sentada en un taburete: sus manos entumecidas y huesudas buscaban, como grandes arañas, en los montones de pelucas que yacían en una decena de cestas. La mujer continuó impertérrita sin darse cuenta de la presencia del joven: buscaba, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, con una expresión ausente, la mandíbula desdentada se movía arriba y abajo, rumoreando una letanía incomprensible.

Heinrich hizo un gesto y apartó la mirada. No tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido sin sentido en la escalera, pero estaba seguro de que ya lo estaban buscando. Quizás habían encontrado el cadáver de Sebastian y se habían extraído sus propias conclusiones. Tenía que apresurarse antes de que...

Desde una de las galerías se oyeron unos pasos. Luego unas risas. Heinrich corrió a esconderse en un entrante de la pared, y cuando volvió el silencio, descubrió que se encontraba dentro de una chimenea con el escudo de la familia Colonna. Al lado había una enorme cómoda con vestidos. Montado dentro de una puerta, un espejo grande y rectangular reflejaba una imagen que él mismo se negaba a reconocer, pero no tanto porque la incierta luz la volviera espectral, sino porque se trataba de una figura muy diferente a la de un joven arrogante y lleno de entusiasmo por la aventura de su *tour* romano. Ahora Heinrich solo veía a un hombre envejecido, con el rostro oscuro, como si los días pasados entre los Avispones fueran, en cambio, años. Su cara mugrienta mostraba una expresión asustada, dura, con los ojos abiertos de par en par y brillantes, como los de las criaturas nocturnas, y el pelo enredado... ¡ahora estaba canoso!

Heinrich contuvo un grito y parpadeó repetidas veces, incrédulo; al fin apartó la mirada de aquella visión insoportable y se concentró en los vestidos de mujer colgados dentro del armario. Quizás podía tener alguna posibilidad de salvarse si se disfrazaba. Se uniría a algún grupito de la Confraternidad, se excusaría por el retraso

como habría hecho cualquiera, con un gruñido o encogiendo los hombros, y finalmente se pondría en cola para subir a la superficie. Y una vez allá arriba...

«Despacio, Heinrich, sin prisas», se dijo. Recordaba con qué cuidado se disfrazaban los miembros de la Confraternidad, prestando la máxima atención al detalle más insignificante. Tenía que hacer lo mismo, si quería conservar alguna esperanza para pasar desapercibido. Pero aquí había solo vestidos de mujer. ¿Y entonces? ¿Por qué no? ¿Quizás no le había contado Jacobus que, durante el carnaval, la mayor parte de los mendigos se disfrazaba de mujer, para poder ponerse en el rostro una máscara de tela, que el gobierno pontificio imponía a las mujeres por decencia durante los desfiles en los días más significados? Sí, un traje de mujer. Era una buena idea.

Comenzó entonces a desnudarse de sus míseras vestimentas, pero cuando se quitó la chaqueta sintió que había algo que pesaba en un bolsillo... Pues claro, el estuche misterioso, ¿se le había olvidado! «Llegará un momento en el que te servirá», le había dicho Sans-Peur, ¿y qué ocasión mejor que esta para utilizarlo? Estaba tan desesperado que se habría creído cualquier promesa.

El estuche contenía sólo un papel enrollado. Heinrich lo abrió con las manos temblorosas a la luz de la vela que llevaba consigo. Con un vuelco del corazón, entendió enseguida que la complicada telaraña que aparecía dibujada en el papel no era otra cosa que un mapa de los subterráneos, la única forma para encontrar una vía de escape en el reino de la Confraternidad.

Heinrich acercó todavía más la hoja a la luz y pegando los ojos estudió las líneas de tinta, sus intersecciones, los circulitos que indicaban las grutas principales, las más grandes y las más importantes. Algo alejado, a la izquierda, aparecía dibujado un rectángulo coloreado a trazos, y en medio se esbozaba un *boudoir*, probablemente la gruta donde había encontrado por primera vez a Tomaso. Las galerías parecían separarse de allí en forma radial; por lo tanto, si conseguía llegar hasta ella, no sería difícil encontrar la salida. «Eso es, este pasaje que sube... hasta pocos pasos de la avenida, ¡está escrito aquí! Bendita Sans-Peur, cualquiera que sea la razón que te ha llevado a ayudarme... Y aquí, en cambio, está dibujado el escudo de la familia Colonna. La chimenea en la que me he escondido antes... ¡No es difícil orientarse, vamos!»

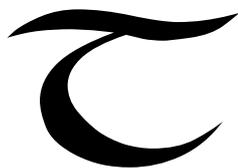
Heinrich se sintió de repente reanimado por un atisbo de esperanza. Tenía que vestirse, ahora. Se puso una falda roja larga hasta los tobillos, luego una camisa blanca, amplia sobre los hombros y estrecha en las muñecas, y un corsé de franela a cuadritos. ¿Quién no lo habría confundido con una pueblerina de Roma? Encima de los hombros, una toca negra que se recogía en la parte de delante, como si fuera una bufanda.

Asomó la cabeza desde detrás del armario: la vieja ya no estaba. Se apresuró

hacia los cestos con pelucas, y eligió una de pelo castaño claro, recogido en un moño sobre la nuca con un alfiler plateado. Con cuidado, delante del espejo, se colocó el peinado y la máscara de gasa rosa, como había visto hacer unas horas antes a Jacobus. Perfecto.

## LII. TENIENDO EN CUENTA QUE EL CARNAVAL

*Roma, febrero de 1772*



TENIENDO EN CUENTA QUE EL CARNAVAL COMIENZA once días antes del Miércoles de Ceniza, con el sonido de la campana del Campidoglio, y se interrumpe el Viernes y el Domingo Santo, con un total de ocho días de fiesta, se dan las últimas disposiciones para el día final, el martes de carnaval.

En ese día se establece que la cabalgata del senador de Roma, a lo largo de la avenida, no sea precedida como siempre por un cortejo de hebreos de todas las edades. El barrio judío, conocido como *el Ghetto*, se limitará a dar una contribución para los vencedores de las carreras de caballos, y que el rabino y los notables se acerquen para homenajear a los conservadores y al senador, recibiendo a cambio un simbólico canasto con peces.

Se establece que los teatros abran a las diez de la mañana y cierren improrrogablemente a las siete de la tarde, con el sonido de la campana del Campidoglio.

En la avenida, entre la plaza del Popolo y la plaza Venecia, que la multitud deje paso a las carrozas de las autoridades.

A las tres, la carrera de los Barberi: que se dé la señal con el lanzamiento de triquitraques desde la plaza del Popolo. Ante esta señal que las calles se queden libres de carros, carrozas y hombres a pie.

Desde las cinco en adelante que se consienta la venta de velas y cirios.

A las siete, al sonido de la campana de San Giacomo, se ordena que cualquier luz se apague y que cesen los gritos, ruidos y cantos, dando inicio a la penitencia de la Santísima Cuaresma.

Se dispone, además, que el acceso a la avenida quede prohibido a las cortesanas y a la chusma, así como a los monjes por la salvación de sus almas. A las mujeres está prohibido vestirse licenciosas, con la obligación de llevar un velo o una máscara de gasa en señal de decencia. Queda igualmente permitido vestirse de cualquier forma, excepto de sacerdote, cardenal, fraile o monja.

## LIII. «ES EL FINAL», SE DIJO HEINRICH

*Roma, febrero de 1772*

**E**S EL FINAL», SE DIJO HEINRICH, CUANDO SE encontró en la salida, en la gran caverna presidida por el decrepito *boudoir* de Tomaso. El miedo le paralizaba las piernas, porque a pesar de los vestidos de mujer y la máscara de gasa, se sentía reconocible. Como si los ojos ciegos del viejo, que todavía estaba sentado en el centro del local, pudieran desenmascarar su disfraz y revelar a todos su presencia. Dudó durante largos instantes, inmóvil como una estatua, y quizás se habría quedado todavía un buen rato así, si no hubiera sido por un chismoso grupo de máscaras, que se metió por el pasillo arrastrándolo dentro del local con la fuerza de un torrente.

—¡Ya era hora! —oyó la voz de Tomaso elevarse sobre todo el alboroto—. ¡Moveos! ¡Adelante o conseguiréis perderos también la venta de los cirios! —añadió el viejo, pero la regañina se perdió en el aire sin ningún efecto, como si la euforia del carnaval hubiera contagiado las almas de todos.

Miró a su alrededor con aprensión y temor. Vio a lo lejos a Jacobus y Liebreçilla, ocupados en llenar los sacos con cirios, y sintió un escalofrío.

Naturalmente, mantenía cierta distancia. Reflexionaba, si se puede hablar de reflexión cuando se ve uno sobrecogido por miles de dudas simultáneas. «¿Se habrán dado cuenta los demás de lo que ha ocurrido?» En ciertos momentos, le parecía una certeza. Y lo que más le asustaba era el hecho de que, si hasta aquel momento el grupo de los Avispones simplemente había seguido las indicaciones de la Comendadora, sin tener en contra de él nada personal, con el descubrimiento de la muerte de Sebastian seguramente le creerían culpable y le odiarían. Lo que vendría después no sería una persecución obediente y desapasionada, sino el enañamiento furioso de quien quiere vengar la muerte de un amigo. Por otro lado, se decía que el hecho de que fueran las últimas horas del carnaval —las más provechosas para los negocios de los ladrones— podría haber apartado momentáneamente la atención de la ausencia del jorobado. «Jacobus y Liebreçilla, allá abajo, se afanan tranquilos en su trabajo. No parecen pasarlo mal por el dolor, probablemente no saben nada...» Vamos, que quizás todavía había tiempo para escapar.

De hecho, en la gran caverna alrededor del *boudoir* la confusión era total. Máscaras de todo tipo —arlequines y juglares turcos, cosacos y marineros ingleses, indios con turbante y Pierrot vestidos de blanco—, que se reunían en grupitos, listos para salir a la avenida. Un grupo de enanas llevaba puestas casacas blancas y pantalones amplios como Pulchinela, no sin una cierta gracia. De repente, llegó un

jorobado con un disfraz verde de lechuga, que mostraba un aspecto febril y agitado, y parecía no aguantar más por contarle a alguien lo que sabía.

Viendo que el jorobado empezaba a hablar con dos Pulchinelas, se acercó. No sabía cómo, pero presentía que tenía que ver con él. Fingió que se estaba abanicando y bostezando por una espera que se alargaba demasiado tiempo. Vigilante tras el observatorio pequeño y furtivo de la máscara —«¿Esta gasa me protegerá lo suficiente?»—, era todo oídos para no perderse una sola palabra de lo que el jorobado decía.

No se había equivocado. El asunto tenía que ver con él. Por supuesto que sí... Escuchó fragmentos de frases: «Lo han encontrado muerto en el suelo, con la espalda rota». El jorobado hablaba con un tono encendido y en cierto modo feliz de quien se complace por contar catástrofes.

La mano de Heinrich que sujetaba el abanico temblaba. «Me tengo que marchar, esconderme. ¿A qué estás esperando, Heinrich?» Pero algo lo mantenía allí clavado, y no era seguramente la curiosidad por saber más. Era el terror. Un pánico absoluto. «Quizás Milady me está vigilando, se divierte conmigo y no tiene ninguna intención de eliminarme inmediatamente.» Tuvo ganas de gritar para que todo terminara. Sentía en la nuca el aliento de la Comendadora que seguramente le estaba siguiendo.

Se acercó tímidamente a un grupo de campesinas atractivas, todos hombres disfrazados que se intercambiaban piropos obscenos en un ridículo tono falsete. Estaban preparándose para salir. Al principio, le pareció que sobre él recaían todas las miradas, pero nadie hizo ninguna pregunta. Todos parecían ocupados en llenar de telas y trapos la parte delantera de la blusa.

—Oye, tú, pecho-de-tabla —se dirigió a él uno del grupo, que llevaba pintado un lunar encima del labio superior y le plantó una manaza en todo el pecho—. Sería mejor que aumentaras tus tetas. Mira que a los machos les gustan los pechos grandes. ¿Qué tipo de mujer eres si no tienes nada ahí? —y siguió riéndose. Los otros se carcajaban al unísono.

—El sábado pasado —dijo uno con pecas, con una vistosa peluca de pelo rubio y una redecilla decorada con margaritas—, a un artesano que está cerca de la plaza de España, le saqué tres monedas de plata y un par de salchichas, simplemente por dos besos en la boca y un toque en la parte blanda...

También Heinrich fingió que reía con ellos, y aceptó los dos bultos que una de las falsas campesinas le pasaba, con la actitud llena de compasión de quien sabe lo que hace. Se apresuró a obedecer, desabrochándose la parte superior de la camisa y el corsé, lo que bastaba para meter ahí el relleno, ante la mirada atenta de los demás. Lo hizo con movimientos tan tímidos, que a más de uno le pareció que coqueteaba, lo que le procuró palmadas de camaradería en los hombros y aumentó el alegre ruido

del grupo.

—Puah —fue el comentario de la máscara cuando terminó la operación—. Cuelgan un poco y son algo flojas pero, después de todo, hay siempre algún estúpido que se contenta allí afuera. De todos modos, tienes la piel blanca, intenta que se vea al menos eso y enseña tus bonitas manos... Y luego, ¿qué quieres hacer? ¿Vendes o coges? —le preguntó.

Heinrich fingió estar ocupado terminando de prepararse. «¿Vendes o coges? ¿Qué diablos querrá decir?»

—Cojo —respondió al azar.

—Entonces, date prisa. Quedan pocos bolsos en el contenedor. Coge un par, y fuera, ¡vamos a desplumar a los bobalicones con moña de la avenida! —y bajando la voz, añadió—. Date prisa, ¿no querrás que Tomaso se enfade, no?

El recorrido le pareció diferente respecto al que había realizado cuando entró en las catacumbas unas semanas antes. «Obvio, si vamos hacia el centro de Roma, no saldremos en mitad del campo. Veremos...» Al fondo de un pasillo, en un pequeño espacio abovedado repleto de barriles —«¿La bodega de un palacio?»—, entrevió una escalera atestada de gente con disfraces que se apresuraban a subir. Seguramente era la salida. A Heinrich empezó a palpitarle muy fuerte el corazón, sobre todo cuando advirtió a dos pasos del primer escalón a una pareja de Bastoneros, muy corpulentos y envueltos en una capa. «Nunca lo conseguiré», pensó. Mientras que la fila de las falsas campesinas avanzaba hacia la escalera, se dio cuenta de que se trataba de Sans-Peur. No la había reconocido a primera vista con el disfraz de cuáquero, aquella barriga enorme de cojines, el amplio tabardo, la peluca de coletas empolvadas y un tricornio negro.

Ni siquiera hizo un intento de esconder su miedo. Lanzó un gesto desesperado a la negra, que seguía mirándole fijamente con ironía, hasta que le parpadeó, un gesto difícil de entender, pero que de alguna forma Heinrich interpretó como una forma de decirle que estuviera tranquilo.

—¡Ale, vamos, gatito mío! —le dijo Sans-Peur, cuando ya Heinrich había llegado a la altura del primer Bastonero—. La carrera de los Barberi está a punto de terminar. ¡Milady nos espera! —y cogiéndolo por debajo del brazo, lo arrastró riendo escaleras arriba.

En un instante se hallaban en la planta baja de una pequeña construcción cerca del parque del Pincio. Allí estaba la puerta, el aire libre, una luz que, a pesar de que el cielo estaba nublado, cegó a Heinrich, haciéndole tambalearse.

Le hubiera gustado darle las gracias a Sans-Peur, pero la perdió de vista entre la multitud de disfraces que se apresuraban hacia la entrada de la plaza del Popolo. Imposible distinguirla en aquel mar de máscaras que gritaban y gesticulaban,

lanzando harina, huevos y naranjas. Más adelante, en la avenida, todavía era peor. Miles de personas. Heinrich se quedó boquiabierto, mirando un balcón decorado con lazos rojos y dorados, en el que se veía a un grupito de damas vestidas con encajes rosas y celestes, arrojando sobre la multitud confetis y serpentinas.

«¿Seré libre o todavía habrá alguien que me esté vigilando?» No conseguía respirar con tranquilidad. Lanzaba a su alrededor miradas vigilantes. Vio a algunas falsas campesinas, de las que le rodeaban apenas una hora antes, cortejar a algunos petimetres. O quizás se trataba de verdaderas pueblerinas de carne y hueso, pero en aquella confusión, ¿cómo podía diferenciar la verdad del disfraz?

Avanzó con cautela entre la multitud. Un jovencito le pellizcó el trasero y, dándose cuenta del susto que le había dado, le gritó:

—¡Eh! ¿Qué eres, una virgencita? —acompañando las palabras con un grotesco gesto obscuro.

En aquel momento, desde el castillo de Sant'Angelo sonaron tres disparos, señal de que en la carrera de los Barberi había ganado el caballo número tres. Y ya los corros de disfraces y el río de carrozas emprendían de nuevo su actividad. El aire frío del atardecer se llenó de los anuncios cantarines de los vendedores.

—¡Cirios! ¡Magníficas velas a buen precio! —un instante y todas las calles se llenaron de miles de lámparas, como una alfombra de estrellas.

Inmediatamente después comenzó a multiplicarse el grito.

—¡Que muera quien no sostenga el cirio!

«Y ahora, ¿qué hago? No tengo cirios, ni dinero para comprar uno. Pero si me quedo aquí paralizado, llamaré la atención.» De repente, se acordó de las palabras de Jacobus, que le había explicado que el juego consistía en conservarlo encendido y apagar el de los demás, así que se arrojó entre la multitud corriendo, intentando arrancarle a alguien el valioso cirio.

Por fin lo consiguió. Era casi imposible conservar en las manos el pequeño trofeo. En el mejor de los casos, alguien soplando se lo apagaba, pero con más frecuencia se lo robaban. Como si la corriente de un río poderoso lo hubiera secuestrado, la muchedumbre lo empujó lentamente hacia el lateral de la calle, hasta la hilera de edificios. Heinrich consiguió evitar por un momento el ímpetu de la gente, escondiéndose en el espacio exiguo entre las dos columnas de una entrada, y en aquella breve tregua, antes de dejarse de nuevo arrastrar por remolinos de miles de gente, explotó en carcajadas. ¡Ah, no le parecía verdad, volver a respirar el aire, los olores del colorete, del sudor, de los caballos y los petardos quemados! Finalmente, libre de la opresión de ser prisionero. Descubría lo maravilloso que era correr, y gritar, y jugar, como un chiquillo en el corazón de Roma en fiestas. Libre, sí. Finalmente libre del laberinto de las tinieblas y del horror que habitaba bajo la ciudad... ¡Ah! Y por otro lado, ¡volver a ver a sus amigos, volver al trabajo, a los

lienzos y a los colores!

Otro grupo de feriantes lo arrastró para llevarle hasta el centro de la calle en busca de cirios y bromas. De repente, hubo un momento de vacilación entre la multitud, como en suspenso por un oscuro sentido de anticipación, pero inmediatamente se recobró la locura desenfrenada, incluso más fuerte.

—¡Venga, que falta poco! —escuchó confusamente desde diversos puntos. Y luego—. ¡Cuidado! ¡Apartaos!

La gente se echó a un lado precipitadamente, chocándose en varias ocasiones con Heinrich, que sólo milagrosamente consiguió evitar el peligro. Dos parejas de caballos enjaezados con plumas y sonajeros plateados, y con correas de cuero dorado, pasaron rápidamente a un palmo de él, casi encabritados. Las espléndidas bestias, que procedían con dificultad por el pasillo estrecho que la multitud liberaba tras su paso, arrastraban una carroza con seis plazas. Se distinguía perfectamente a sus ocupantes, sentados unos frente a otros sobre asientos realzados, como si quisieran lucirse. «Personas importantes», pensó Heinrich, valorando la magnificencia de sus trajes, entre los que le pareció ver también una auténtica púrpura cardenalicia. La carroza tuvo un breve sobresalto, por un repentino movimiento de la multitud, y precisamente en ese momento, uno de los seis pasajeros, el que iba vestido de húsar, pareció mirar hacia donde él estaba, y por un instante, dejó de saludar a la multitud con breves gestos con la mano. Y dejó también de sonreír.

«Esos ojos —pensó Heinrich, sintiendo de repente cómo se le erizaba la piel—. ¡Esos ojos los he visto antes!»

Sí, en el mundo no existía ningún camuflaje capaz de esconder la mirada de Milady. Y ahora esa mirada le perseguía, ella lo había reconocido... No, no. No podía ser, sus nervios estaban todavía muy tensos. ¿Y cómo es que tenía esa mueca extraña en los labios? ¿Una sonrisa gélida y fría como su reino subterráneo?

Presas del pánico, Heinrich le dio la espalda a la carroza e intentó alejarse lo más rápido que pudo, empujando y pisoteando, pero la gente se apretaba a su alrededor como una pared alegre y festiva, ajena.

Y he aquí que las miles de luces que fluctuaban se apagaron como un soplo inmenso y los gritos cesaron de repente, sumiendo toda la calle en una oscuridad silenciosa que daba vértigo.

Heinrich escuchó claramente los siete toques de campana del Campidoglio. El carnaval había terminado.

Quizás también su pesadilla.

# EPÍLOGO

*Londres, febrero de 1823*

**C**OMO CUALQUIER MAÑANA, ESTABA TRABAJANDO EN uno de mis ensayos sobre pintura, cuando me quedé a medias en una frase: «Los límites del ojo nos obligan a veces a los pintores a deformar lo que tenemos que representar, de forma que la vista pueda percibir realmente los objetos representados...». De repente, se me pasó por la mente el *trompe-l'oeil* de Charles-Louis Clérissseau, que vi hace unos cincuenta años, durante mi infeliz *tour* romano. Y de forma inevitable, pensé en Winckelmann. En todo lo que me contaron sobre él en aquellas terribles semanas que pasé en las catacumbas. En la casualidad que quiso, de forma tan extraña, trenzar mi vida con la suya.

Durante años tuve la tentación de contar lo que sabía sobre su muerte, pero al final siempre me he contenido. Aunque, tengo que confesarlo, en los últimos tiempos me he puesto a recoger bastante material sobre la actividad de la Confraternidad, de la que yo también fui una víctima: cartas, documentación jurídica, artículos de periódicos de diferentes países... ¿Lo he hecho para que quede rastro de lo que sucedió en realidad o simplemente para llenar mi tiempo ya vacío? No tengo respuestas.

Por otro lado, no sé quién leerá el fascículo que he preparado. No consigo ni siquiera imaginar qué utilidad puede tener, y en el fondo no sé ni siquiera si me importa.

«El sentido de las cosas es como el viento —dice el proverbio—, se escapa por todos los agujeros.» Me gusta esa definición, me parece que alude a la representación de un mundo construido a partir de laberintos, de galerías subterráneas, de pasajes secretos. Como en ese extraño fresco de Clérissseau, sobre una de las bóvedas de las catacumbas, una imagen grisácea reproducía a un santo en oración bajo una rama de olivos, o mejor, eso es lo que se veía de lejos, pero a medida que uno se acercaba a la pintura, se desdibujaban las sombras del santo y, como por encanto, los ojos veían aflorar un horrible paisaje poblado de monstruosas figuritas de enanos, bandoleros y bandadas de quimeras. Deformaciones nacidas a partir de los límites del ojo humano... Y el asunto, si lo pensamos bien, no es sólo una cuestión que aluda a la pintura, sino también a la verdad de unos hechos que es casi imposible de contar rigurosamente. Pues los ojos de la mente tienen también sus límites insuperables, así como los de la palabra y, sobre todo, los de la memoria. Porque los artistas como yo no han confiado del todo en esta última facultad.

Encuentro en la masa de páginas dramáticas y grotescas del fascículo que he

recogido —una cantidad de material verdaderamente sorprendente, porque la Confraternidad tiene en todo el mundo una difusión extraordinaria—, algo que se parece a la aberración de aquella anamorfosis... Pero quizás esta amargura mía y esta tendencia a ver por todas partes el lado oscuro del mundo derivan, no sólo de mis experiencias personales, sino también de la época contradictoria en la que he vivido. Recuerdo, por ejemplo, una página de un texto de Winckelmann, de cuya traducción me ocupé al principio de mi carrera artística: hablaba de un bronce de Poseidón, descubierto en Nápoles, e inmediatamente adquirido por el rey de Francia para sus jardines de Versalles. Y proseguía con los discursos a la moda que por aquel entonces llenaban las bocas de todos sobre la *belleza inmortal*, sobre la *eterna armonía del espíritu humano*... Tonterías.

Me habría gustado ver qué cara habría puesto el caballero, si hubiera vivido los tiempos de la Revolución y hubiera presenciado el *hermoso* espectáculo de la *armoniosa* distribución de esa misma estatua antigua, cuyo bronce fue fundido en los Talleres Nacionales para hacer cañones patrióticos. Porque será verdad que nuestra era fue pomposamente llamada la Edad de las Luces, pero la tan exhibida luz de la razón escondía muchas sombras —por no decir espesas tinieblas—, y a la hora de hacer las cuentas se ha revelado a dos velas, con el lúgubre chasquido de la guillotina como música de fondo, los torreones de los castillos del Sena destruidos para utilizar el material como muelles a lo largo de los canales y las miniaturas medievales iluminadas con oro empleadas para hacer retales de artillería. Carnicería, vandalismo, terror. El jardín de los *philosophes* olía a podrido y de él quedan sólo algunos arbustos de rosas enfermas, llenas de bichos. La misma ciudad de Roma, *caput mundi* rutilante de belleza, se sustentaba sobre las tinieblas de los tráfico que se entrecruzaban en las grutas donde estuve prisionero. Todavía se me ponen los pelos de punta cuando lo pienso...

Sí, cree en mí, póstumo lector de mis escritos, la verdad de los hechos nunca se puede descifrar totalmente: los diseños ocultos que sostienen las historias de la vida de cada uno solo se revelan cuando se observan con la mirada un poco sesgada.